

LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA DE LA EDAD CONTEMPORÁNEA (II PARTE) (*)

JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO (**)

SUMARIO: OTRO SÓLIDO ESLABÓN. LA ACENDRADA APOR-
TACIÓN DE JOSÉ MARÍA JOVER AL CONTEMPORA-
NEÍSMO. CARLOS SECO SERRANO O EL CONTEM-
PORANEÍSMO DE RAÍCES HUMANISTAS. MIGUEL
ARTOLA GALLEGO: VALOR Y SIGNIFICADO DE SU
CONTEMPORANEÍSMO. JOSÉ LUIS COMELLAS U
OTRA VISIÓN DE LA CONTEMPORANEIDAD ES-
PAÑOLA. NOMBRES SEÑEROS DE LA POSGUERRA:
DÍEZ DEL CORRAL, FERNÁNDEZ ALMAGRO, JULIO
CARO BAROJA... INTERMEZZO (BREVE) SOBRE EL
AMERICANISMO. ALGO SOBRE EL EXILIO. EL CON-
TEMPORANEÍSMO EN CATALUÑA: LA OBRA RENO-
VADORA DE JOSEP FONTANA. LA OBRA DE UN OUT-
SIDER: MANUEL TUÑÓN DE LARA. EL ACERVO
CONTEMPORANEÍSTA DE LOS HISTORIADORES
ACADÉMICOS DE OTRAS MATERIAS. LA CONTRI-
BUCIÓN DE LA HISTORIA ECONÓMICA AL CON-
TEMPORANEÍSMO: LA OBRA DE JORDI NADAL
OLLER. CAMINOS Y ENCRUCIJADAS DE LA HIS-
TORIOGRAFÍA CONTEMPORÁNEA. PROA AL POR-
VENIR.

(*) La primera parte de este artículo se publicó en la Revista de las Cortes Generales
núm. 47, segundo cuatrimestre 1999, pp.121 a 154.

(**) Catedrático de Historia Contemporánea de la Facultad de Filosofía y Letras de la
Universidad de Córdoba.

OTRO SÓLIDO ESLABÓN

Según es obvio, tal denominación se aplica aquí de acuerdo con su más prístina raíz etimológica. La obra de los fundadores inició, virgilianamente, la *aurea catena* que sus sucesores inmediatos esmaltaron con un trabajo igual de sobresaliente y benemérito. Aunque todos se encuentran en una fecunda setentena en plena actividad de obras y proyectos, resulta indudable que el torso de su envidiable aportación a la historiografía de la España contemporánea se halla por entero delineado, y es factible, por ende, emitir un juicio provisional sobre dicha sustantativa contribución como el abocetado a renglón seguido.

LA ACENDRADA APORTACIÓN DE JOSÉ MARÍA JOVER AL CONTEMPORANEÍSMO

Modernista en los comienzos de su sobresaliente carrera, José María Jover Zamora –cartagenero profesoralmente radicado en Valencia durante un quindicenio– situaría su tajo investigador en el terreno de la contemporaneidad una vez que en 1949 obtuviese la cátedra de Historia Universal Moderna y Contemporánea en la Universidad valenciana (28). De

(28) En esencia, el artículo constituye una glosa de la postura contrapuesta de Olivares y del célebre Obispo Palafox y Mendoza ante el binomio unidad-diversidad de la organización territorial española; «A pesar de ello, no faltan, en el fondo, profundas semejanzas entre ambos, entre el valido y el inquieto arbitrista. Ambos escriben movidos por una misma consideración; la Monarquía no anda bien. Y ambos ven en la diversidad de las tierras, de los hombres y de los usos de España una causa de ello. Una causa directa para el Conde-

producción lenta y acribiosa, la originalidad y, muchas veces también, la sugestividad han presidido su trabajo desde su atrayente y en más de un punto deslumbrante opúsculo *Conciencia obrera y conciencia burguesa en la España contemporánea* (Madrid, 1952, col. «O crece o muere», n.º 6, 2.ª edición, 1956, 63 pp., recogido en 1976 en un libro citado renglones algo más adelante) hasta el último en la cronología de sus trabajos. Mas así como su estancia en el modernismo deparó a la historiografía española una de sus obras cumbres –su tesis doctoral *1635 Historia de una polémica y semblanza de una generación* (Madrid, 1949, 565 pp.)–, dos artículos deslumbradores –«Sobre los conceptos de monarquía y nación en el pensamiento político español del siglo XVII», *Cuadernos de Historia de España*, 13, (1950) pp. 101-50, a partir de la p. 138 apéndices (29); «Tres actitudes ante el Portugal restaurado», *Hispania*, 38, (1950), pp. 104-70, a partir de la p. 149 apéndice documental–, una modélica monografía –*Política mediterránea y política atlántica en la España de Feijóo* (Oviedo, 1956, 106 pp.)– y un cortometraje historiográfico digno de loanza –*Carlos V y las formas diplomáticas del Renacimiento (1535-1538)* (Valencia, 1961, 182 pp.), presea a su vez de un sobresaliente libro, *Carlos V y los españoles* (Madrid, 1963, 462 pp., 2 edición 1987, 460 pp.)–, su valiosa aportación contemporaneísta no se ha vehiculado hasta el pre-

Duque. Una causa indirecta para Palafox, para el cual lo nocivo no es la diversidad, ley natural y divina, sino la obstinada incompreensión con que se abordó, desde la cumbre del Estado, el hecho de aquella diversidad». P. 115.

(29) El ya citado Pérez-Embid fue desde el primer momento un incondicional admirador del trabajo modernista de nuestro autor. En julio de 1949 escribía a propósito de la aparición de la tesis doctoral del suresteño: «Recientemente, José María Jover ha venido a darnos uno de sus libros luminosos, que enseñan mucho con claridad y, sobre todo, dejan abierto un horizonte lleno de incitaciones». *Ambiciones españolas*, Madrid 1955, 2.ª ed., p. 34. «... la nueva escuela española de Historia Moderna, eficaz y seriamente dirigida [*sic*] en torno a Simancas, ha condicionado sobre estos apuntes aportaciones importantes, y singularmente los estudios de José María Jover sobre muchos aspectos reveladores». *Ibid*, p. 140, reproducido a su vez en *Historia de España. Estudios publicados en la revista Arbor*, Madrid, 1953, p. 749. En punto a una crítica hecha por Vicens Vives a Jover, tachándolo de cultivador de la historia «ideologista», a la que ya hemos hecho tangencial alusión, el historiador catalán pretendía acallar la censura que tal calificativo le valiera por Pérez-Embid con estas palabras: «La alusión a Jover no tiene mala intención alguna. Jover es alguien en nuestra historia y puede influir en personas jóvenes hacia métodos que yo considero equivocados. Nuestra polémica - salvando todos los respetos sociales y una amistad personal innegable- ha de ser el principio, no lo dudes, de la verdadera renovación de la historiografía española. Este género de críticas es moneda corriente en el extranjero. El hecho de que lo hayas lamentado, me demuestra que, aun para las personas inteligentes, es difícil pasar de un régimen de pereza mental a los vivos destellos de la crítica libre». *Epistolari de Jaume Vicens Vives...*, p. 325.

sente a través de síntesis o monografías de amplio paralaje. La calidad habitual de su investigación hace más punzante esta ausencia. Los tres volúmenes que por el momento agavillan lo más granado de su taller historiográfico nos acercan, escudriñándolas en sus reconditeces, a algunas de las cuestiones claves de la contemporaneidad: el sentido y significado -hispano y europeo- de la guerra de la Independencia; la prosopografía de las élites gobernantes isabelinas; el alcance y memoria de la primera República en la conciencia española; la política exterior de nuestro país a lo largo del siglo XIX; el concepto de civilización, etc., etc... Dos de ellos son de carácter misceláneo: *Política, diplomacia y humanismo popular. Estudios del siglo XIX* (Madrid, 1975, 493 pp. (en la portada, el libro lleva otro rótulo: *Política, diplomacia y humanismo popular. Estudios sobre la vida española en el siglo XIX*). *La civilización española a mediados del s. XIX* (Madrid, 1991, 357 pp.), que recoge muy ampliada una de sus introducciones a la *Historia de España* de Menéndez Pidal; en tanto que un tercero ofrece un carácter más monográfico: *Realidad y mito de la Primera República. Del «Gran Miedo» meridional a la utopía de Galdós* (Madrid, 1991, 215 pp.). Todos los temas acabados de referenciar reciben en las páginas de tal tríada bibliográfica, al lado de otros muchos asuntos igualmente cruciales del pasado español inmediato, un tratamiento de impecable factura metodológica, agudeza de enfoque y perfección formal que las convierten en piezas mayores, por su calidad, de la historiografía contemporánea. La comezón por la multidisciplinariedad –en particular, el antiguo Derecho Político y hoy Derecho Constitucional, la crítica literaria, el análisis sociológico, la atención por el marco geográfico, huella al mismo tiempo de su primera cátedra y de su admiración por los patriarcas de los *Annales*–, la superación de fáciles dicotomías y maniqueísmos, la instalación del saber historiográfico en el vasto espacio de las Humanidades, la preocupación por una filosofía respetuosa de la autonomía de lo temporal y a la vez trascendente, son ejes vertebradores de un itinerario intelectual en perpetua interrogación e indagación.

Junto a los estudios mencionados, donde es visible la realización de buena parte de estos objetivos, nos gustaría recordar, por diversos y dispares motivos, la perfección lograda en la decantación de algunas de estas metas. Su amplia introducción –según es normal en toda su producción de este género– a la obra de Ramón Sender, *Mister Witt en el Cantón* (Madrid, 1987, pp. 7-149) conciliará, unificará y materializará de manera envidiable algunas de las tendencias y constantes de la obra joveriana. Cabeza de una

escuela o al menos de unas líneas de investigación, no puede omitirse en el cuajado currículum de Jover el pilotaje de la continuación de la *Historia de España* de D. Ramón Menéndez Pidal. Aunque en el actual mundo editorial las leyes del mercado son especialmente duras y la solvencia científica no suele encontrarse entre las primeras exigencias del *marketing*, es claro que la competencia y la *potestas* académicas son cualidades no desdeñadas por las grandes empresas del libro. Ambas confluyen en eminente grado en el catedrático murciano, vivamente preocupado a través de su larga carrera intelectual por las cuestiones metodológicas. (El benévolo lector perdonará que nuestro entusiasmo y encandilamiento por la buena literatura nos haga romper todas las normas y barreras para elegir como adehala de la abrillantada producción joveriana en este último terreno el artículo «De la literatura como fuente histórica». *Boletín de la Real Academia de la Historia*, (1992), pp. 23-42). A su pluma se debe, muy singularmente, el haber sistematizado por vez primera la «fama» —o el descrédito...— historiográfica de nuestro XIX y la evolución de la historiografía sobre su comprensión e imagen —«El siglo XIX en la historiografía española contemporánea (1939-1972)», en el libro por él dirigido *El siglo XIX en España: doce estudios* (Barcelona, 1974, pp. 9-151). Encuadres y opiniones son, a las veces, discutibles, pero descritos unos y formuladas otras con su habitual brillantez y perspicacia. (Ya en pruebas el presente trabajo, J. M.^a Jover acaba de publicar un volumen —*Historiadores españoles de nuestro siglo*, Madrid, 1999, 386 pp.— en gran parte édito).

Digamos, finalmente, de su rico perfil académico que, al igual que sucede en la trayectoria de la mayoría de los contemporaneístas españoles de su generación, de la suya ha estado ausente la apertura al exterior; su trabajo, empero, patentiza a lo largo y ancho una excelente puesta a punto de las orientaciones bibliográficas de los países en vanguardia, muy superior, sin duda, a la de la mayor parte de sus colegas. Si desvenáramos su proteica obra, se observaría que la arteria que la irriga más ancha y abundantemente, es la invariable preocupación por incardinar la vida española en los procesos generales de Europa y el mundo; al tiempo que nos ofrecería una cosmovisión intelectual en la que un patriotismo telúricamente sentido aparece compatible con una ciudadanía universal plenamente asumida en gustos, planteamientos y anhelos.

Tan gustoso de los enmarcamientos geográficos en su interpretación de los fenómenos históricos, quizá Jover reconozca de buen grado que

una de las raíces de ese elogiado cosmopolitismo se encuentra en el lugar de su nacimiento y niñez, balcón a otros mundos y a otras vidas en una España en exceso casticista. De allí a centrar su actividad profesional en el estudio de las relaciones internacionales el proceso es lógico y casi inevitable –(igual atracción se verificará en otro destacado especialista en la misma materia, su coterráneo José Urbano Martínez Carreras). Merced, en amplia medida, a su intensa y nunca postergada dedicación a ella, esta temática no acabó de sucumbir por entero a los bataneos y pretericiones de escuelas y grupos que la consideraban *demodée*–. El imprevisto fin por los estudiosos del Imperio soviético reveló en España –y, justo es anotar, fuera de ella, donde también se produjera el mismo desvaimiento de la disciplina en los planes de investigación y docencia– la necesidad de abonar con trabajos de todo tipo esta rama de Clío. En el umbral del siglo XXI, tal circunstancia se alzaprima en nuestro país con el retorno de Marruecos al primer plano de la acción exterior de la política y la diplomacia hispanas.

El magisterio de Jover seguirá sin duda presente a través de su propia obra y la de aquellos de sus jóvenes y maduros discípulos que la continúan: Rosario de la Torre y del Río, M.^a Teresa Menchén, M.^a Victoria López Cordón, Helena Hernández Sandoica, Guadalupe Gómez-Ferrer, Juan Carlos Pereira Castañares –discípulo de «segunda generación»– y, más en la lejanía cronológica y espacial, su paisano Juan Bautista Vilar Ramírez, admirable corredor de fondo por todos los caminos y sendas de nuestra Edad Contemporánea. Dos integrantes de la actual generación senior, José Sánchez Jiménez –sobresaliente especialista en las transformaciones sociales del campo andaluz y de la colectividad española contemporánea, en general, así como reputado investigador de su vertiente religiosa y eclesiástica, conforme hemos ponderado en otro lugar– y Antonio Morales Moya, insuperable conocedor de la nobleza dieciochesca y decimonónica así como reputado experto en cuestiones historiográficas e institucionales, se honran y gustan de ser considerados como discípulos directos del historiador levantino.

Crecientemente acaparado y reclamado por el atávico imperialismo de los modernistas, el reinado de Carlos IV atesoró los afanes del catedrático de Historia Universal Moderna y Contemporánea de la Universidad de Zaragoza desde 1953 hasta el término de su docencia, el oscense Carlos Corona Baratech. Tanto su berroqueña tesis doctoral –*José Nicolás*

de Azara. *Un embajador español en Roma*. Zaragoza, 1948, 455 pp., desde la p. 279 notas y apéndices— como su visión de conjunto de los pródromos de la crisis del Antiguo Régimen —*Revolución y reacción en el reinado de Carlos IV* (Madrid 1957, 434 pp.), que tendría un anticipo en el opúsculo algo atípico (cuarenta notas) en la colección en que se publicaba, *Las ideas políticas en el reinado de Carlos IV* (Madrid, 1951, Col. «Crece o Muere», n.º 58, 56 pp.)—, y asimismo varias de sus catas en su decurso, muy especialmente, en su trayectoria externa, —entre varios otros de la misma y antañona factura, nos parecen elogiables por su atlética documentación «Notas para el reinado de Carlos IV. La fracasada mediación de España para la paz de Portugal con Francia en 1798-99», *Revista de la Universidad de Zaragoza*, XXIII, 3 (1946), pp. 353-402 y «Las relaciones entre Godoy y Azara y el tratado de subsidios de 1803», *Cuadernos de Historia Diplomática*, 2 (1955), pp. 103-74—, evidenciaron, decíamos, el rigor erudito y la minuciosidad investigadora del citado profesor, cuyos principales discípulos, los sacerdotes ignacianos Rafael Olaechea y José Antonio Ferrer Benimelli, cultivarían preferentemente igual periodo y el carlotercista (30). Al mismo Corona Baratech se debe en el ámbito del contemporaneísmo otro folleto publicado en la colección antecitada (n.º. 154, Madrid, 1960, 57 pp.), *Cara y cruz de la revolución industrial*, que es una buena síntesis introductoria a tan complejo asunto, como sucede en un plano más académico con «Precedentes ideológicos de la guerra de la Independencia», *apud. II Congreso Histórico Internacional de la Guerra de la Independencia y su época*, Zaragoza, 1959, pp. 5-28.

El segundo quinquenio de la década de los cincuenta registra un acontecimiento destacado en la marcha de la historiografía sobre la España contemporánea. En 1957 y 1959, dos discípulos aventajados de Ciríaco Pérez Bustamante, codirector —«Delegado del Estado»— de la *Historia de*

(30) Quien, durante largo tiempo, sería el más entrañado y directo de sus discípulos, R. OLAECHEA, saludaría así su publicación: «Acaba de aparecer este espléndido, mejor diríamos suculento trabajo —por lo a gusto que se deja leer— (...) el subtítulo de *La revuelta de los privilegiados* hubiera precisado, como quería el autor, el contenido de este libro, humilde en apariencia pero muy rico en contenido. Baste decir que ha tenido el honor de formar parte de esa pulcra e inaccesible Biblioteca del Pensamiento Actual». «Revolución y reacción en el reinado de Carlos IV», *Razón y Fe*, 714-5 (1957), p. 95. Al final de la vasta reseña parece restringirse algo la dimensión de los elogios iniciales; pero muy bien puede ser ello una inferencia equivocada del conceptuoso lenguaje del desaparecido sacerdote jesuita.

la Cruzada Española (Madrid, 1939-41, 36 vols.), obtuvieron, respectivamente, las cátedras de Historia General de las Facultades de Filosofía y Letras barcelonesa y salmantina; con Carlos Seco Serrano y Miguel Artola Gallegos y José Luis Comellas García-Llera puede darse por concluida la segunda fase del primer ciclo de la historiografía española contemporánea en su más señero cultivo. Debido, sin duda, a su titulación inicial, Seco y Artola se distinguieron -sobre todo, el primero- por la simultaneidad en su labor del estudio de la Historia Moderna y Contemporánea. Tal formación les brindará las mejores bazas para la adecuada contextualización de las amplias investigaciones emprendidas por ambos en el horizonte de las dos últimas centurias.

CARLOS SECO SERRANO O EL CONTEMPORANEÍSMO DE RAÍCES HUMANISTAS

La inicial dedicación a la monarquía de los Austrias será otro elemento unificador de su biografía intelectual. Dentro de esta envidiable curiosidad y formación, la trayectoria investigadora del profesor toledano resulta aún más sorprendente. No existe etapa desde el alborar del denominado siglo de la decadencia hasta hodierno que no registre una o varias aportaciones de primer orden de Carlos Seco, cultivador también destacado y muy asiduo a un tiempo de diversas parcelas del americanismo modernista y contemporaneísta, conforme se verá más adelante. Abre su camino, casi simultáneamente, en su biografía contemporaneísta y en la cronología historiográfica -1956- el estudio preliminar a las memorias de Manuel Godoy y Alvarez de Faria, en la Biblioteca de Autores Españoles, veinte años más tarde emancipado y ensanchado... editorialmente con un prólogo de Miguel Artola: *Godoy. El hombre y el político* (Madrid, 1978, 222 pp.) -«Publicación, en palabras del último, independiente, ahora actualizada y ampliada» (p. 7)-, introducción que se vio seguida por otras no menos notables como las colocadas al frente de las obras de Larra, Martínez de la Rosa y Mesonero Romanos, la primera y la última colectadas después, junto con varios otros ensayos de historia y literatura -«Valor historiográfico de los Episodios Nacionales», amén de otras catas en algunas obras de Valle Inclán o Baroja-, en *Sociedad, literatura y política en la España del siglo XIX* (Madrid, 1973, 360 pp.).

De su inicial cosecha barcelonesa -1961- data la primera historia de la contienda civil verdaderamente rigurosa debida a un autor nacional

–*Historia de España del Instituto Gallach, T. VI, Epoca Contemporánea (La II República –La guerra civil– La España actual)* (Barcelona, 1974, 4.^a ed., 516 pp.; 6.^a ed. *La guerra civil. La era de Franco. Ibid.*, 1978, I, 390 pp.; II, 260 pp.)–, sobre la que incidiría de modo particularmente excruciante. Reeditada en nueve ocasiones, ha ido ensanchando acompasadamente su perímetro hasta rozar casi siempre las fronteras de la más estricta contemporaneidad. Por la audiencia a menudo sobredimensionada que adquieren en el mercado editorial español ciertos manuales descolantes –hecho muy elocuente, de otro lado, de nuestra cultura científica–, ha de reseñarse, en estos años inaugurales de la estadía catalana de Carlos Seco, su contribución a un libro de texto de profundo y comprensible calado entre el público juvenil universitario. Tal aportación se añadía a la no menos sobresaliente de Jover Zamora, que englobaba el itinerario comprendido entre 1808 y 1931 –*Introducción a la historia de España* de A. Ubieto, J. Reglá, J. María Jover y C. Seco (Barcelona, 1962; numerosas ediciones, 17.^a edición, 1987, 1.096 pp.)

Comediada holgadamente la permanencia del catedrático toledano en la Ciudad Condal, dio éste en ella a la estampa probablemente su obra más conocida y... polémica: *Alfonso XIII y la crisis de la Restauración* (Barcelona, 1969, 190 pp.; Madrid, 1979, 2.^a ed., 281 pp.). Libro de factura quizá más francesa que española por su contenido y propósitos, removió en su día las aguas historiográficamente estancadas cuando no fétidas de la España de un monarca muy querido por el autor. Tal vez sea también su obra más representativa. La frescura y aticismo de la prosa se hermanan con un completo conocimiento de la bibliografía fundamental y de las fuentes memoriográficas, algunas de ellas poco empleadas incluso por los especialistas. Es igualmente un libro de tesis bajo su envoltura ensayística; circunstancia que le lleva a la discusión y a la controversia, a veces acerasadas, pero en todo momento correctas. Imantado singularmente por el personaje y su época, Seco los revisitaría: *Estudios sobre el reinado de Alfonso XIII* (Madrid, 1998, 390 pp.).

El veintenio de sus pródigos servicios al *Alma Mater* barcelonesa le permitió crear una colección de monografías dedicadas a la investigación de la España más próxima, prologando casi todas las obras de su copioso catálogo –autores: Oriol Vergés Mundá, Josep Ardevol, Josep Tèrmes, Francisco Pelechá Zozaya, María Angeles Pérez Samper, Antoni Jutglar, Ana María Schop Soler, Joaquín Nadal Farreras, Jaime Torras Elías, Mer-

cedes Nieto de Sangenft – y exhumando él mismo una preciosa colección de fondos del Archivo Arús de Barcelona –*Colección de documentos para el estudio de los movimientos obreros en España en la época contemporánea. Asociación Internacional de los Trabajadores. Vol I. Actas de los Consejos y Comisión Federal de la Región Española (1870-1874)* (Barcelona, 1969, 2 tomos, 403 y 345 pp. respectivamente) *Vol. II: Asociación Internacional de los Trabajadores–. Cartas, comunicaciones y circulares del III Consejo Federal de la Región Española. - I (Septiembre-octubre de 1872). (Ibid, 1972, 430 pp.)- Vol III: Asociación....-II (Noviembre-diciembre 1872) (Ibid., 1973, 404 pp.)*– a la que colocaría los pertinentes prólogos, introducciones y notas, una vez transcrita la documentación, tarea en que a las veces le auxiliaría su colaboradora, María Teresa Martínez de Sas.

Laboriosa y fructífera, la estadía catalana le brindará, finalmente, la ocasión para editar, con sagaces y bien escritas introducciones, dos destacados textos memoriográficos: *Al dejar el fusil. Memorias de un soldado raso en la guerra de España* (Barcelona, 1968, 378 pp.; «Prólogo», pp. 5-16), recuerdos de un oscuro sargento ilerdense combatiente en el ejército de Franco, y los del que fuera honesto y desgraciado gobernante, el alicantino Joaquín Chapaprieta, *La paz fue posible. Memorias de un político* (Barcelona, 1971, 2.^a edición, 1972, 476 pp., la introducción, titulada «Chapaprieta: un técnico anterior a la tecnocracia», se extiende entre las pp. 19-109). No propiamente historiográfico en el sentido sobre todo «gremial» del término, pero sumamente enjundioso como viñeta y reconstrucción de época, es su extenso y tremante prólogo a las muy vivas y sabrosas memorias de un catedrático de literatura aragonés, docente de mala memoria en Barcelona, José María Castro y Calvo: *Mi gente y mi tiempo* (Zaragoza, 1968, 551 pp.: «Prólogo», pp. 5-20).

Asentado en un Madrid entrañado y conocido hasta la última de sus fallas históricas, la parcela de nuestro pasado objeto aquí de referencia continuará enriqueciéndose con su incesante trabajo. Al lado de una ininterrumpida colaboración en periódicos de ámbito nacional y prestigiosas revistas de alta divulgación –agavilladas algunas de ellas en una joya literaria: *Viñetas históricas* (Madrid, 1983, 131 pp.)–, cuatro volúmenes de la historia de Menéndez Pidal– Jover Zamora contaron con su rúbrica. En uno de ellos su participación fue *in extenso* –T. XXXVIII, *La España de Alfonso XIII. El Estado y la política (1902-1931). Vol. I. De los co-*

mienzos del reinado a los problemas de la posguerra. 1902-1922) (Madrid, 1995, 670 págs.) Vol. II. *Del plano inclinado hacia la dictadura al final de la monarquía. 1922-1931* (Madrid, 1995, págs. 11-623; la parte tercera del vol. está redactada por Javier Tusell, págs. 627-747)–; en otro, muy considerable *Tomo XXXIX, Vol. I.-Las ideologías políticas* (Madrid, 1993, pp. 319-456) Tomo XXIV, Madrid, 1979, pp. IX-LXXXVI, y los prólogos al t. XXIV (Madrid, 1979) –éste una verdadera panorámica del reinado de Felipe III– y al escrito por M. Artola.

Esta titánica labor no le restaría bríos para escribir, *sine ira et studio*, *Militarismo y civilismo en la España contemporánea* (Madrid, 1981, 458 pp.), el más extenso y posiblemente el más «personal» y vivenciado de sus libros, por ende. Biografía íntima y colectiva, condujo al autor a meditar largamente sobre uno de los enigmas y de las claves del ayer inmediato de su patria con la finalidad de aclararlos a la luz de la historia. Obra sin duda de plenitud, en sus páginas se decantan y sedimentan, ordenada y concertadamente, lecturas múltiples e investigaciones contrastadas a la hora de desplegar el escenario en que soldados y políticos, poder «militar» y poder civil, riñeron una batalla homérica, sólo en verdad concluida con el advenimiento y triunfo de una democracia por fin consolidada en las postrimerías del siglo XX –repárese en la fecha del libro, salido de las prensas a tres años del 23 F.

Otros temas y periodos de la contemporaneidad encuentran en Seco Serrano a un cultor asiduo y sagaz: el carlismo –bello retablo: *Tríptico carlista*. (Barcelona, 1973, 157 pp.)–; la década de las Regencias –*Barcelona en 1840: los sucesos de julio (Aportaciones documentales para su estudio* (Barcelona, 1971, 88 pp.)–; el canovismo –*La Restauración y sus «aperturas»* (Madrid, 1977, 38 pp.)–; la II República –*Los testimonios de primer plano en la crisis española de 1931 a 1939. Aportaciones bibliográficas* (Santander, 1967)–; la transición –*Al correr de los días. Crónicas de la transición (1975-1993)* (Madrid 1994, 318 pp.)–; Dato –*Perfil humano y político de un estadista de la Restauración: Eduardo Dato a través de su archivo* (Madrid, 1978, pp.)–; el actual monarca –*Juan Carlos I, el rey que reencontró América* (Madrid, 1988, 143 pp.), etc., etc.

Pero dejada ya constancia de su fluyente vena creadora, será probablemente ocasionado ahora referirnos, siquiera sea de modo cortical, al

servicio de cuál concepción intelectual e historiográfica se coloca tan extensa y meritoria producción. Muy hincada en el suelo español por razones de generación, tiempo y lugar, su bibliografía se encuentra oreada por los aires del humanismo cristiano, con neta primacía de lo político y social sobre otras facetas del acontecer histórico, considerado éste como producto de renovados cambios en la textura de las colectividades, para cuya comprensión juegan igualmente un papel indispensable las continuidades; permanencia y dinamismo, estructura y coyuntura dan como fruto la configuración de las sociedades, cuya existencia no es para él azarosa y ciega, sino, por el contrario, comprensible y finalista. Al propio tiempo, el insobornable afán de imparcialidad y el cumplimiento estricto de una epistemología de valor permanente –análisis concienzudo, historiografía meticulosa de las cuestiones abordadas, supeditación imaginativa a las fuentes– presidirán sus estudios, en los que las cuestiones metodológicas no revisten un carácter esterilizador a fuerza de obsesivo, aunque no por ello queden desatendidas. «No hay historia, sino historiadores». Antes de que el patriarca Lucien Febvre escribiera la famosa frase, Carlos Seco la aplicaba cotidianamente en su taller. Distanciados en creencias y convicciones políticas y doctrinales, un mismo concepto humanista del trabajo historiográfico hacía confluír en idéntica corriente al cofundador de los *Annales* y a uno de los grandes historiadores españoles del siglo XX.

Testigo lúcido de un mundo en transformación, Carlos Seco atalaya, desde un promontorio de sólidas raíces, nuevos rumbos para una vocación-profesión ejemplarmente cumplida y servida. A lo largo de medio siglo de trabajos y quehaceres ha visto evolucionar profundamente el oficio de historiador; conoce bien que estamos en vísperas de nuevos y hondos cambios en tal menester enortados en gran medida a devolverle, después de una larga etapa de prepotencia y dogmatismo, humildad y modestia, menos tecnicismo y más sensibilidad, más arte y poder de evocación. Muchos de los ingredientes de la flamante receta formaban parte de las lecciones de repaso de su juventud, a las que se ha mantenido invariablemente fiel. El talante humanista, penetrado de un relativismo inoculado con algunas dosis de sano escepticismo, se ha demostrado, en el siglo del Holocausto y del Gulag, como el más poroso y comprensivo del mundo construido por el hombre y la mujer, fin excluyente de toda labor historiográfica.

MIGUEL ARTOLA GALLEGO: VALOR Y SIGNIFICADO DE SU CONTEMPORANEÍSMO

La historiografía, claro, es algo más que los historiadores, ya que las corrientes ideológicas prevalentes en una época, su actitud estética y hasta moral, los préstamos de otras disciplinas, etc., etc. ocupan en su evolución un papel esencial. Pero, ello por descontado, los historiadores en determinadas tesituras son sus principales motores. En la que ahora nos sirve de coordenada cronológica, dicha nota se escuchará con fuerza. De ahí que, sin solución de continuidad, bosquejemos el perfil del historiador que formaba *pendant* con Carlos Seco en la precedente y personal descripción. Su común origen –alumnos del mismo curso en las aulas Complutenses de la postguerra, discípulos destacados de Ciríaco Pérez Bustamante– no encuentra paralelismo en la temática de la tesis doctoral. Mientras la de Carlos Seco se realizaba sobre Felipe III, la de Artola se situaría en pleno corazón de los albores de la España contemporánea.

Los afrancesados, cuya sociología y entidad habían ya interesado a otros estudiosos como Mario Méndez Bejarano, José Deleito Piñuela y Carmelo Viñas Mey, fueron objeto de su primera investigación de radio largo. Los muchos escollos que una singladura tan difícil y arriesgada había de sortear para llegar a buen puerto, lo fueron con serenidad al par que con la seguridad y aplomo característicos de los planteamientos y análisis de un autor que nunca olvida que, en el menester historiográfico, la aljaba ha de estar siempre repleta de preguntas para siluetear bien el blanco de la investigación.

Entre la aparición de *Los Afrancesados* en 1953 (Madrid, 1976, 2.^a ed., 317 pp.), con positivo eco de crítica y público –menos un acerado e injusto dardo de Vicens, que achacaba al joven doctorando haber hecho tan sólo una historia política del reinado de José I–, hasta la consecución de su cátedra salmanticense, las energías contemporaneístas de nuestro autor se drenaron por la traducción del francés de un par de excelentes libros –uno de ellos del general L. M. CHASSIN, sobre *La conquista de China por Mao Tse-Tung (1945-1949)* (Madrid, 1954, 280 pp.) y otro (excelente también) de A. GROSSER, *Diez años de Alemania, 1945-1954* (Madrid, 1955, 317 pp.), publicados en una editorial sufragada a sus expensas (editorial, por desgracia, de muy efímera existencia, sin duda por el raquitismo del mercado español)–, así como por la puesta a punto en la Biblioteca de Autores Españoles, entonces dirigida por su maestro, de la

edición de las obras del marqués de Mendigorria, Jovellanos, Alvaro Flórez Estrada, etc. Al contrario de los de su colega Seco Serrano, tales estudios preliminares –de menor extensión que los de éste– carecían de pretensiones literarias o historiográficas y se limitaban a dibujar una estereotipada semblanza de los autores y a dar una breve noticia de sus obras. Cuarenta años más tarde, una porción de tales trabajos –«Vida y pensamiento de Gaspar Melchor de Jovellanos», «Vida y pensamiento de Alvaro Flórez Estrada», «Francisco Espoz y Mina», «Fernando Fernández de Córdoba»– serían recogidos en la contribución de los miembros de la Real Academia de la Historia a la colección de la docta Corporación, *Clave Historial. Vidas en tiempos de crisis* (Madrid, 1999, 353 pp.).

Pero es que los afanes del joven profesor discurrían por aquellas fechas por roderas bien distintas. Preparaba con empeño la, para su ocasional comentarista, mejor obra de su sobresaliente producción: *Los orígenes de la España contemporánea* (Madrid, 1959, 2 vols., 648 y 599 pp., respectivamente; volvió a publicarse en el mismo lugar y entidad –Instituto de Estudios Políticos– en 1975, con variación en el número de páginas debido al cambio de formato, aunque no por modificaciones o adiciones, a las que el autor, como hemos visto, es –creemos que muy razonablemente– poco aficionado (I, 746 pp.; II, 684 pp.). Sus más notables facultades intelectuales e historiográficas se movilizaron para dibujar un fresco a la vez renovador y sólido de una etapa crucial en nuestro pasado.

Su *status quaestionis* bibliográfico tanto nacional como extranjero era impecable, como original la documentación y, en especial, su empleo, ya que el tema estaba abierto a la polémica: Juretschke, Suárez Verdeguer, Sánchez Agesta... Lecturas vastas y meditadas, alternadas con felices pesquisas archivísticas, y una argumentación muy elaborada y perspicaz le servían para sentar audaces teorías sobre múltiples extremos de un periodo hecho a la medida de sus inclinaciones y deseos, favorables al revisionismo permanente, al inconformismo y hasta al iconoclastismo, según apunta uno de sus mejores amigos, al par que también gran historiador guipuzcoano –Antonio Elorza–. Conforme a sus hábitos intelectuales, Artola dinamitaba visiones esclerotizadas o generalizadas acerca de la Ilustración y las sustituía por otras en las que la racionalidad constituía la clave de bóveda del proyecto de los pensadores y políticos de las luces. Buen auscultador de los latidos sociales de la España de la segunda mitad del XVIII, la desembocadura del proceso al Antiguo Régimen en la España doceañista se imponía como fenómeno na-

tural y lógico. Más que detonante, la guerra de la Independencia fue espuela. En casi todo, la España del primer liberalismo se presentaba como hija de la de las luces. Una vez publicado su libro, la historiografía contemporánea disponía de una firme plataforma conceptual de arranque para interpretaciones salidas de los moldes habituales, y construida «heterodoxamente» en algunos extremos, lo que la hacía más atractiva a los ojos de los historiadores de las nuevas hornadas, penetrados ya de la revolución metodológica que en el modernismo francés encabezara la escuela de los *Annales* y robusteciese la de su último y más brillante adalid, Fernand Braudel.

Impostado en el escenario de su primer tajo historiográfico, se presentaba en 1963 un comprensible exvoto a una tierra natal nunca muy beneficiada del trabajo de un historiador amante de anchos espacios y arduos desafíos. *Historia de la reconstrucción de San Sebastián* (San Sebastián, 1963, 318 pp.) es una monografía –aparecida en buena parte en forma de artículo en *Revista de la Universidad de Madrid*, «La reconstrucción de San Sebastián (1814-1820)», 18 (1956), pp. 135-191 (otro publicado en la misma revista, «El sitio de San Sebastián en 1813», 17 (1956), pp. 27-67 quedaría al margen de la recopilación)– de mucho peso documental –archivos madrileños y donostiarra– y denso análisis acerca de la respuesta, laboriosa e inteligente, de sus habitantes tras la destrucción, casi hasta las ruinas, de Donosti en las últimas horas de la guerra de la Independencia en la geografía vasca (31). Por las mismas fechas en que dicha obra veía la luz,

(31) Con emotivo laconismo, en una pluma poco propensa a la efusión sentimental, describe el donostiarra Artola las últimas horas del memorable asedio: «A las doce (8-IX-1813) se izó la bandera blanca, encargándose el coronel de Songeón de las negociaciones que rápidamente dieron lugar a la capitulación por la que se concedía a la guarnición los honores de la guerra. Aquella misma tarde fueron relevados los puestos franceses del Mirador y a la mañana siguiente desfilaban los 833 supervivientes del asedio con el general Rey a su frente, a través de los batallones ingleses (...) Apenas abandonada la fortaleza se izó en el Macho la bandera española saludada con una salva de 21 cañonazos, que anunciaban el fin de aquella horrible lucha». «El sitio de...», pp. 660; y después de la eversión, el renacer: «A partir de esta época (1817) la reconstrucción, vencidos los obstáculos más importantes entre los que la retrasaban, avanza a un ritmo apresurado, que muy pronto sustituyó los solares llenos de ruinas por manzanas de casas alineadas y de gran regularidad. Los planos de San Sebastián de la primera mitad del siglo nos muestran poco menos que palmo a palmo el proceso de reconstrucción. La historia adquiere un tono menor, monótona repetición de expedientes de expropiación y contratos de obras, sacudido a veces por una efemérides notable: construcción de la Plaza Nueva en 1817, del Ayuntamiento entre 1829 y 1832, según los planos de Silvestre Pérez; de la Alhóndiga, sobre un proyecto del propio Ugartemendía, etc». «La reconstrucción de...», pp. 190-91.

se disponía a hacerlo en Salamanca uno de los trabajos de más continuidad eco en el público estudiantil y especializado debidos a M. Artola. Su pluma presentaba en él, muy escueta pero no menos ajustadamente, algunos de los escritos con mayor trascendencia en la cultura de Occidente. *Textos fundamentales para la historia* estaría destinada, en efecto, a gozar de numerosas ediciones, citando, por nuestra parte, la segunda, en Madrid, 1968, 638 pp., que concluye con documentos sobre el «socialismo y el marxismo», sin adentrarse más en el discurrir del Novecientos.

A punto de cumplirse su decenio de estancia salmantina y poco antes de posesionarse de la cátedra de Historia Contemporánea de la flamante Universidad Autónoma de Madrid, nuestro autor veía publicada su importante contribución –T. XXVI: *La España de Fernando VII* (Madrid, 1968, 999 pp., en 1999 apareció una edición amputada de su aparato crítico)– a la *Historia de España* de Menéndez Pidal, fallecido en el otoño de dicho año. Obra, como otras suyas, algo teratológica; de un torso y cabeza equilibrados y unas extremidades deformes por su apresurado y galopante análisis. El planteamiento renovador y polémico, acusadamente subjetivo y sugestivo, la robusta construcción y la aguda implementación le prestaron de inmediato un halo de merecida atracción y referencia entre los estudiosos.

De igual modo que los dos contemporaneístas precedentemente tratados al desgaire, *brevitatis causa*, el que ahora abordamos acrecentó la difusión de sus novedosos planteamientos con la publicación del antepenúltimo volumen –*La burguesía revolucionaria (1808-1874)* (Madrid, 1973; 4.ª ed.: *Ibid*, 1976, 140 pp.)– de la colección de manuales universitarios por él dirigida. En sus páginas volvía a brillar el *esprit de repartie* y la audacia a la hora de construir modelos teóricos para aprehender la tornadiza realidad de nuestro Ochocientos. Menor audiencia y, sobre todo, menor influjo halló en los ambientes científicos su monumental tratado *Partidos y programas políticos. 1808-1936* (Madrid, 1974, 2 vols., 706 y 532 pp.), reducido en su tratamiento teórico, en verdad con buen criterio, al segmento de 1867-1936, dado que Artola había ya escrito *ex abundancia* respecto al primer liberalismo, el del ciclo gaditano. El esquema estasiológico con que se abrían sus páginas –ya publicado con anterioridad casi *ad integrum* en una afamada revista, según pauta seguida en otras ocasiones: «Teoría general de la política» *Revista de Occidente*, 128 (1973), pp. 212-232–, presagiaba un texto a un tiempo esforzado y desmalazado, ilu-

minado, en ocasiones, con fogonazos de gran resplandor, pero quizá carente, en conjunto, de armonía y equilibrio al tiempo que con indisimulables lagunas bibliográficas en un territorio en que su recurso se ofrecía indispensable. Una vez más y como casi siempre, el autor se había encarrilado con un tema medular del pasado hispano; pero el mejor escribano echa un borrón y la cuestión quedaba pendiente de nuevos empeños, que, por cierto, no se han acometido hasta la fecha. No obstante lo dicho sobre la señalada obra, su aportación documental se mostraba de subido valor por su notable variedad y rareza en diversos aspectos y capítulos de la España liberal.

Tras esta voluminosa empresa, la teoría historiográfica y la metodología de influencia marxista volvían a tentar a nuestro autor en un denso libro sobre otro punto de inflexión de la España contemporánea: *Antiguo Régimen y Revolución Liberal* (Barcelona, 1978, 318 pp.). Todo un modelo de explicación causal acerca del hundimiento, por motivaciones económicas, del Antiguo Régimen y su reemplazo por el sistema burgués usufructuado por la nueva «clase dominante», se definía en sus páginas cara a explicar la aplicación efectiva de la revolución liberal en nuestro país. La sistematización no era tal vez el rasgo más destacado de un estudio repleto de sugerencias e hipótesis que ofrecía, además, con cierta preterición de la bibliografía propia y ajena, síntesis muy logradas de los capítulos políticos de la crisis del Antiguo Régimen español, que no podría abordarse en lo sucesivo sin tener muy en cuenta el texto tan deformadoramente escoliado.

Tema subyugante para un contemporaneísta, ya que no en balde durante largo tiempo fue el tren el símbolo emblemático de su geografía profesional, el ferrocarril escribe otro renglón importante en el haber historiográfico del catedrático donostiarra. Con algún título de entidad en su bibliografía –Wais, Gómez Mendoza–, todo lo concerniente al motor de la revolución de los transportes –una de las pocas plasmadas en nuestro país– entraña manifiesta sustancia historiográfica. En *Los Ferrocarriles en España 1844-1943* (Madrid, 1978, 2 vols., 458 y 562 pp.) se debía a su director la «Introducción» y la parte 3.^a del primer volumen –«La acción del Estado» (pp. 341-453)–, muy completa en todos sus extremos, con abundante aparato gráfico, tan del gusto de nuestro autor. El discurso de ingreso de Artola en la Real Academia de la Historia versaba sobre otro tema de permanente actualidad e interés: *Declaraciones y derechos del*

hombre (Madrid, 1982, 68 pp.). Desde 1776 hasta 1948, desde Virginia a París por partida doble, la gráfica lenta mas ininterrumpida, encubierta, enmascarada, guardianizada, pero siempre fluyente y expansiva, es reconstruida con tino y pericia por un historiador preso siempre de la comezón de la actualidad, de la inserción de Clío en el torrente del hoy. Nota rara, si no singular del texto, será la emoción que salpica una prosa apenas reclamada por el desbordamiento o la voluntad de estilo por atenta a la expresión de un pensamiento a las veces conceptista.

Con cadencia a menudo trienal o cuatrienal, la veta creadora de Artola mana anchamente. El decenio de los ochenta figura entre los más inspirados de su pluma. La economía pareció decididamente imantarla durante dicho período. Dos libros de primera magnitud por su esfuerzo, temática, proyección y resultados salieron de su laborioso taller en 1982 y 1986, con el propósito de poner claridad en un asunto hasta entonces muy en penumbra y embarullado. Como siempre, un excelente conocimiento de las fuentes impresas y una plausible familiaridad con el lenguaje y las técnicas económicos (ciertos *zelanti* de la historia económica detectan en sus páginas algunos gazapos o yerros, lógicos, por lo demás, en caso de exactitud de los réspices...) colocaban a nuestro autor en disposición de dar un salto cualitativo en orden al análisis de la Hacienda en la consolidación del sistema liberal, de la que sería pieza clave y redentora. En el primer libro –*La Hacienda del Antiguo Régimen* (Madrid, 1982, 511 pp.)– retomaba la cuestión muy río arriba para calibrar con precisión su débito en la desembocadura de la fase final de la crisis del absolutismo borbónico. El ordenamiento fiscal de la vieja monarquía era profundamente dualista –territorios forales– y desigual –tributación eclesiástica–. El triunfo constitucional fue a la vez causa y efecto del cambio introducido en la recaudación pública, culminado en su primer gran despliegue con la célebre reforma de 1845, sillar inicial en la modernización del Fisco. En la segunda de las obras –*La Hacienda del siglo XIX: Progresistas y Moderados* (Madrid, 1986, 366 pp.)– se estudia la evolución hacendística de un Estado que nunca pudo afrontar con vigor los envites de la modernidad debido a la infirmitad y obsolescencia de su aparato impositivo y a la incapacidad del país de generar riqueza –manifiesta imposibilidad de ahorro e inversión, deuda inembridable, presupuestos desequilibrados, etc.–. Tras incontables esfuerzos y medidas, el canovismo permitiría el robustecimiento mínimo de la osamenta hacendística de la nación. La historia al propio tiempo que su analista semejaban concluir así su propósito...

Ambas obras, de gran audiencia y positiva crítica, se convertirían prontamente en inexcusable punto de referencia.

Miguel Artola dirigía y coordinaba en 1981 el inmenso esfuerzo de dar al público español un *Diccionario de Historia* digno de tal nombre. Con incontables «voces» redactadas pulcramente, con clasificaciones y divisiones de las materias abordadas convincentes y sagaces, manquedades y ausencias muy ostensibles rebajaban su indudable valor y aplazaban para otra ocasión la obra ineludible de publicar a la altura del tiempo un diccionario de historia de España digno de una de las cuatro o cinco naciones europeas creadoras de una cultura, si no de una civilización. Amante de empresas ambiciosas en temática y cronología, Artola Gallego ha sumado en el último decenio a su copiosa lista de trabajos contemporaneístas prólogos, artículos, reseñas y otros estudios de arte menor en marcha hacia la materialización de viejos proyectos (32).

El final nos lleva al principio. La similitud de la carrera académica e investigadora de Carlos Seco y Miguel Artola vuelve a ponerse de relieve en su común punto de partida americanista. Su vela de armas publicística tuvo como escenario el Instituto «Gonzalo Fernández de Oviedo» del C.S.I.C. Ambos trabajaron codo con codo en la ya prestigiosa *Revista de Indias* de la que su maestro Pérez Bustamante fuera subdirector y, a la muerte (julio de 1949) de Antonio Ballesteros, su director. Junto a reseñas y notas, tanto Seco como Artola publicaron varios artículos referentes a distintos aspectos de la Ilustración y la crisis del Antiguo Régimen en el continente americano. En la bibliografía del primero hay que anotar, al lado de algún que otro estudio de los iniciales tiempos de la América española —por ejemplo, «Doña Marina a través de los cronistas», *Revista de Indias*, 31-2 (1948) pp. 497-504—, un revelador y revolucionario aunque muy posterior artículo —*Ibid.*, 1955— sobre el descubridor Alonso de Hojeda, que venía a confirmar, una vez más, que los avances en la disciplina de Clío no provienen siempre de los archivos,

(32) En las páginas finales del primer volumen de *Antiguo Régimen y Liberalismo. Homenaje a Miguel Artola*. Madrid, 1994, se incluye una bibliografía del homenajeado hecha «a la española», pues falta en la relación de sus artículos varios de ellos, algunos muy destacados como, v. gr., «Los afrancesados y América», *Revista de Indias*, 37-8 (1949), pp. 549-67, «La difusión de la ideología revolucionaria en los orígenes del liberalismo español» en *Arbor*, y luego recogido en *Estudios sobre Historia de España*, Madrid, 1965, pp. 375-390.

sino también muchas veces de la lectura inteligente y la cultura copiosa. Dentro ya del perímetro del territorio contemporaneísta un mínimo deber de justicia obliga a recordar el trabajo con el que se iniciara su largo comercio con la imprenta, en el que se aprecia, obviamente, la temprana edad a que fuera redactado, pero en el que también son ostensibles las dotes sobre las que se cimentaría el ulterior prestigio del catedrático toledano: «Doña Carlota Joaquina de Borbón y la cuestión uruguaya», *Ibid.*, 28-9 (1947), pp. 405-64. Estudio éste en el que predomina la documentación sobre el análisis, trayectoria que ha experimentado ya un acusado viraje en el que venía a ser su continuación: «El último fracaso de la reina Carlota», *Ibid.*, 43-4 (1951), pp. 143-52, texto de gran belleza formal y de planteamientos muy convincentes sobre una de las varias iniciativas políticas de aquella mujer de gran carácter y notable inteligencia (33). En

(33) He aquí los bellos trazos literarios e historiográficos con que se describe a una princesa que no había heredado de su madre, la reina María Luisa, los rasgos físicos -más atractivos que los pintados por el pincel goyesco- ni tampoco -aquí afortunadamente- los éticos. «Quizá en ninguna figura como en la de doña Carlota, reina infeliz de Portugal y del Brasil, se encarna mejor la voluntad desesperada de las metrópolis ibéricas en el momento de la disgregación colonial. La revolución ideológica, mar embravecido en su torno, luchó inútilmente por abatirla; y se mantuvo incólume, roca erguida con majestad en medio de los elementos desencadenados, pero impotente también para domeñarlos. Víctima de la violencia revolucionaria encarnada en sus últimas consecuencias, su esfuerzo se cifró en volver el torrente desbordado a su antiguo cauce; en la tremenda tarea quizá le faltó flexibilidad, pero ese defecto fue cualidad y virtud al mismo tiempo en la varonil mujer (...) Su actuación en América estuvo constantemente encaminada a mantener, como depósito sagrado que la Providencia, por extraños caminos, colocaba bajo su custodia, la antigüedad de los antiguos dominios de la Corona española; y llevó su inquietud más lejos aún; reina de Brasil, pero de Portugal al mismo tiempo, mostróse enemiga irreconciliable de los desenfrenados apetitos imperialistas de la Corona carioca; no sólo porque ella era encarnación del meritorio anhelo de acuerdo entre los diversos trozos de la unidad iberoamericana, acuerdo indispensable para la lucha contra el desorden, sino también porque no se le ocultaba que las guerras de expansión emprendidas por el gobierno de su marido serían el espaldarazo preciso a la nascente conciencia autonomista del Brasil. Es así como estos ideales suyos la llevaron a indisponerse con todos; en la magna tarea no halló apoyo ni aún por parte del receloso Fernando VII, su idolatrado hermano, en cuyo beneficio había sabido sacrificar «su sosiego, su salud y todos sus intereses». Treinta años antes, el ya citado J. M. RUBIO había descrito así la actitud del mismo personaje ante la coyuntura dibujada por Seco «...pero la personalidad de D.^a Carlota, y esto lo consignamos lamentándolo, nunca fue apreciada en su justo y real valer por nadie; si es el gobierno de España, nunca vio en ella más que una mujer dominada por el egoísmo y las ambiciones; el gobierno portugués y los patricios argentinos la tomaron únicamente como un valioso instrumento para el logro de sus proyectos, si bien ella nunca se prestó a servir de juguete ni a unos ni a otros. El gobierno inglés quizá fue el único que comprendió toda la importancia que tenía D.^a Carlota, y viendo que las ideas de aquella eran contrapuestas a las suyas, le hizo constantemente una encarnizada guerra en todos

«Espartero y Cuba: entre Inglaterra y Norteamérica», *Ibid*, 115-18 (1969), pp. 581-605, escrito en el solsticio de su andadura historiográfica, analiza un interesante documento procedente del Archivo del Palacio Real madrileño, la memoria justificativa de la gestión del encargado de negocios en Washington, Arnáiz, durante el lustro 1839-41, reproducida como apéndice documental. Tanto éste como las apostillas del comentarista son de notable importancia para el estudio de una cuestión reverdecida en la historiografía española con motivo del reciente centenario del 98. En otra revista de menor importancia científica, pero que también prestara algunos valiosos servicios al americanismo, *Boletín Americanista*, aparecida en Barcelona bajo la dirección de su antiguo compañero de la *Revista de Indias*, Jaime Delgado, Carlos Seco publicará apenas llegado a la Ciudad Condal un sustancioso trabajo, «Tres actitudes españolas ante las independencia de América», 1 (1959), pp. 43-50.

En cuanto a las tareas americanistas del historiador donostiarra, hay que señalar, ante todo, que ésta es tan copiosa como la de Seco. *Aliquando dormitat homerus...* Y éste es el caso del artículo «Campillo y las reformas de Carlos III», *Revista de Indias*, 50 (1952) pp. 685-714, que, desde luego, no tiene por qué obscurecer otros estudios más notables, acreedores de sobra a su recopilación en un volumen, empresa, lamentablemente, no realizada hasta la fecha. En el trabajo de marras y dentro, por lo demás, de una larga tradición, Artola confundió a dicho Campillo con el justamente afamado ministro dieciochesco, atribuyéndole la autoría de un escrito que, también en compañía de otros estudiosos, consideró como programa general del cuadro de las grandes reformas acometidas por los gobernantes carlotercistas. El diablo todo lo añasca. A la errónea identificación nominal, siguió la inadecuada identificación conceptual (34).

sus proyectos, en la cual salieron triunfantes los ingleses. Sin embargo, hay que hacerse cargo de la situación de los contendientes para comprender la diferencia de condiciones y armas con que lucharon (...) De aquí en adelante la infanta vio claramente que nadie había de prestar atención ni menos ayuda a sus propósitos, y aún menos de ver como desinteresadamente, quizá con más propiedad románticamente, siguió poniendo del lado de España toda su influencia personal y buena voluntad, sin la esperanza siquiera de mirar un lejano día no ya recompensados, sino totalmente agradecidos sus continuos esfuerzos, última esperanza y postrera aspiración del sentimiento que engendra al verdadero patriotismo.» P. 101.

(34) Y, por ejemplo, las Visitas, las Intendencias o libre comercio de los que hablaba Campillo, aparecerían en dicho trabajo con caracteres muy alejados de lo que fuese su verdadera realidad, aceptándose sin reservas el cuadro pintado por el supuesto autor de el «Nue-

(Pero, insistamos, nada de ello, en especial, en la pluma de un contemporánea, tiene mayor importancia, y sólo se ha traído a colación para bien mensurar la plausible trascendencia del quehacer americanista de

vo sistema» -v. gr., las «Visitas» tal y como se establecían y fijaban meticulosamente en las Leyes de Indias. No interpretemos y transcribamos: «Dentro del siglo XVIII, la figura de Campillo tuvo fundamental importancia. Su gestión política, ya que no sus obras, se la dieron. Su figura ha de ser reivindicada también en el terreno del pensamiento (...). A su muerte dejará varias obras inéditas, de las cuales sólo el «Nuevo sistema económico» había de ver la luz en 1789 (...) El «Nuevo sistema» es una aportación más a la ya abultada literatura mercantilista española. Su espíritu no es nuevo; sin embargo, el programa político que enuncia es en verdad revolucionario (...). Para América, según Campillo, la obra comienza con una visita general que recorrerá el continente de Norte a Sur, y cuya preliminar al establecimiento del nuevo sistema de gobierno será únicamente informativa (...) La primera conclusión a que había de llegar la visita general de los reinos de América era la creación de un mapa político-económico, esto es, de una relación detallada y exacta de la población, riquezas y estado presente del Nuevo Mundo (...) Reduciendo a su esquema fundamental el «Nuevo Sistema» de Campillo hemos visto que su programa se limita al establecimiento de intendencias y a la libertad comercial y, para llevarlo a cabo, su desconfianza ante la obra no ilustrada de los hombres del pasado le hace ver como necesaria la realización de una minuciosa visita preliminar a toda reforma. Los tres términos visita, intendencias y comercio libre se realizarán al advenir a trono Carlos III.», pp. 690-2, 97-8 y 711. Pasados más de cuarenta años y ampliando lo que dijera en un artículo anterior -«Campillo y el Nuevo sistema; una atribución dudosa», *Temas Americanistas*, 2 (1983), pp. 22-9-, L. NAVARRO GARCIA puntualizará: «Pues bien, hoy creemos llegado el momento de analizar ese conjunto de datos y propuestas con objeto de mostrar el general desconocimiento de América que el autor, del «Nuevo sistema» demuestra casi en cada página de su escrito. De paso, en algunas ocasiones esto servirá para reforzar la idea de ser errada la atribución de este texto al ministro Campillo. Por otra parte, pretendemos mostrar que, contra lo que se ha venido diciendo, escasa o ninguna influencia tuvo el entonces inédito «Nuevo sistema en la política Indiana de Carlos III (...) Es claro que la «visita» propuesta en el «Nuevo sistema», con una como con varias «cuadrillas» (obsérvese la impropiedad del vocablo, que no se utiliza en la parte del proyecto económico dedicado a España), no tiene nada que ver con las visitas que realmente se llevan a cabo, primero en Nueva España y luego en América del Sur, cuyo primer cometido era abrir una investigación sistemática para averiguar la conducta de los funcionarios y la actuación de los organismos de Justicia y Real Hacienda, y luego proponer o poner en práctica aquellas medidas que pudieran mejorar la administración (...) Mayor es aún la distancia entre los intendentes definitivamente introducidos en Indias a partir de Cuba, Caracas y Buenos Aires, y los concebidos por el autor del «Nuevo sistema», para quien estos funcionarios, aparte de coexistir con los virreyes y gobernadores, aunque son llamados «fundadores del gobierno económico», tendrían como principal misión el cuidado de la población india (...) En cuanto a la libertad de comercio tan insistentemente proclamada en el «Nuevo Sistema» al que confiere un pretendido aire de modernidad, basta descender al detalle de la propuesta para advertir sus discrepancias respecto del modelo mercantil realmente seguido por España desde 1765 y 1776 (...) Y una vez más, en definitiva, se pone de manifiesto la ninguna influencia que el «Nuevo sistema» tuvo en la política indiana, fuesen cuales fuesen su autor y su fecha de redacción, por más copias manuscritas de su texto que circularan,

nuestro autor). Junto al artículo muy compacto y crepitante de ideas «Los afrancesados y América», *Ibid*, 37-8 (1949), pp. 542-67, debe recordarse el titulado «La guerra de reconquista de Santo Domingo (1808-1814)», *Ibid*, 45 (1951), pp. 147-84, también de pétreo consistencia, apuntando ya el gusto y los conocimientos polemológicos de su autor –sin duda, una de sus aficiones secretas...–, mientras que, finalmente, «La guerra de la Independencia y las Provincias Internas», *Ibid.*, 46 (1951), pp. 763-72 constituye una despedida algo desangelada del contemporaneísmo americanista por Artola, al convertir lo que habría sido un valioso artículo en una interesante *excerpta*.

Terminada esta breve incursión americanista, también nuestra aproximación a la obra de Miguel Artola Gallego rinde obligadamente puerto. Un balance provisional de su ingente tarea, forzosamente contrastado con el sus compañeros de Academia Jover y Seco, pone al descubierto una curiosidad acezante por las prioritarias cuestiones de teoría y método, acaso menos alquitarada que la preocupación del primero, pero también tal vez más comprometida y abarcadora; así como una intención quizá más sostenida o ambiciosa –estudio de asuntos más que de periodos, siguiendo el consejo de Lord Acton, y, por ende, obras siempre de gran empeño y ausencia casi por entero de labores divulgativas–, pero igualmente menos atildada y atenta a los detalles –*in minimis, perfectio*–, que las del segundo. Esta sensibilidad, este espíritu de fronteras, junto con sus grandes dotes organizadoras y de gestión cultural así como sus excelentes relaciones con los poderes públicos, explican el magisterio ejercido sobre gran número de descollantes contemporaneístas –al par, que algún que otro modernista...– y el nutrido grupo de sus discípulos, pues con los atributos referidos la formación de una escuela –hazaña intelectual en el invertebrado y descoyuntado mundo de la Universidad hispana– resultaba corolario previsible y esperado, pero no por ello menos elogiabile y admirable.

según se dice, entre los políticos españoles (...) Creemos que si los tres textos del «ciclo de Campillo» tuvieron realmente la difusión que da a entender el número de manuscritos que de ellos se conserva, debió ser porque merecían la consideración de «papeles curiosos», más aún presentándose amparados por el nombre del ministro. En cambio, no debieron ejercer ninguna influencia en las esferas de gobierno, como lo prueban la virtual ausencia de toda relación entre las propuestas del «Nuevo sistema» y las reformas realmente emprendidas, y el hecho de que no se halle ninguna ley o proyecto de ley reformista que cite ni a Campillo, ni a sus pretendidas producciones, como antecedente (...). «El falso Campillo y el reformismo borbónico», *Ibid.*, 12 (1997), pp. 6, 1001, 13-4.

JOSÉ LUIS COMELLAS U OTRA VISIÓN DE LA CONTEMPORANEIDAD
ESPAÑOLA

Algunas de las razones que justifican el análisis, a renglón seguido, del quehacer del primero —en la cronología y en la axiología, sin desdoro alguno, obvio es, para nadie— de los discípulos de Federico Suárez Verdeguer, Jose Luis Comellas, se consignaron más arriba. Algo más joven que los tres precedentes pero integrante *lato sensu* de la misma generación, su «vividura» histórica se nutre de idénticos elementos a la de aquéllos. Sin embargo, su posición historiográfica se distancia en cuanto al talante y a la actitud ideológica desde la que se observa la fisonomía del régimen liberal español, territorio por excelencia de sus trabajos y días. Lejos de invalidar sus logros ni de medir con cicatería sus realizaciones, el historiador ferrolano explicitará ciertas reservas acerca del coste social que entraña su triunfo, basado en medios *non sanctos* en determinadas parcelas. Y aún más que frente al constitucionalismo en abstracto e incluso a su plamación hispana, Comellas mantendrá algunas aporías frente a la historiografía que el sistema generó y auspició para legitimar su implantación. En este punto sí es Comellas beligerante. La historia oficial del liberalismo se confunde a las veces con la apología. Hecho que, a la vista de lo acontecido de ordinario en la historia (escrita por los vencedores casi siempre...), podría explicarse cuando no justificarse, si no hubiere entrañado la propagación de una leyenda negra sobre el movimiento carlista y, en general, sobre los hombres e ideas que en el pasado decimonónico defendieron los principios de la España tradicional. Objeto de catonianas censuras por plumas habitualmente ponderadas como las de algunos de sus colegas universitarios pertenecientes al estamento de los *seniores*, Comellas ha roto una lanza en pro de una actitud más neutral o aséptica hacia los millones de españoles que, en la vida política o en el campo de batalla, aspiraron a una convivencia y a una configuración del Estado distintas a las de los vencedores. Y ello, naturalmente, no en nombre de ninguna militancia política, sino a favor de una mejor y mayor comprensión del proceso que configuró a la España actual. Nada demuestra con más patencia la naturaleza de su actitud que el que ninguno de sus discípulos haya seguido dicha trayectoria, enmarcándose en la prevalente en la historiografía contemporánea.

De caudalosa pluma como la triada de contemporaneístas últimamente mencionados, Comellas, gran conocedor del arte de *Melpémone* —Nueva

historia de la música. (Barcelona, 1995, 571 pp.)–, ha tocado todos los registros de la historiografía. Artículos de alta divulgación, colaboraciones asiduas y numerosas en enciclopedias y diccionarios, comentarios y reseñas bibliográficos, folletos –uno especialmente sugestivo: *El sistema Político de Cánovas* (Madrid, 1961, Col. «O crece o muere», n.º. 166, 54 pp.– y opúsculos se codean en su oceánica producción con las síntesis de alto galibo –*Los realistas en el Trienio constitucional (1820-1823)* (Pamplona, 1958, 233 pp.); *Los moderados en el poder. 1844-1854* (Madrid, 1970, 369 pp.)–, el ensayo de amplios horizontes interpretativos –*La teoría del régimen liberal español* (Madrid, 1962, 172 pp.)–, la monografía de esbelto porte –*La Restauración como experiencia histórica* (Sevilla, 1977, 194 pp.); *Sevilla, Cádiz y América. El trasiego y el tráfico* (Madrid, 1992, 336 pp.), escorada toda ella, menos la conclusión, pp. 305-21, hacia la Edad Moderna, contiene datos y visiones de interés para el contemporaneísta–; la biografía divulgativa –*Cánovas* (Madrid, 1965, 372 pp.)–, con la dirigida a un público más especializado –*Cánovas del Castillo* (Barcelona, 1997, 366 pp.); *Isabel II. Una reina y un reinado* (Barcelona, 1999, 379 pp.)–; la aportación sustantiva –*Los primeros pronunciamientos en España 1814-1820* (Madrid, 1958, 376 pp.–, con la panorámica –*De las revoluciones al liberalismo* (Pamplona, 1982); *Historia Breve del mundo contemporáneo (1776-1945)* (Madrid, 1998, 398 pp.)–, y, en fin, con la cuidada edición de textos: *Política y administración en la España isabelina. (Antología del pensamiento de Bravo Murillo)* (Madrid, 1971, 352 pp., las primeras 71 corresponden al estudio preliminar). Y aún faltarán muchos mimbres e hilos en el cadejo para tejer la canasta de su obra completa. Entre los más importantes recordaremos su notable vademécum *Historia. Guía de los estudios universitarios* (Pamplona, 1977, 347 pp.), sus sobresalientes compendios de Historia Contemporánea Universal, así como sus manuales y tratados universitarios *Historia de España Moderna y Contemporánea 1474-1975* (Madrid, 7.ª ed., 1980, 671 pp.; *Historia de España Contemporánea*; Madrid, 1988; 6.ª ed., Madrid, 1998, 562 pp.). Mas con todo, todavía dejaremos al lado en nuestro apresurado recuento libros como *El tiempo en Sevilla* (Sevilla, 1993, 2 vols.); *El cielo de Colón. Técnicas navales y astronómicas en el viaje del Descubrimiento* (Barcelona, 1992), etc., aparte de otros en los que la presencia de la historia moderna y contemporánea es más velada o tangencial.

A la vista de tan profuso elenco bibliográfico, podría sospecharse que hablamos de un autor imbuido por *la cupido sciendi del uomo universa-*

lis del Renacimiento y no de un estudioso de la época de la bárbara especialización dorsiana. Pero nos hallamos ante el historiador, desde luego, de mayor formación y conocimientos en el área de las ciencias experimentales de la segunda mitad del Novecientos español. Pocos contemporaneístas generales como él han analizado con mayor precisión y justeza la revolución industrial o descrito las innovaciones tecnológicas; pocos también han estado en tan permanente búsqueda de la interdisciplinariedad, a la husma en todo momento de la potenciación de las relaciones e interconexiones entre los saberes «duros» y los denominados *–horrescos referens–* «blandos». Pocos, en fin, como él han dado unos fundamentos epistemológicos a su quehacer más firmes y permanentes. Todo ello sin menoscabo ni obstáculo para la expresión ágil y la prosa al par vivaz y sobria, flexible y un tantico neologista.

Puesto fin, burocráticamente, a una vida universitaria del mejor cuño –silenciosa, desprendida, austera, cerrada a los silbos de la demagogia y la mendaz popularidad–, Comellas entroja actualmente el fruto serondo de un largo trabajo en las tierras de Clío. Ni vendavales –desencuadramiento de la vieja *Alma Mater* hispalense– ni vaivenes –del ostracismo de los círculos historiográficos «oficiales» al parcial redescubrimiento de su obra– alteraron un empeño intelectual ennortado hacia el acendramiento de la historia de siempre, perpetuamente fermentada por la insatisfacción y la procura de perfeccionamiento.

NOMBRES SEÑEROS DE LA POSGUERRA: DÍEZ DEL CORRAL, FERNÁNDEZ ALMAGRO, JULIO CARO BAROJA....

La profesionalidad y academicismo de la historiografía contemporánea no deben hacernos olvidar, como ya tantas veces hemos dicho, la aportación de plumas venidas de otros cuadrantes y saberes. Los años cuarenta proporcionaron una ubérrima cosecha de obras centradas en terrenos más o menos colindantes con el de Clío. La tesis doctoral de Luis Díez del Corral *El liberalismo doctrinario* (Madrid, 1945, 616 pp., 40, 1978. 728 pp. y pp. 117-485 del tomo I de sus Obras Completas, Madrid, 1998)–; *La Historia de las Finanzas españolas en el siglo XIX* (Madrid, 1946, 267 pp.), de José María Tallada Pauli; *Política naval de la España moderna y contemporánea* (Madrid 1946, 281 pp.), de Melchor Fernández Almagro; *La crisis de Europa* (Madrid. 1948, 163 pp.), del duque de

Maura; la obra de ambos, *La crisis de los partidos dinásticos. ¿Por qué cayó Alfonso XIII? Evolución y disolución de los partidos históricos durante su reinado* (Madrid, 1948, 545 pp.) (35); la excelente biografía de Cánovas del mismo Melchor Fernández Almagro, aparecida ya en 1951 –*Cánovas. Su vida y política* (Madrid, 1972, 2.ª ed., 671 pp.)–; *La política monetaria y las fluctuaciones de la economía española en el siglo XIX* (Madrid, 1948; 2.ª edición sin añadido alguno, Barcelona, 1970, 365 pp.), de Juan Sardá, y decenas de títulos más cuya simple enumeración nos está vedada por razones de espacio, dejan bien claras la huella y la deuda que la historiografía contemporánea tienen con sus relevantes autores (36). Tachada en ocasiones de *evenementielle* y descriptiva, contribuyó, sin embargo, en medida muy elevada al progreso de aquélla. Sus materiales y análisis la colocaron en la rampa de lanzamiento para adquirir su estatus de ciencia social, como quieren algunos, los más entusiastas, o de saber especulativo dotado de específicas normas heurísticas e intransferibles caracteres intelectuales, los más escépticos. La historiografía contemporánea nació en España, conforme ya observamos más atrás y este rasgo la ha continuado marcando hasta nuestros días, del aflujo de regatos y corrientes procedentes de todos los meridianos científicos y artísticos, con libertad de bandera y franquía de aduanas.

Afortunadamente, tales aportes y escorrentías provienen de modo creciente de zonas paredañas de otros saberes sociales, en riguroso paralelo con el proceso de ensanchamiento temático y metodológico de nuestra

(35) «Porque todo o casi todo lo que Melchor escribió, crítica literaria, estudio biográfico, artículo volandero o volumen de tomo y lomo (...) fue, en definitiva, una valiosa contribución al mejor conocimiento de la España ulterior al reinado de Carlos IV». P. LAIN ENTRALGO, *Más de cien españoles*. Barcelona, 1981, p. 112; reproducido en una obra posterior del gran humanista, *Españoles de tres generaciones*. Madrid, 1998, pp. 365-6. Empero, la impugnación recientemente hecha por A. ÁLVAREZ MORALES acerca de una deliberada tergiversación de Fernández Almagro a propósito de la votación de Cánovas en la sesión parlamentaria en que se eligió a D. Amadeo, «el rey de los 171» de los monárquicos isabelinos, rebaja grandemente la estimación historiográfica del escritor granadino: «Cánovas en la oposición y en el poder», *Studia Historica. Historia contemporánea*, 17 (1999), p. 292.

(36) Así lo estima, creemos que con un plus de crítica, un sobresaliente contemporánea actual: «Nuestros maestros supieron reaccionar en contra de un pecado capital de la historiografía española de la posguerra, el ensayismo delicuescente». J. TUSELL, «El debate político e intelectual sobre el decreto de Humanidades», *Ayer*, 30 (1998), p. 110. *Vid.* sobre el permanente valor de la erudición las atinadas consideraciones de G. THUILLIER y J. TULARD. *Le Métier d'Historien*. París, 1995, 2.ª ed., p. 115.

disciplina, heteróclita y de acarreo durante su estadio de formación, muy prolongado en el tiempo y aún más en suelo hispano. Su identidad fue siempre criolla y bastarda, «dehesa de consejo, a todo el mundo abierta», como gustaba de recordar D. Claudio Sánchez Albornoz entre rozagante y rezongante. Si derecho es, según la famosa opinión del magistrado norteamericano, las sentencias dictadas por los jueces, historia contemporánea no es sólo, evidentemente, los escritos debidos a sus profesionales.

Aunque sea el cañamazo de estos apuntes, en manera alguna pensamos que la historiografía contemporánea se constituya exclusivamente sobre el andamiaje profesoral. Por diversas razones, nos sirve de hilo conductor de las presentes páginas, pero bien conscientes de sus limitaciones. Aun más lejos nos hallamos de encerrarla en los claustros de las antiguas Facultades de Letras y hoy de Geografía e Historia. El ejemplo acabado de recordar de Luis Díez del Corral y de tantos otros demuestra palmariamente lo inadecuado y deforme que sería un panorama edificado sólo con los materiales aportados por el trabajo de los integrantes de las cátedras y departamentos de la especialidad de Historia Contemporánea. Muy pocos de sus miembros han gozado y gozan del prestigio e irradiación internacionales del autor de *El rapto de Europa. Una interpretación histórica de nuestro tiempo* (Madrid, 1954; O. C. I., pp. 621-887), cuya obra experimenta actualmente una espectacular cotización en las bolsas culturales de Occidente, algunos de cuyos problemas en el discurrir más reciente encontraron en su pluma un intérprete y analista comparable a Raymond Aron, Ortega, Madariaga o K. Jaspers.

Bien que centrada su vasta producción en los siglos modernos, su especialización en Tocqueville –figura de su mismo linaje intelectual– y sus frecuentes e iluminadores paseos por la Hispanoamérica de la segunda mitad del Novecientos, la Mallorca o la Andalucía contemporáneas, así, como es lógico, su clásico estudio acerca del liberalismo doctrinario, ya citado, y no pocos trabajos y breves ensayos sobre variadas materias de las últimas centurias, determinan que podamos dar a su eximia obra, con excelencia, el estatuto de contemporaneísta. Conforme veremos al fin del presente estudio, el trabajo de muchos de los principales discípulos de Luis Díez del Corral reforzaría la licitud –o licencia...– de tal adscripción y encasillamiento.

Como siempre ocurre en España, su celebridad en el extranjero acrecentó su ascendiente interno, disputándose su magisterio incluso algunos

de sus antiguos zapadores y críticos. Intelectual formado en los días de la II República, su ejemplo es también paradigmático a los efectos de mensurar con precisión la ruptura provocada por la guerra civil y la pleamar del franquismo en nuestra vida intelectual, en la que no quedaron anegadas tareas de elevada consistencia como la suya (37).

A los efectos del contemporaneísmo ésta ha legado un «modo de producción» en la historia de las ideas –soporte y vivero inexcusables de la historia de las mentalidades– en el que los saberes del viejo humanismo –Filosofía, Historia y Literatura– predominan sobre los sociológicos y antropológicos. La obra de un Carmelo Lisson o de un Salustiano del Campo descubren a las claras las conquistas alcanzadas a través del último utillaje, y las de algunos discípulos del mismo Díez del Corral, el fruto que proporciona un terreno regado preferentemente por la politología. Pero más conectados con las preocupaciones generales de los historiadores y más enraizados en el *humus* de la cultura española y aun podría decirse que de toda la tradición europea, sería una gran frustración intelectual que el método y modelo elevados a la perfección por el autor comentado no tuviese continuadores relevantes.

INTERMEZZO (BREVE) SOBRE EL AMERICANISMO

Estas volanderas notas sobre un tema denso y cada día más ensanchado –casi verdadera *selva selvaggia* en ciertos de sus tramos– no aspiran a dar ni siquiera leve noticia de todas y cada una de las parcelas que lo integran. Se encuentran lejos de ser, en verdad, al par por deseo e imposición (editorial, desde luego), un tratado de *omni rescibili et... quibusdam aliis*. Tratan sólo, como ya ha podido sobradamente comprobarse, de los historiadores ya fallecidos o de aquéllos otros cuya curva publicística ha recorrido su tramo más amplio y gozamos de algunas perspectivas para analizarla. En todos los casos, que son los más, en los que su trayectoria bibliográfica se encuentra

(37) «También resulta difícil sustraerse a otras pocas consideraciones.... Una es que no debía ser únicamente un páramo la vida intelectual del primer franquismo si podían llevarse adelante trabajos como los que se recopilan en las obras de Díez del Corral correspondientes a aquellos años». L. ARRANZ NOTARIO, «La obra de Díez del Corral», *La Ilustración liberal. Revista española y americana*, 1 (1999), p. 112

a medio camino o en su vértice, sólo de manera muy excepcional, y de ordinario también tangencial, hacemos escueta mención de una obra que es menudo rica e incluso prometedora de hallazgos y frutos aún en agraz.

Referirse, pues, al americanismo para un estudioso, gran parte de cuya existencia transcurrió a la sombra amiga de algunos de sus más renombrados cultivadores de mediados del novecientos, no podría ser materia de mayor complacencia si no fuese porque las líneas que aquí se le consagren han de ser obligadamente cortas y, por consiguiente, deformadoras de un panorama vasto y rico (38).

Razones muy comprensibles determinaron que hasta fechas cercanas a las últimas décadas del siglo XX nuestros americanistas dedicasen sus esfuerzos a reconstruir, casi con exclusividad, las etapas del gobierno español en Hispanoamérica –y Filipinas...–. En la historiografía de comedios de dicha centuria y tras la atípica –y espléndida– tesis doctoral sobre el virrey mejicano Iturregaray (Madrid, 1911, 788 pp.) de quien habría de ser tal vez el mejor estudioso de no pocas facetas del arte contemporáneo de nuestro país, Enrique Lafuente Ferrari, y, por supuesto, la muy estimable y copiosa obra –siempre actual y aleccionador, un título: *La doctrina Monroe*, Madrid, 1932, 358 pp.– del exiliado mejicano Carlos Pereyra (muerto, en 1942, en Madrid (39), donde residiera desde un cuarto de siglo atrás), acaso la única incursión de entidad por los aledaños de la contemporaneidad fuera la penetrante –como todas las suyas– monografía en que D. Manuel Giménez Fernández abordase el influjo de la teoría del poder de algunos de nuestros iusnaturalistas y filósofos del Siglo de Oro, en particular, Suárez y la escuela jesuita, en la emancipación de las Trece Colonias y, de rechazo –un rechazo muy directo, habrá desde luego de convenir– en la América virreinal: *Las ideas populistas en la Independencia de Hispanoamérica* (Sevilla, 1947, 154 pp.), sobretiro de su artículo en el vol. III del *Anuario de Estudios Americanos* (1946), pp. 517-666, a partir

(38) En el artículo citado en la nota 16 hacemos alguna referencia al americanismo de mediados del siglo, que no podemos repetir por razones de espacio.

(39) Una prueba más de la incuria que gangrena tantas parcelas de la vida cultural española la hallamos en que la obra de tan notable historiador no haya sido objeto de ningún estudio especializado, salvo el muy discreto del profesor argentino E. ÓSCAR ACEVEDO, *Carlos Pereyra, historiador de América*. Sevilla, 1986.

de la p. 636 se inserta un único apéndice documental, añadiéndosele en la separata un índice onomástico, pp. 150-5 (40).

Relacionado por muchos motivos con la preclara figura que nos acaba de ocupar —ambiente generacional, años de formación inicial, temas de estudio, etc.—, se presenta otro de los grandes estudiosos de la vertiente eclesial de la presencia española en América: el jesuita Pedro de Leturia. Una mínima alusión a sus innumerables y sólidos trabajos distorsionaría el esquema de estas páginas. Forzada y obligadamente, pues, tan sólo recordaremos del autor *Bolívar y León XII* (Caracas, 1931) y *La emancipación hispanoamericana en los informes episcopales de Pío VII* (Buenos Aires, 1934), tres o cuatro estudios ínsitos en el corazón de la faceta religioso-diplomática de la emancipación del Nuevo Mundo: «La célebre Encíclica de León XII de 21 Septiembre 1824 sobre la independencia de América, a la luz del Archivo Vaticano», *Razón y Fe*, 72 (1925), pp. 31-47; «La Encíclica de Pío VII (30 de enero de 1816) sobre la revolución hispanoamericana», *Anuario de Es-*

(40) Con su característico estilo escribía el insigne historiador: «Tampoco ahora se nos oculta que muchas de nuestras opiniones, no sólo serán compartidas sino que seguramente nos proporcionarán polémicas análogas a las provocadas por el trabajo sobre las Bulas Alejandrinas anteriormente publicado en este Anuario y así lo expusimos a quienes nos han animado a esta publicación. Ciertamente ello no nos agrada más que por la polémica en sí, por la imposibilidad de precaverse contra el fértil ingenio de ciertos inquisidores de vía estrecha, duchos en ataques tortuosos, mucho más graves que los francos y desembozados por duros que éstos nos parezcan. Pero si tropezamos otra vez en la misma piedra no es por imprevisión o descuido, sino porque estimamos nuestro deber de intelectual católico acudir una vez más a las grandes lecciones de la Historia, único campo practicable de labor investigadora, para quienes seguimos creyendo con la Sabiduría Revelada, que en estos problemas de investigación histórica como en los de información actual, «*Sólo la verdad puede salvarnos*». P. 522. «Sus tesis provocan verdaderos cataclismos, ya que su erudición se incrusta siempre a los problemas más candentes del momento. Hay que oírle y, sobre todo, hay que leerle (...) Aunque no es historiador profesional, como diría Estelrich, ha dado estruendosos aldabonazos a las puertas de la historia oficial y ha hundido más de un carcomido tablón de ella (...) la obra de Giménez Fernández encierra una profunda síntesis de las causas y de los móviles de la independencia americana. Hay que leer esas páginas». J. VICENS VIVES, *Obra dispersa*. Barcelona, 1967, II, p. 290. «En cuanto a las revoluciones en América, lo que acabamos de afirmar de que lo ideológico es un elemento formulado por filósofos y juristas al servicio de la revolución, resulta fácilmente demostrable. Giménez Fernández, con su particular agudeza, ha visto la semejanza doctrinal entre el pensamiento formulado por el gran ideólogo de la revolución norteamericana, Jefferson, y el manifestado por gran parte de los teólogos y juristas que componían los Concilios Provinciales convocados en Hispanoamérica en la segunda mitad del XVIII». V. RODRIGUEZ CASADO, «Sentido de la "Revolución norteamericana"», *Arbor*, 153 (1950), p. 9.

tudios Americanos, IV (1947), pp. 425-517; «Conatos francovenezolanos para obtener del Papa Pío VII una Encíclica a favor de la Independencia hispanoamericana», en *Miscelánea Americana*, Madrid, 1952, III, pp. 5-43, todos, especialmente los dos últimos, de abrumadora documentación y fino análisis. Ulteriormente, a poco de su muerte en Roma –abril de 1955–, varios jesuitas, encabezados por M. Batllori, recopilaron parte de estos artículos y otras páginas inéditas en una obra de complejión hartamente atormentada y un tanto confusa, como suele ser dolencia muy extendida en los trabajos de índole semejante a cargo de los padres ignacianos, acaso por su prurito de orden y sistemática: *Relaciones entre la Santa Sede e Hispanoamérica. 1493-1835*. Roma-Caracas, 1960, cuyo primer volumen se consagra a los orígenes de la colonización española, el segundo al primer tercio del ochocientos, en tanto que el tercero lo componen unos muy interesantes apéndices, unos esclarecedores documentos y unos índices asaz completos (608 pp.). Estudiadas por nosotros en páginas específicas su importante obra así como la de su discípulo Miguel Batllori –con incursiones y largas travesías por el contemporaneísmo español e hispanoamericano, tan acuciosas a menudo como discutibles–, se amengua un tanto el desabrimiento que nos produce su ahora galopante mención, lo que no nos eximirá de hacer expresa y admirada alusión al libro de Batllori Munné *El abate Viscardo. Historia y mito de la intervención de los jesuitas en la independencia de Hispanoamérica* (Caracas, 1953, 334 pp., 2.^a ed. Madrid, 1995, 393 pp., con ciertos añadidos textuales y supresiones documentales), su primer trabajo en el fértil surco del hispanoamericanismo.

En el recodo del Novecientos, el americanismo español ofrecía sin duda un aspecto roborante. En aquel año divisorio, Jaime Delgado, catedrático de Historia General de América en Barcelona a partir de 1956, antes de serlo, ya en sus últimos años de vida administrativa, de la Universidad Complutense, dio a la luz –después de su primer contacto con el público a través de un libro: *La Independencia de América en la prensa española* (Madrid, 1949, 318 pp.)– su muy notable tesis doctoral acerca de un asunto siempre de muchas resonancias en la antigua metrópoli de aquel territorio: *España y México en el siglo XIX. I.-1820-1830*. (Madrid, 1950, 471 pp.); *II.-1831-1845* (Madrid, 1953, 378 pp.); *III.-Apéndice documental 1820-1845* (Madrid 1950, 643 pp.) (la fecha del segundo volumen se debe a que no formó parte de la tesis, siendo una ampliación posterior). Trabajo, como decimos, ciertamente estimable en alto grado sin que la originalidad y novedad de la cuestión estudiada figurasen en último lu-

gar de unos méritos nacidos de la rica, muy rica documentación empleada –Archivo de Indias, Archivo Histórico Nacional, Palacio Real–, de su inteligente uso y de su exposición tersa y límpida, como prosa de un autor cultivador, con notable registro, de la poesía, en particular, y de la literatura, en general. En adelante, éstas, junto con la política, absorbieron unos trabajos que en el tajo del americanismo contemporaneísta no pasarían ya, por desgracia, del ensayo fácil o apresurado.

No obstante, el extenso artículo publicado simultáneamente con su tesis doctoral, «La “pacificación” de América en 1818», *Revista de Indias*, 39-40 (1950), pp.7-68 –sagaz trabajo basado en la documentación del célebre expediente estatal de igual intitulación referente al año abarcado por el estudio de Delgado–; otro, igualmente agudo, «La ideología de San Martín», *Ibid*, 48 (1952), pp. 277-306 (texto bellísimo de una conferencia pronunciada en Madrid con motivo del Centenario de la muerte en Francia del caudillo de la independencia rioplatense); la diáfana visión sobre «El reconocimiento de la independencia hispanoamericana», *Estudios Americanos*, 16 (1953), pp. 17-34, y la breve síntesis sobre *La independencia de América* (Madrid, 1960, 124 pp.) son muy aprovechables, al igual que parte de su Memoria de Cátedra, *Introducción a la historia de América* (Madrid 1957, pp.). La postrera de sus visitas profesionales a la imprenta fue para la edición de *La Audiencia de Méjico ante la rebelión de Hidalgo y el estado de Nueva España* (Madrid 1984; hasta la p. 91 discurre el estudio introductorio y desde la p. 95 a la 263 el texto del sabroso e importante «Informe», fechado el 18 de noviembre de 1813). Según acabamos de decir, es obra de subido interés, muy primordialmente por el tenor y contenido del escrito, glosado con perspicacia.

Uno de los más reputados colaboradores de su cátedra barcelonesa, el vallisoletano Demetrio Ramos Pérez, por aquellas calendas profesor numerario de uno de los Institutos de la Ciudad Condal, seguiría en la segunda mitad de su laboriosa existencia caminos distintos a los de su colega a través de una investigación incesante (41). Tanto su pluma como su rebusca archivística y documental recorrieron todas las sendas del americanismo sin exceptuar, claro está, las de su etapa más reciente. Pese a que,

(41) Uno y otro, antiguos falangistas, serían delegados de Información y Turismo en la Ciudad Condal. Carlos Barral en sus deliciosos y algo malévolos recuerdos –*Los años sin excusa. Memorias II*, Madrid, 1982, p. 135– traza un retrato al vitriolo de estas actividades de Ramos, pero sin dejar atrás tampoco a su amigo y colega. p. 138.

según se acaba de apuntar, su obra gravitó en torno a los siglos de la modernidad, algunos campos del fenómeno emancipador y de la residual presencia española en el Nuevo Mundo durante el XIX se colocaron muy en la órbita de sus preocupaciones e intereses científicos. El proceso emancipador, sus próceres –*Bolívar, el Libertador; San Martín, el Liberador* (ambos, Madrid, 1988 y con 128 pp. los dos al formar parte de una colección divulgadora, como tres libros más de idénticas características que citaremos más abajo, de otros autores, por supuesto)– y las Antillas durante la etapa del consolidamiento liberal en la Península y los dos Archipiélagos se enriquecieron con las catas y precisiones que realizara en trabajos pertenecientes sobre todo al último trecho de su inabarcable bibliografía. Así, *Entre el Plata y Bogotá, cuatro claves de la emancipación americana* (Madrid, 1978. 108 pp.) constituye una estimable aportación, por la solidez crítica y la amplitud de enfoques, a una publicística continuamente acrecida, aunque no siempre de forma selectiva. Una visión recapituladora del magno acontecimiento es la que dió en 1996 para su edición a la benemérita «Colección Mafre América» –posiblemente el organismo privado que más haya hecho hasta el presente por el estudio de la América española–: *España en la Independencia de América* (Madrid, 650 pp.), obra de plenitud y de talante españolista, a veces despeñado por los barrancos de un patriotismo un punto exaltado. La erudición predomina, desde luego, en todos los trabajos reseñados y en su bibliografía entera, pero una erudición alquitarada, ajustada a los centros del análisis e inclinada a un comparativismo muy esclarecedor y en el que sobresalen los inmensos recursos de una familiaridad cordial y abnegadamente laboriosa con los asuntos estudiados.

Afín en el cuadro generacional y en los métodos, gustos y preferencias epistemológicas y temáticas, se alza, en el escenario del americanismo reciente, la figura de Francisco Morales Padrón, canario hechizado por Sevilla desde 1946 y catedrático en su Universidad desde 1958, superador, en algún área, de las casi imbatibles marcas del historiador anterior. Más renuente, quizá, que éste hacia el contemporaneísmo, no por ello ha dejado de ensanchar su acervo con monografías y artículos de hondo calado, en particular, en asuntos muy descuidados por sus colegas de ambas orillas, como la sociología literaria –*América en sus novelas* (Madrid, 1983, 308 pp.)– o la síntesis nerviosa y ágil, más matizada y atenta a los centros neurálgicos de asuntos de candente actualidad –*Historia de unas relaciones difíciles: EE UU-América Española* (Sevilla, 1987, 383

pp.), recopilación emotiva de un curso profesado en *el Alma Mater* hispalense en el que se desvelan, con claridad y sencillez, las claves de un pasado determinante en las relaciones interamericanas,

Otro estudioso de su generación, de escaso pero preciosista comercio con las imprentas, el turolense Guillermo Céspedes de Castillo, de inolvidable docencia sevillana antes de su marcha a los Estados Unidos y de consumir su último estadio universitario en la Complutense, se ha adentrado, a las veces, en el mundo de la América contemporánea, dejando sus trabajos una fecunda estela de ejemplaridad analítica y expositiva, encuadrada en todo momento en las coordenadas bibliográficas y metodológicas más pulcras y actualizadas –recuérdese, a modo de ejemplo, su deslumbradoramente didáctica síntesis *La Independencia de Iberoamérica. La lucha por la libertad de los pueblos* (Madrid, 1988, 127 pp.)

Alumno suyo destacado, y al que inculcara y transmitiera su interés acezante por el encuadramiento del americanismo en las cuadrículas de la historia e historiografía generales, fue el que probablemente sea hodierno el americanista más descollante de su generación tanto del Viejo como del Nuevo Continente: Luis Navarro García. Igualmente centrado en el estudio de los tres primeros siglos de la modernidad americana –muy singularmente, en el XVIII–, su seducción por todo lo atañiente al pasado de América le ha conducido a provechosos periplos por diversos escenarios de su contemporaneidad. Para seguir ajustándonos al criterio de parquedad seguido, *à rebours*, hasta aquí en el campo ahora abordado, únicamente citaremos la que tal vez sea la obra de mayor enjundia nacida de la politizada conmemoración del 98 ultramarino: *Las guerras de España en Cuba* (Madrid, 1998, 232 pp.); una síntesis suscribible por los historiadores franceses más acreditados en este género –difícil...– bibliográfico: *La Independencia de Cuba* (Madrid, 1992, 413 pp.); una monografía modélica: *Las Provincias internas en el siglo XIX* (Sevilla, 1965, 133 pp.); un artículo esclarecedor, «Hispanoamérica ante su disyuntiva esencial», *Atlántida*, 34 (1968), pp. 352-65, y una notable biografía divulgativa: *José Antonio Páez, caudillo de Venezuela* (Madrid, 1988, 126 pp.). De vida recoleta, ensimismada por entero con la docencia espartana y con la publicación artesanal, y alejada de cualquier contacto con las obscenas mundanidades de nuestra vida cultural, es de esperar –y de desear, por supuesto– que el catedrático sevillano realice nuevas singladuras por los rumbos del americanismo contemporáneo, perfectamente compatibles con la visita a las escalas de siempre.

Autor de muy amplio paralaje bibliográfico, el canario Mario Hernández Sánchez-Barba no ha dejado, obviamente, de abordar personajes y capítulos de la contemporaneidad hispanoamericana. Entre sus numerosos títulos nos decidimos por destacar, –de los que hemos leído (no pocos en verdad)–: *Dialéctica contemporánea de Hispanoamérica* (Madrid, 1973, 175 pp.), *tour d'horizont* de los problemas políticos y geoestratégicos del continente suramericano en una fecha liminar de su evolución última, así como su precedente –en parte– de un decenio atrás, *Las tensiones históricas hispanoamericanas del siglo XX* (Madrid, 1961, 285 pp.), sin por ello olvidar introducciones felices tales como *Formas Políticas en Iberoamérica (1945-1975)* (Barcelona, 1975, 155 pp.) o *Formación de las Naciones Iberoamericanas (siglo XIX)* (Madrid, 1989, 125 pp.).

Integrante de la misma promoción que el historiador mencionado fue José Muñoz Pérez, conocedor envidiable de numerosas páginas de la historia americana, según lo evidenciaría en varios trabajos y, de manera muy singular, en su enjundioso *Discurso y reflexiones en torno a la comunidad hispánica de naciones. Sus fundamentos, consecuencias y posibilidades* (Sevilla, 1992, 170 pp.).

Algo más j6ven que los citados es Manuel Lucena Salmoral, destacado especialista en el pasado m6s reciente de Colombia –*Nuevo Reino de Granada, Real Audiencia y Presidentes* (Bogotá 1965, 3 vols.)–, Ecuador y Venezuela, al que ha contribuido, cualitativa y cuantitativamente, a impostar en un marco acribioso y metodol6gicamente nuevo, algo no muy frecuente en nuestro americanismo. *Características del comercio exterior en la provincia de Caracas durante el sexenio revolucionario (1807-1812)* (Madrid, 1990, 558 pp.); *Vísperas de la Independencia de América: Caracas* (Madrid 1986, 389 pp.); *La economía americana del primer cuarto del siglo XIX, vista a través de las Memorias escritas por don Vicente Basandre, último Intendente de Venezuela* (Caracas, 1983, 281 pp., las 91 primeras integran el ameno estudio preliminar y hasta la 263 se extienden las ocho muy interesantes memorias que redactara el que fue durante menos de un año diligente primera autoridad española en la primera «provincia de Ultramar» desgajada de la metropoli) son, entre otros, títulos para el recuerdo y... la consulta. Y en el género de la biografía introductoria, su insuperable *Pedro II, Emperador de Brasil* (Madrid, 1989, 126 pp.) es merecedor, por

su calidad, de que nos refiramos por una vez a la América portuguesa. Algo más tarde, de su laborioso taller saldría otra pequeña, en número de páginas, pero gran biografía en cuanto al esfuerzo de síntesis y calidad de escritura: *Simón Bolívar* (Barcelona, 1997: 1.ª ed., en Madrid, 1991, 171 pp.).

Por fortuna, son muchos más los historiadores avecindados transitoria o permanentemente en el americanismo contemporaneísta. Por su juventud –Ramón Serrera Contreras, Julián Bautista Ruíz Rivera, Antonio García Abasolo, etc., etc.– o por la ausencia de trato en primera persona con su valiosa obra –nota inflexible de estos apuntes–, no nos introduciremos furtivamente en su heredad, deseando que entronjen en ella toda suerte de frutos.

Sin demasiada distorsión de su cuadro, cabría decir que el americanismo contemporaneísta español transitó de la historia cronística, de tanta raigambre en su gestación general, al revival de la historia narrativa, sin haber pasado por las etapas de transición. Las corrientes estructuralistas y marxistas dejaron en él su peor huella, con un empleo aún más rudimentariamente avasallador que en el contemporaneísmo español, sólo superado en cuanto al desmañado empleo de los métodos cuantitativistas por el del continente suramericano. El predominio del citado método narrativo, al privarle de algunos de los excesos del materialismo histórico, le incidió en dos direcciones. De un lado, lo salvó de la hipertrofia de las tendencias dominantes a mediados del siglo XX, pero, de otro, también lo aisló de unas corrientes que, bien encauzadas, pudieron dejar un balance positivo respecto del conocimiento de facetas esenciales del pasado... a la manera de como ocurriera en el contemporaneísmo hispano.

Ante el retorno a la historia académica al que hoy se asiste, las posibilidades de un desarrollo pujante y continuado del americanismo contemporaneísta español son muy seductoras. La religación cabe hacerla sin tratos ni adaptaciones violentas, previa una planificación muy rigurosa de los objetivos. Los frutos del avance que las líneas de estudio imperantes en los decenios centrales del siglo XX dieron a la historiografía hispana, deben de algún modo recuperarse o rellenar el vacío de su ausencia con nuevas investigaciones más integradoras y menos unilaterales y mesiánicas, pues, en caso contrario, no habría un proceso acumulativo, único procedimiento conocido hasta el presente para el progreso de la ciencia y la sociedad.

ALGO SOBRE EL EXILIO

Insuperablemente estudiada por Jover, en el susomentado trabajo «El siglo XIX en la historiografía española contemporánea», la importante contribución del exilio al desarrollo de la materia que nos ocupa, ello nos exime de mayores expensas exegéticas de un capítulo que, al menos, será recordado aquí con la debida gratitud. Tal contribución se alinea en su casi totalidad en el estrato que acabamos de denominar extrauniversitario, y a él debe, pues, unirse. Con todo, se nos permitirá el que tributemos expresamente un exvoto admirativo a la *Historia de España* del onubense Antonio Ramos Oliveira (1907-1975), publicada en Méjico en 1950, un decenio más tarde de que el mismo autor diera a las prensas el primer libro riguroso sobre la historia moderna de un país extranjero: *Historia social y política de Alemania contemporánea*. (Su 1.^a edición en castellano fue en Méjico, en 1952, y la 2.^a, «aumentada y corregida», vería la luz en 1964, 2 vols, 346 y 364 pp., respectivamente, suprimiendo del título inicial el postrero de sus vocablos). Iniciada con la disolución del imperio carolingio –en ésta última y definitiva edición–, concluía con la era Aduanaer. Sin bibliografía ni aparato crítico alguno, el panorama descrito es de indudable valor, al menos como introducción solvente a la historia de la nación que más ha mantenido su liderazgo a lo largo de la contemporaneidad. Caída hodierno en un olvido injusto –no andamos tan sobrados de ventanas al exterior–, nadie perderá el tiempo con su lectura, bien que, a las veces, el hombre de partido triunfe sobre el historiador, como, v.gr., cuando Ramos llega a enfatizar la rentabilidad económica del Muro de Berlín para la Alemania comunista.

Por el contrario, la obra a la que aludíamos en primer lugar, continúa teniendo un público fiel y relativamente nutrido. Sus méritos lo justifican. Novedosa, rebotante de acuidad y originalidad, escrita con una vibración de espíritu ausente de la mayor parte de las exposiciones manualísticas y «profesionalizadas», llegaría a convertirse en la aproximación más penetrante a la etapa contemporánea de nuestro país por espacio al menos de una década, y en algunas parcelas conserva aún su vigencia. Todo lo cual se afirma sin perjuicio de reconocer su desvertebrada articulación y consiguiente falta de armonía; aunque, la verdad sea dicha, el contemporaneísta no repare mucho en tales y otros defectos y manquedades por la imantación del autor por su parcela específica... (Más de la mitad colmada del libro). Poco antes de morir, el intelectual socialista daría a la estampa, en la misma capital mejicana,

una obra de palpitante actualidad: *La unidad nacional y el nacionalismo de los españoles*. Como en tantos otros hispanos ilustres de la «cuarta carabela», Ramos Oliveira sintió acrecida su pasión patriótica en los años del interminable destierro, vertiéndola a la citada publicación. Ante sus páginas, el lector experimenta la fruición y estremecimiento que provocan los libros trahunto de una vida cuajada, de una noble conducta y de una inteligencia prócer.

La programación y límites de estos apuntes así como, según registrá-bamos más arriba, el inmejorable tratamiento concedido al tema por José M.^a Jover Zamora, determinan la menguada extensión que damos a este importante apartado de la actividad historiográfica española sobre la edad contemporánea. Es tal, sin embargo, la fruitiva tentación del empeño que una y otra vez incurrimos en contradicción con nuestros obligados propósitos de brevedad. Esta vez la «caída» será en el recuerdo de la obra de un autor en cuyas estancias haríamos de buen grado larga morada. La temática preferentemente cultivada por Juan Marichal, la historia del pensamiento, llamada por él, a la moda yanqui, «intelectual», y de las mentalidades –disciplinas conexas, pero no idénticas, lo repetiremos aún a riesgo de motejársenos de ternes–, es rama todavía poco desarrollada en nuestro país y cualquier incursión por ella resulta muy seductora (42).

Aunque, ciertamente, el estudioso tinerfeño no posee una bibliografía copiosa ni sistemática, sus catas han sido siempre muy acuciosas, abriendo atractivos panoramas para ser recorridos parsimoniosamente (43). Bien

(42) Con agudeza, R. N. STROMBER, expuso ha tiempo la naturaleza última de un tipo de historia poco cultivada en España: «En líneas generales, la esfera de la historia intelectual es la interacción entre las ideas históricamente relevantes y el entorno social del que surgen y en el que, a su vez, influyen. En la medida en que estudian las ideas del pasado, las diversas disciplinas –como filosofía, ciencia o teoría política– suelen hacerlo ahistóricamente, la tratan independientemente y como si surgieran en el vacío. Es tarea del historiador intelectual demostrar que dichas ideas actuaron recíprocamente con la realidad social, con las ideas del pasado y entre sí... Definida como el estudio del papel de las ideas en los acontecimientos y procesos históricos, cierto es que la historia intelectual es un arte difícil». *Historia intelectual de Europa desde 1789*. Madrid, 1990, 14-6.

(43) Desflorará el complicado tema con una coda muy oportuna y sagaz: «¿Qué entendemos por “historia intelectual”?» Conviene aclararlo porque se emplea con diversas acepciones. Es desde luego, una disciplina universitaria relativamente reciente. Incluso podría fecharse, hacia 1936, su primera fundamentación metodológica, con el libro de Arthur Lovejoy, «La gran cadena del ser: historia de una idea» (...). La historia de las ideas es, en verdad, la historia de las «ideas-núcleo» de que hablaba Lovejoy, cuyo tránsito histórico puede seguirse como una concatenación lógica, como una clara línea, desvenada de la materia histórica

que «el brío metodológico» que le atribuyera Vicens Vives no aparezca en parte alguna de su bien aseada obra y de que ésta se encuentre por entero desprovista de la genialidad que rezuma toda la del más reverenciado de sus maestros, Américo Castro, *El nuevo pensamiento político español* (Méjico, 1966, 148 pp.); la excelente «Introducción» a las *Obras Completas* de Manuel Azaña, autónoma editorialmente dos años más tarde: *La vocación de Manuel Azaña* (Madrid, 1968, 279 pp.), y ya desaparecido el franquismo, las obritas *Cuatro frases de la historia intelectual latinoamericana (1810-1970)* (Madrid 1978, 102 pp.), *El intelectual y la política en España (1898-1936)*. *Cuatro conferencias* (Madrid 1990, 109 pp.), *Teoría e Historia del ensayismo hispánico* (Madrid 1989, 224 pp.), así como el último y misceláneo de sus libros *El secreto de España. Ensayos de historia intelectual y política* (Madrid 1996, 353 pp.) son estudios de necesaria referencia a la hora de un balance de la historiografía de la expatriación, incluso, como en el caso de la mayor parte de sus páginas, aunque éstas no pertenecieran ya a un transterrado, sino a un ciudadano de la España democrática por la que tanto lucharon Marichal y sus compañeros de exilio. La última y más extensa de sus obras, verdadero *totum revolutum* –importará repetir– de numerosos trabajos, tan pulcros como de alicorta vena –sólo cuatro de los veinte que la componen superan igual número de páginas–, abre aquí y allá perspectivas interesantes para su reconstrucción.

EL CONTEMPORANEÍSMO EN CATALUÑA: LA OBRA RENOVADORA DE JOSEP FONTANA

Una vez más, llegada la época del deshielo historiográfico, Cataluña cumplió con su destino histórico y sirvió de puerta de entrada para las corrientes intelectuales que, procedentes de Francia e Inglaterra, reinaron

de sus creadores o sustentadores humanos. La historia intelectual –en mi acepción, al menos– se ocupa de la relación entre ideas y «opinantes», en un lugar y en un tiempo concretos de la historia humana. Esas ideas no son, además exclusivamente filosóficas, ni ocupan siempre un espacio importante en la «historia de las ideas», concebida incluso un poco más ampliamente que Lovejoy (...). Y aquí me permitiré un brevísimo inciso para añadir que en nuestros días, cuando dominan disciplinas obligatoriamente «desmatizadoras» como la sociología, la ciencia política, la economía, y todas las ramas de las ciencias estadísticas, el historiador deber defender el valor del matiz humano, de ese matiz que deja en la historia la singularidad absoluta de los seres humanos». *Cuatro fases de...*, pp. 21,23-4.

sin disputa en la historiografía de finales del franquismo y comienzos del nuevo ciclo abierto con la segunda restauración. Un superficial repaso a los antecedentes de esta impregnación halla uno de sus momentos grávidos en el célebre prólogo de Vicens Vives al primero de los volúmenes traducidos de la *Historia de las Civilizaciones* dirigida por M. Crouzet (Barcelona, 1958) (44). El Centro de Estudios Históricos Internacionales fundado por el antecitado historiador y sus revistas *Estudios de Historia Moderna* (1951) e *Índice Histórico Español* (1953), aún con salud roborante la última, fueron eficaces instrumentos propagadores de la axiología y modos operativos de la escuela de los *Annales*, crisol de la mentalidad y concepción historiográficas incontestablemente dominadoras durante cerca de medio siglo (45).

Nacida, como dijimos, en el seno del modernismo y por él beneficiada primordialmente, la revolución teórica y metodológica que entrañara afectó igualmente, como no podía de ser menos, al ámbito de la contemporaneidad, aunque de forma más perezosa y fragmentaria. A su socaire y bajo su patrocinio, los estudios de demografía histórica, producción material y sus condicionamientos y modalidades, rentas, precios y salarios. cultura popular, etc., etc., se convirtieron, por fortuna, en centro de atracción de las jóvenes hornadas, que contaban, por lo demás, con ejemplos y caminos abiertos en dicho terreno dentro de sus propias fronteras, desde los estudios de D. Rafael Altamira hasta los de D. Ramón Carande y de Thovar, con una copiosa cadena de trabajos y títulos entre ellos a manera de elemento unitivo. Un poco a la deshilada, su cultivo adoleció de cierta hipnosis y deslumbramiento hasta que el tiempo y la aparición de algunas muestras acabadas del nuevo género evidenciaron que la transculturación se hallaba por entero conseguida.

Los catálogos de las editoriales catalanas de la época descubren meridianamente que sería en el Principado donde los ejemplos fuesen más nu-

(44) *Obra dispersa...*, pp. 545-553. En parte, estas páginas retoman el esquema y hasta la redacción en algún pasaje de otro gran prólogo de Vicens -virtuoso en el difícil género-, el colocado -20 pp.- en el frontispicio del gran fresco historiográfico *Historia social y económica de España y América*, Barcelona, 1956, en ediciones sucesivas se suprimiría el calificativo de «económica».

(45) J. M. CUENCA TORIBIO, «Valor y significado de Índice Histórico Español», *Historia Abierta* (1997).

merosos y logrados. Quizá por la reacción que a la larga suscita toda hegemonía y los excesos inherentes a cualquier moda o corriente, fue también en Cataluña donde encontramos los primeros paladines del antibraudelismo.

Formado en España, Vicens no tuvo demasiados epígonos en el contemporaneísmo. Contra lo que comúnmente se afirma al hispánico modo, esto es, errónea y precipitadamente, Joan Mercader Riba no debe incluirse, ni por el método ni por la trayectoria, en el círculo de sus discípulos, aunque sí en el de sus amigos, colaboradores y devotos. La tesis doctoral del gran erudito ilderdense —*Barcelona durante la ocupación francesa (1808-1814)*, Madrid 1949, 710 pp.— fue dirigida por su catedrático en la Universidad de Barcelona Antonio Rumeu de Armas (modernista y colombine, que no americanista, con algunas sólidas incursiones por el contemporaneísmo, al que, relucientemente, no podemos recordar por la opresión del espacio). Mercader «peinó» literalmente desde sus muy frecuentados archivos madrileños y catalanes la historia «externa», como en sus tiempos se decía, del Principado en los días de la francesada. Son relevantes testimonios, entre otros, la excelente síntesis *Catalunya i l'Imperi Napoleònic* (Barcelona 1978, 380 pp.) y sus áridos y graníticos panoramas *José Bonaparte, Rey de España. 1808-1813. Historia externa del reinado* (Madrid 1971, 376 pp.) y su continuación *José Bonaparte, Rey de España, 1808-1813. Estructura del Estado español bonapartista* (Madrid, 1983, 634 pp.). Nos place también recordar entre sus numerosos trabajos de más corta extensión, casi íntegramente centrados en su tierra natal, uno hecho en un terreno siempre difícil, sobre todo en España...: «La historiografía de la guerra de la Independencia y su época desde 1952 a 1964», *Indice Histórico Español*, IX (1966), pp. I-LXXIII, así como otro de subido interés, «La diplomacia española de José Bonaparte». *Homenaje a Jaime Vicens Vives*, Barcelona, 1967, II, pp. 409-25, sin que nos resistamos tampoco, por lo atrayente y original del personaje estudiado, a dejar sin cita al casi novelesco opúsculo *Domènec Badía, «Ali-Bey», un aventurer catala al servei de Godoy y de Josep I*, Barcelona 1965 (46).

(46) Pese a su benemérita labor, la mies, como es lógico, sigue siendo mucha. En línea con su maestro, que instaba a J. Godechot en 1957 a enviar discípulos a la Ciudad Condal para continuar estudiando el tema «teniendo en cuenta la cantidad de fuentes que existen en los Archivos barceloneses relativos al período napoleónico». (*Epistolari...* p. 118), J. Fontana afirmaba ha pocos años atrás: «L'estudi de la història de la Guerra del Francès a Catalunya: un gran objectiu que s'ha de cobrir en la proximitat del segon centenari», *apud*, M. RAMISA (ed). *Guerra Napoleònica a Catalunya (1808-1814). Estudis i documents*. Barcelona, 1996, p.

Por el contrario, sí debe considerarse como discípulo de Vicens Vives en toda la plenitud de la palabra al que fuese catedrático de Historia Contemporánea Universal y de España de la Universidad de Valencia en el sexenio 1965-1971 y luego de la Central barcelonesa hasta su jubilación, Emili Giralt Raventós, que quedaría prendido de por vida por los encantos de la docencia y la burocracia. Más de treinta años de existencia académica en el rango superior permitieron, no obstante, abrir resquicios en la meritoria e indispensable labor aludida para acometer y cristalizar trabajos tales como *Ideari d'Antoni de Capmany* (Barcelona 1965, 90 pp.), «El conflicto rabassaire y la cuestión agraria en Cataluña», *Revista de Trabajo*, 7 (1965), pp. 3-24, y en unión de A. Balcells y J. Termes Ardevol, *Los movimientos sociales en Cataluña, Valencia y Baleares. Cronología 1800-1939* (Barcelona 1970, 137 pp.), muy ampliado posteriormente: *Bibliografía des moviments socials a Catalunya, País Valencià i les Illes* (Barcelona 1972, 832 pp.), etc. Pese a que, como es lógico, sólo de manera muy ocasional acotamos los trabajos modernistas de los autores aquí estudiados, sería injusto dejar de aludir a los artículos y monografías que sobre tal ámbito posee, en considerable cantidad, el sucesor de Vicens Vives al frente del CEHI, no sólo antes de su acceso a la cátedra sino igualmente después, según lo atestiguan las páginas de una importante revista de la que fuese promotor y director durante una larga etapa –*Estudis d'història agraria*–, y entre los nos que nos agradaría recordar el sumamente valioso «Familia, afers i patrimoni de Jaume Cortada, mercader de Barcelona, baró de Maldá», 6 (1983), pp. 271-316. Nos despediremos de su obra con el recuerdo de una cata en una *magna quaestio* de la España de hoy, de ayer y... ¿de mañana?: «Le problème catalan. Aperçu historique jusqu'au début du XX siècle», *apud La Décentralisation. VI Colloque d'Histoire organisée par la Faculté de Sciences Humaines d'Aix-en Provence*, diciembre 1961, pp. 17-26, en cuya bibliografía –nueve títulos, siete catalanes– no se cita el primer tomo de la biografía de Cambó debida a J. Pabón.

Un brillante alumno al que Vicens distinguió desde el primer instante con una confianza singular –y no extendida, en el plano intelectual, a la mayor parte de sus colaboradores–, encabezó años después la cruzada anti-*Annales* (47). Esta no habría tenido probablemente el eco alcanzado de no

(47) «De Vicens aprendí la responsabilidad cívica del historiador, discutiendo con él, combatiente perpetuo pero magnánimo, que respetaba siempre al contrincante, aunque éste fuese, como yo, un jovenzuelo ignorante y presumido». R. FERNÁNDEZ (editor), *España en el siglo XVIII*, Barcelona, 1985, p. 14.

ser por la autoridad que acompañaba de tiempo atrás a Josep Fontana Lázaro como uno de los principales introductores del marxismo en la historiografía española, no sólo mediante su descolante producción, sino igualmente a través de sus demiúrgicas funciones asesoras de las editoriales barcelonesas controladoras de la más importante bibliografía historiográfica de los años sesenta– setenta (48). Dueño de una envidiable formación historiográfica, acribioso en grado insuperable (49), meditador bulfímico de teorías y concepciones acerca de la evolución teórica y doctrinal de nuestra disciplina –*La Historia* (Barcelona, 1974, 112 pp., divulgativo: Biblioteca Salvat de Grandes Temas); *Historia: Análisis del pasado y proyecto social* (Barcelona, 1982, 339 pp., denso y sugeridor); *La Historia después del fin de la Historia (Reflexiones acerca de la situación actual de la ciencia histórica)* (Barcelona, 1992, 153 pp., entusiasta y quijotesco)–, y en posesión de una obra combativa, pulcra y original, en la que aliaba la documentación positivista con las tesis más audaces y polémicas, el catedrático barcelonés ejerció un merecido hiperliderazgo en la etapa antes indicada. Su innovadora tesis doctoral –*La quiebra de la Monarquía Absoluta. 1814-1820* (Barcelona, 1971; 2.ª ed. 1974, 387 pp.)–; sus perfilados estudios sobre la Hacienda del último tramo fernandino, la desamortización y los precedentes de la gran reforma de 1845 –*Hacienda y Estado en la crisis final del Antiguo Régimen español: 1823-1933* (Madrid, 1973, 360 pp.); *La Revolución Liberal. Política y Hacienda en 1833-1845* (Madrid, 1977, 377 pp.)–, modelos los tres de auténtica historia interdisciplinar, de inmenso fichero y sensibilidad política; su divulgativa visión de conjunto *La Hacienda en la historia de España. 1700-1931 y Suplemento al Diccionario de Hacienda por D. José Canga Argüelles* (Madrid, 1980, 146 pp.) y *Guerra y Hacienda*, éste último libro con uno de nuestros más cualificados

(48) «Es de lamentar, que un hombre como Josep Fontana, que analizó magistralmente la quiebra de la monarquía absoluta y que ha realizado en *Crítica* una obra cultural de enorme importancia, se haya prestado a editar un trabajo de denuncia de la estupidez humana que no pasa de ser una burda mixtificación [C.M. Cipolla, *Allegro ma non troppo*. Crítica, Barcelona, 1991]». PÉREZ DELGADO, «El peligro es el trepa, no el estúpido», *Papeles del Novelty. Revista de creación y mantenimiento*. Salamanca, 1 (1999), p. 78. El fundador de la famosa editorial Crítica (Barcelona, 1976), el ingeniero barcelonés Gonzalo Pontón, afirmaba rotundo en una entrevista concedida a El País –12-IV-2001– «Sin Fontana no existiría Crítica, ha sido su inspiración y su puntual en todas las épocas de la editorial. Ha sido mi profesor y maestro de vida, y mi paño de lágrimas».

(49) «... no he podido consultar directamente este texto -[escrito por Lammenais en 1835 a propósito del clero carlista], sino que lo cito a través de Mazzini, que lo transcribió en «I patrioti e il clero» (G. Mazzini. *Scritti politici*. Turín, U. T. E. T., 1972, pág. 401), lo cual significa que la versión que doy es una traducción del italiano». *La Revolución Liberal...*, p. 103.

especialistas, Ramón Garrabou, en esa parcela tan excelentemente cultivada del contemporaneísmo que es la historia agraria; *La Hacienda del Gobierno Central en los años de la Guerra de la Independencia (1808-1814)* (Alicante, 1986, 270 pp.); sus novedosos, sugeridores y, a las veces, iconoclastas –«terroristas», han afirmado algunos, con evidente exageración– volúmenes misceláneos –*Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX* (Barcelona, 1973, 196 pp.)– y sus percutientes artículos –«Colapso y transformación del comercio exterior español entre 1792 y 1827. Un aspecto de la crisis de la economía del Antiguo régimen en España». *Moneda y Crédito*, 115 (1970), pp. 3-23; «La supervivencia del mito de la única contribución», *Hacienda Pública Española*, 17 (1972), pp. 111-119; «Bastardos y ladrones», *Revista de Occidente*, 45 (1985) pp. 83-9– se irradiaron por el azimut de la historiografía, incluida la no contemporaneísta (50). Su alergia a «los medios» y su afición por la vida de *clerc* –sin duda, la más provechosa y adecuada para el estudioso– le privarían, empero, de un magisterio aún más extendido y firme, en beneficio de autores en clara posición superbacánea con respecto a su aportación a la historiografía española. Tal vez a causa de ello, su oportuna y razonada, en ciertos extremos, reacción antibraudeliana no tendría la audiencia esperada y merecida al menos por la poderosa *vis polemica* que la preside, sal indispensable de toda controversia doctrinal digna de tal condición, factor siempre de progreso intelectual cuando los participantes se atienen a las mínimas reglas de la cortesanía académica.

Infringiendo las normas de la lógica pero intentando igualmente combatir la monotonía y rigidez, daremos término a esta veloz incursión por el rico y siempre –temáticamente– renovado mundo historiográfico del maestro catalán, con la exhumación de su primer trabajo de envergadura y hodierno extrañamente ignorado. Como otros muchos sobresalientes contemporaneístas, Fontana se enmaró en la historiografía con un breve pero muy robusto trabajo acerca de la España de los Austrias –«Sobre el comercio exterior de Barcelona en la segunda mitad del siglo XVII. Notas para una interpretación de la conyuntura catalana». *Estudios de Historia Moderna*,

(50) «Porque si hemos comenzado estas páginas con la afirmación de que el correcto funcionamiento de la Hacienda era una condición necesaria para que la política fuese posible, y hemos tratado de ilustrar este principio a lo largo de un recorrido por cerca de dos siglos y medio de historia española, habrá que concluir ahora que, a su vez, la Hacienda no puede pensarse al margen de la política. Que, abandonada a sí misma, contando con sus solas posibilidades, sólo alcanza hasta el umbral de las “reformas silenciosas”. Que no es poco, en cuanto significa eludir la quiebra del Estado y evitar el colapso político». *La Hacienda en la historia...*, p. 84.

V (1955), pp. 199-218—, en que estará ya el Fontana maduro: la erudición apabullante con el análisis buido. Lástima quizá que toda su obra ulterior no discurriera con exclusividad por las sendas de la investigación económica para la que su sensibilidad estaba —está— sin duda más dotada que para otras vertientes del pasado.

LA OBRA DE UN OUTSIDER: MANUEL TUÑÓN DE LARA

El ejemplo de un autor, muy renombrado y cuyo nombre saltara a la fama justamente en el periodo que nos ha venido últimamente ocupando, ilustra de manera paradigmática lo expuesto *ad nauseam* en estos apuntes acerca del hibridismo y multirracialidad del código genético de nuestra disciplina. Abogado, con algunos cursos de politología y sociología cursados en el París de su duro destierro, culto y dotado de envidiable sensibilidad para la política y la literatura, Manuel Tuñón de Lara (Madrid, 1915/Bilbao, 1997) carecía de las credenciales académicas normales al irrumpir como un aerolito en la atmósfera cada vez más densa y oxigenada del contemporaneísmo español. Su muy pronto grandemente difundida historia de la España ochocentista —*La España de siglo XIX* (París, 1968, 2.^a edición, 429 pp.; la primera es de 1961)— venía a ser la contralectura del discurso oficial sobre la época, de cuyo parto y divulgación estuvieron alejados la mayoría de los miembros de la comunidad científica de autoridad y prestigio. El éxito subitáneo logrado por su primer libro impelió a Tuñón a la inmediata puesta a punto de la continuación de la materia de aquél. El mismo fenómeno se repitió con *La España del siglo XX*. (París, 1966 pp.), objeto de la curiosidad ávida de un público relictante a un oficialismo cuya jurisdicción historiográfica era —y es...— interesadamente exagerada.

Editoriales renombradas y publicaciones muy leídas en el tardofranquismo como *Triunfo o Cuadernos para el diálogo* le abrieron sin tardanza sus puertas y el historiador madrileño impuso un ritmo trepidante a su fácil pluma. Informada por las tesis de un marxismo depurado de tosquedades y rudimentarismos, su copiosa producción no dejó de roturar los más diversos campos, conforme lo demuestran, entre otros muchos libros y volúmenes, los misceláneos *Estudios sobre el siglo XIX español* (Madrid, 1976, 5.^a ed., 282 pp.) y *Estudios de historia contemporánea* (Barcelona, 1982, 3.^a ed., 278 pp.). El ángulo sociologista fue el emplea-

do preferentemente en sus análisis e interpretaciones de la evolución de la colectividad española en la edad contemporánea –comienzo de ruta: *Variaciones del nivel de vida en España*, (Madrid, 1965, 124 pp.)–. Por lo común, el mecanicismo imperante en las primeras oleadas del influjo y recepción marxistas permanecía ausente de unas páginas atravesadas de relente literario y afán de totalidad.

Durante el primer veintenio democrático, su obra se ensanchó en todas las direcciones temáticas y mediáticas, siempre con gran audiencia de público y lectores. Casi un medio centenar de ejemplos: obras de alta divulgación –*El movimiento obrero en la historia de España* (Madrid, 1972, 963 pp.), *La II República* (Madrid, 1976, 2 vols., 172 y 242 pp., respectivamente)–; de estricta investigación –*Luchas obreras y campesinas en la Andalucía del siglo XX. Jaén (1917-1920). Sevilla (1930-1932)* (Madrid, 1978, 300 pp.), *Tres claves de la Segunda República. La cuestión agraria, los aparatos del Estado. Frente Popular* (Madrid, 1985, pp.)–; síntesis académicas –dirección y participación (prólogo, pp. I-LXIX, y pp. 437-674) del T. XXXVII de la *Historia de España* de Menéndez Pidal-Jover Zamora, *Los comienzos del siglo XX. La población, la economía, la sociedad (1898-1931)*–; síntesis universitarias –*Medio siglo de cultura española (1885-1936)* (Madrid, 1971, 2.ª ed., 298 pp.); *Historia y realidad del poder (El poder y las élites en el primer tercio de la España del siglo XX)* (Madrid, 1977, 210 pp.), *El hecho religioso en España* (París, 1968)–. Al mismo tiempo, sus descollantes dotes organizadoras se revalidaban sin pausa con la dirección de diversas obras de conjunto –*Historia de España*, de Editorial Labor; *Historia del socialismo español* (Barcelona, 1989, 5 vols.), coordinada por el flamante catedrático José Luis Martín Ramos, autor también del segundo volumen, como Santos Juliá lo es del tercero–; coloquios –los archifamosos de Pau, de los que hasta diez llegaron a celebrarse y ¡a publicarse!–; seminarios, mesas redondas etc., etc., que hacían entrar de lleno a una hasta entonces timorata y cenobítica Clío en todos los escenarios culturales.

Tras una fecunda estadía profesoral en Pau, donde obtendría el grado de doctor en Historia a finales de 1977 con el Prof. Jover como único integrante español del tribunal, ocupó la cátedra de Historia Contemporánea de la Facultad de Periodismo de la Universidad del País Vasco, en la que desarrolló enseñanzas de gran proyección y eco. Debido a que Tuñón de Lara ha sido incuestionablemente el contemporaneísta español cuyo trán-

sito ha alcanzado mayor impacto y extensión mediática y a los numerosos balances que de su obra han hecho algunos de sus discípulos y colaboradores, no esbozaremos siquiera un resumen de su aportación a la disciplina que nos ocupa. Esta la situamos preferentemente en el terreno de las transformaciones instrumentales y en el todavía, si cabe, más importante de la galvanización de ambientes y excitación de las mentes y las voluntades. La socialización de la historiografía durante el último tercio del siglo XX le tiene sin duda como principal adalid. Gran parte de los estratos progresistas del país vieron en él al apóstol y al intelectual comprometido, incansable emisor de mensajes que encerraban, a sus ojos, lo mejor de la tradición institucionista y del humanismo socialista (51).

(51) Sirvan de ejemplo *Manuel Tuñón de Lara, Maestro de historiadores. Catálogo de la Exposición biográfica y bibliográfica*. Bilbao-Madrid, 1994, pp. 177, y los tres volúmenes en que Tuñón recibiera el homenaje de mayor extensión bibliográfica tributado, en vida, a ningún otro contemporáneo, *Estudios de la Historia de España. Homenaje a Manuel Tuñón de Lara*. Madrid. 1981, 3 vols., 489, 722 y 432 pp. Debido a que su título no hará sospechar la inclusión de Tuñón de Lara entre sus personajes, nos permitimos reproducir algunas líneas de las páginas que le dedicamos en *Semblanzas andaluzas. Galería de retratos*. Madrid, 1984. «Nacido en el seno de una acaudalada y culta familia -binomio a menudo antinómico en la iletrada España-, la vocación intelectual de nuestro biografiado quedó potenciada muy pronto con lecturas encauzadas y diálogos fécondos. Estudiante de Derecho en los días a la vez esperanzados y decepcionantes de la II República, luchó con ardimiento por unos ideales que ponían en primer plano la transformación radical de los principios económicos y sociales ordenadores secularmente de la comunidad hispana. Llegada la guerra, su opción fue clara. Acabado el conflicto y desterrado interiormente en la España de los primeros años franquistas, la situación le fue tan difícilmente sostenible y provocó tal hastío, que a mediados de los cuarenta traspasó los Pirineos para afincarse en Francia, su segunda patria en todos los aspectos. Tiempos duros en el país de la IV República, hervorosos de proyectos y sueños para los exiliados ibéricos, enfrentados con una frustrante realidad de penurias y promesas incumplidas. La pluma se convirtió a un tiempo en medio de subsistencia e instrumento de realización de viejos anhelos. Periodismo, ensayo y ciencia histórica fueron los campos más recorridos por su curiosidad y trabajo». P. 213. «Porque no era la construcción de una «ciencia histórica» lo que de verdad le importaba; lo auténticamente importante era evitar que lo más valioso del pasado se perdiera en el olvido. Por esa razón, y a pesar de las prevenciones teóricas contra la historia-relato y de las propuestas metodológicas sobre los modelos y las estructuras, lo que se encuentra en la mayoría de los escritos de Tuñón son relatos, reconstrucciones narrativas del «mundo que hemos perdido». M. PEREZ LEDESMA. «La memoria y el olvido: Manuel Tuñón de Lara y la historiografía española», *apud Tuñón de Lara y la historiografía española*. Madrid, 1999, p. 34. «No se cansaba: de hablar, de escuchar; quizá sobre todo de hablar, pero siempre la atención despierta hacia cualquiera que tuviera algo que decir». S. JULIA. «Historiografía de la Segunda República», *Ibid*, p. 144.

Muestra máxima de la influencia y huella de su magisterio es el ancho caudal de su escuela. Considerada por algunos crítico banco de prueba infalible e insoslayable de la grandeza de un historiador, Tuñón se erigió en creador de un equipo y en la cabeza rectora de un muy extenso grupo de estudiosos: desde la muy notable investigadora del género María Dolores Ramos al batallador politólogo Alberto Reig Tapia; del envidiable conocedor del nacionalismo vasco José Luis de La Granja al destacado especialista en relaciones internacionales Ricardo Miralles; desde el sobresaliente historiador del municipio en la Edad Contemporánea José Miguel Pérez García y desde María Jesús Mina hasta Isabel Moll, son muchos los nombres prestigiosos de nuestra disciplina los que se reclaman sus discípulos y seguidores. Bien que España sea un país muy propenso a los clanes y fraternías seguramente por su fuerte herencia árabe, las labores de equipo, cuando son realmente tales –y la de nuestro autor lo fue sin duda–, merecen el elogio más encendido, como el que se le tributa desde la modestia de estos desgarrados apuntes.

Tuñón está lejos de ser ejemplar único del contemporaneísta sin estricta formación historiográfica que ha enriquecido, durante la segunda mitad del Novecientos, el acervo de la materia aquí abordada. La corriente que, desde la profesionalización de la Historia, corre paralela a la de la mencionada aumenta sus aguas espectacularmente en las décadas centrales del último siglo. El infatigable Fernández Almagro mostraría con su *Historia Política de la España contemporánea I: 1868-1885; II: 1885-1887; III: 1887-1902* (Madrid 1968, ed. de bolsillo, 503, 451 y 348 pp., respectivamente) el fruto que puede recogerse cuando una información copiosa y decantada se utiliza con inteligencia y buen pulso narrativo. Desprovisto de impedimenta teórica, sin rastro alguno de enfoques estasiológicos, su obra presta servicios inestimables al estudioso de la Restauración canovista, con gran ahorro de tiempo y energías. La erudición bien entendida nunca es ancilar en el trabajo historiográfico. La distancia sideral que media entre ella y una información torrencial, pero sin el ábaco ni el desbastamiento, al menos, de la antigua formación universitaria, se mensura fácilmente con el cotejo de las obras de Fernández Almagro y las de un prolífico –y prolijo– publicista de su generación: Maximiano García Venero, al que se deben multitud de biografías de políticos y gobernantes del primer tercio del siglo XX –*Antonio Maura (1907-1909)* (Madrid, 1953, 232 pp.); *Melquíades Álvarez. Historia de un liberal* (Madrid, 1974, 2.^a ed., 518 pp.; 1.^a ed., Madrid, 1954); *Eduardo Dato. Vida y sacrificio de*

un gobernante conservador (Vitoria, 1969, 376 pp.); *Santiago Alba, monárquico de razón* (Madrid, 1963, 488 pp.); *Vida de Cambó* (Barcelona, 1952, 404 pp.); *Torcuato Luca de Tena y Alvarez-Ossorio. Una vida al servicio de España* (Madrid, 1961, 393 pp.)—, e incluso de ensayos sobre cuestiones tan palpitantes como los nacionalismos periféricos —*Historia del nacionalismo catalán* (Madrid, 1967, 2 vols., 477 y 564 pp.); *Historia del nacionalismo vasco (1793-1936)* (Madrid, 1968, 664 pp.)—, el movimiento obrero —*Historia de las Internacionales en España* (Madrid, 1956-57, 3 vols., 479, 509 y 441 pp. respectivamente)—, el sindical —*Historia de los movimientos sindicalistas españoles (1840-1936)* (Madrid, 1961, 483 pp.)—, o la menos que mediana reconstrucción del Parlamento —*Historia del parlamentarismo español (1810-1834)* (Madrid, 1946, de la que se anunciaba la continuación en la nota prefacial, pero que nunca llegó a ver la luz). Aunque el biello no sea muy afinado, poco verdaderamente útil se extraerá de sus animosos libros. Menos indudablemente se aprovechará de las obras de alguien que compartiera con el publicista santanderino antecitado algunas editoriales oficiales u oficiosas. De la extensa producción del zaragozano Eduardo Comín Colomer, las obras quizá más aseadas sean *Historia del Anarquismo español* (Barcelona, 1956, 2.ª edición, 2 vols., 422 y 438 pp.) e *Historia del Partido Comunista de España. Abril 1920-febrero 1936. Del nacimiento a la mayoría de edad. Primera etapa* (2 vols.) (Madrid, 1965, 652 y 764 pp.).

EL ACERVO CONTEMPORANEÍSTA DE LOS HISTORIADORES ACADÉMICOS DE OTRAS MATERIAS

Pero junto a la aportación de autores extracadémicos, el contemporaneísmo de mediados de la centuria pasada se fecundó igualmente con el advenido de zonas académicas aledañas. Su riqueza impide una enumeración. Con todo, empero, será obligado hacer algunas excepciones. Pese a las descalificaciones casi afrentosas de un aristarco travestido a veces en inquisidor, la *Historia del Constitucionalismo español (1808-1936)* (Madrid, 1955, 483 pp.; 4.ª ed., *ibidem*, 1984, 600 pp.), de Luis Sánchez Agesta, resulta ser una guía aprovechable para un primer recorrido por la laberíntica geografía de nuestro parlamentarismo. Una breve y más sustanciosa síntesis de otro catedrático de Derecho Político la superaría tal vez con creces: *Breve historia del constitucionalismo español* (Madrid 1981, numerosas reediciones, v.gr., 6.ª, 1984, 162 pp.), de Joaquín Tomás

Villarroya, de cuya pluma salió igualmente uno de los libros más acabados con que dicha materia cuenta: *El sistema político del Estatuto Real (1834-1836)* (Madrid, 1968, 649 pp.), así como una monografía modélica, *La destitución de Alcalá-Zamora* (Valencia, 1988, 151 pp.). Coterráneo, colega en la cátedra de Derecho Político de Salamanca antes de serlo de la valenciana, en la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, y amigo del malogrado profesor antecitado lo fue Juan Ferrando Badía, inquieto constitucionalista y politólogo, así como hombre volcado a la acción pública en una ejemplar tarea ciudadana, sea cual sea el ángulo desde el que se la enfoque. En el tártago de ella, tuvo tiempo para algunas incursiones históricas. Si *La Constitución española de 1812 en los comienzos del «Risorgimento»* (Roma-Madrid, 1959, 152 pp.) es una monografía novedosa, que abre sugerentes perspectivas para el estudio comparado de la madre de nuestras constituciones, *La Primera República española* (Madrid, 1973, 401 pp.), tan imantadora siempre para los estudiosos levantinos y suresteños (¿existe una regionalización sentimental de ciertos capítulos de la historia nacional?), constituye una síntesis de alta divulgación, acaso demasiado escorada hacia el costado político.

El maestro del primero, Diego Sevilla Andrés, fue publicista inundatorio, al que toda la historia política del XIX le entregó sus secretos menores en cuyo conocimiento no tuvo, en verdad, rival. Desde un mirador más elevado que el de Natalio Rivas, simple colector a menudo de anécdotas y lances pintorescos, el catedrático valenciano de Derecho Político reconstruyó toda la andadura externa de nuestra Edad Contemporánea –*Historia política de España. 1808-1973* (Madrid, 1974, 2.^a ed., 2 vols, 1.304; pp.; 1.^a edición, Madrid, 1967. 627 pp.), bastante distinta en concepción y curso a la primera edición *Historia política de España (1800-1967)* (Madrid, 1968, 627 pp.)–, al paso que biografiaba algunas de sus figuras de proa –*Antonio Maura. La revolución desde arriba* (Barcelona, 1953, 504 pp.); *Canalejas* (Barcelona, 1956, 482 pp.)– y metía su manquera en algunos territorios clave: Bienio progresista; *La revolución de 1854* (Valencia, 1959-60, 209 pp., tirada aparte de *Anales de la Universidad de Valencia*, XXXIII); *Del 19 de marzo al 14 de abril (Ensayos)* (Valencia 1959, 205 pp.); mosaico de teselas muy ricas y sugerentes: Pronunciamiento, Milicia Nacional, Revolución burguesa... Su asistematismo, prolijidad e ímpetu arrollador de toda mesura menguaron el valor de una obra semienciclopédica sobre el desen-

volvimiento de la política en nuestra historia próxima, que, acaso, en la apreciación crítica actual, «merecía mucho más», como el prologuista de su *Canalejas* –Jesús Pabón– escribiera sobre el gobernante ferrolano.

Abandonando el territorio propio hasta entonces de su disciplina –Historia del Derecho–, el también valenciano Francisco Tomás y Valiente ensanchó la comprensión de algunos fenómenos peculiares de la contemporaneidad nacional. Muy en sintonía con los anhelos de unas generaciones deseosas del cambio pacífico y democrático de las estructuras dictatoriales franquistas, conectó con el espíritu de su tiempo al rastrear y reconstruir temas de percutiente actualidad. Cernida de su mucho material adventicio, parte de su enjudiosa y, a menudo, frutiva bibliografía –pluma afinada y grácil– conserva valor propio para que el historiador general acreciente el ángulo de su visión decimonónica: desamortización, fueros, derechos humanos... Es mutación observada con frecuencia en el contemporaneísmo que los investigadores procedentes de otros campos se avecindan en él firme y gustosamente, arrojando pronto muchas veces las cautelas que han de tenerse en estos cambios de domiciliación científica (52). Así ocurrió con el gran universitario del que hablamos, pionero de innumerables empresas científicas, que, sin el adecuado bagaje, formuló en ocasiones atrevidas hipótesis acerca de enrevesados temas de la contemporaneidad hispana, como, v. gr., las rela-

(52) Por su rareza, habrá también de contabilizarse en el ancho haber de nuestro autor sus excelentes relaciones con sus diversos editores. Cfr. C. BARRAL, *Cuando las horas veloces*, Barcelona, 1988, p. 237. En las futuras memorias editoriales de D. Luis Domínguez, alma de una de las más acreditadas mansiones del libro español, también ocupará amplio espacio, según confesión personal, la figura tuñoniana vista finalmente así por uno de sus discípulos bilbainos: «Si ha habido una nota unánime en el momento de los primeros balances tras su muerte ha sido el reconocimiento de que Manuel Tuñón de Lara ha marcado toda una época de la historiografía española, por su abundante obra de diferente temática, sus aportaciones metodológicas, su extraordinaria capacidad de convocatoria y su influjo generalizado sobre un número amplísimo de historiadores, que se formaron a su lado o siguieron de cerca sus propuestas. Reunir esta suma de méritos en una sola persona es algo infrecuente; por ello, que Manuel Tuñón de Lara lo consiguiera, como efectivamente hizo, es una prueba incontestable de que no fue un historiador más, sino un historiador influyente, probablemente uno de los más influyentes de la segunda mitad de nuestro siglo». R. MIRALLES, «Manuel Tuñón de Lara, un historiador influyente». *Historia Social*, 27 (1997), p. 145.

ciones entre la Iglesia y el Estado, los nacionalismos o la misma implantación del liberalismo.

Algo más joven que el eminente jurista acabado de citar, pero muy unido a él por su extensa cultura y multiplicidad de centros de interés investigador, es su coterráneo y también hoy catedrático de Historia del Derecho de la Universidad valentina, Mariano Peset, viajero curioso y detallista por muchos de los rumbos cardinales de la historiografía contemporánea, a menudo en la buena compañía de su hermano José Luis, renombrado especialista en esa rama llamada a tan gengiskánico crecimiento como es la Historia de la Ciencia. Ejemplo al canto: *Muerte en España (Política y sociedad, entre la peste y el cólera)* (Madrid, 1972, 256 pp., casi toda ella centrada en el reinado fernandino), y muy en especial otra obra fruto de su colaboración, *La Universidad española (siglos XVIII y XIX). Despotismo ilustrado y revolución liberal* (Madrid, 1974, 807 pp.). De los numerosos estudios del catedrático valenciano los recogidos en *Dos ensayos sobre la historia de la propiedad de la tierra* (Madrid, 1982, 274 pp.) son de extrema utilidad para el estudioso del régimen señorial y de la desamortización.

En la geografía historiográfica que ahora recorremos es acreedor a una mención elogiosa por su documentación y análisis el libro del cartagenero Francisco Fernández Segado *Las Constituciones Históricas españolas* (Madrid, 1992, 895 pp.), como el también excelente de otro constitucionalista y universitario de la mejor progenie, heredada de su gran maestro, Rodrigo Fernández Carvajal (discutible pero excelente su *La Constitución española*, Madrid, 1969, 182 pp.), Angel Garrorena Morales: *El Ateneo de Madrid y la teoría de la Monarquía liberal (1836-1847)* (Madrid, 1974, 876 pp.), sin que deba olvidársenos recordar la tesis doctoral de su colega y también discípulo del asturiano Fernández-Carvajal, M. García Canales, *El problema constitucional en la Dictadura de Primo de Rivera* (Madrid, 1980, 575 pp.), así como otro de sus libros: *La teoría de la representación en la España del siglo XX (De la crisis de la Restauración a 1936)* (Murcia, 1977, 300 pp.), acaso más acabado y enjundioso que el primero. Antes de abandonar definitivamente el marco levantino, cumpliremos con un deber de estricta justicia al mencionar un libro cuya temática incidió, en sus últimos estadios, de manera muy particular y específica en el reino de Valencia. En este caso no será un estudio procedente de ciencias limítrofes sino del medievalismo, el malo-

grado Salvador de Moxó, el que estudiara en un libro ya muy merecidamente clásico una de las cuestiones capitales en la gestación y nacimiento de la revolución española, para decirlo a la usanza de algunos y muy agudos historiadores decimonónicos: *La disolución del régimen señorial en España* (Madrid, 1965, 271 pp.). Acerca de otra extinción, la del Santo Oficio, versó el jugoso y robusto discurso de recepción en la Real Academia de Legislación y Jurisprudencia –diciembre 1991– del más destacado de los historiadores del Derecho del momento actual, J. Antonio Escudero, entre cuyas incursiones por el contemporaneísmo merece singular y enfático recuerdo *Los cambios ministeriales a fines del Antiguo Régimen* (Madrid, 1997, 2.º ed., 191 pp.).

No sólo constitucionalistas e historiadores del Derecho asentaron sus tiendas en el contemporaneísmo durante las décadas aquí referidas y posteriores. Sociólogos, administrativistas –Alejandro Nieto con su apabullante, discutible, provocadora y... sugestiva obra *Los primeros pasos del Estado constitucional. Historia administrativa de la Regencia de María Cristina de Borbón* (Barcelona, 1996, 672 pp.), en vanguardia del pelotón de cabeza–, politólogos, historiadores de la economía, etc., también lo hicieron con asiduidad y constancia. Los trabajos de Amando de Miguel, Juan Velarde, Ramón Tamames, Nicolás Sánchez Albornoz, Angel Viñas, Pedro Fraile, Pedro Tedde de Lorca, Jaume Torras Elías, Emiliano Fernández de Pinedo, Juan Antonio Lacomba –los tres procedentes de las Facultades de Filosofía y Letras de Barcelona, Valladolid y Valencia, respectivamente–, Antonio Gómez Mendoza, Jordi Nadal y su escuela, a los que nos referiremos más adelante, Leandro Prado de la Escosura, Gabriel Tortella, etc. así lo testimonian, al lado de otros muchos en todos los campos mencionados cuyo recuerdo convertiría a estas páginas en un listín telefónico.

Su tangencial alusión da vado, sin embargo, a subrayar el importante papel que, al margen de su valor específico –de ordinario, no muy subido–, representaron estas afluencias en las aguas del contemporaneísmo. Buen número de las orientaciones y planteamientos de su historiografía hunden sus raíces en la aclimatación de métodos y técnicas de dichas disciplinas sociales que, coetáneamente, experimentaban un

cambio de ejes hacia horizontes más globalizadores (52). Sin el revulsivo y acicate de tal trasplante no podría, acaso, comprenderse la honda remoción que en procedimientos y objetivos afectara al contemporaneísmo español en «década prodigiosa».

TENDENCIAS, NOMBRES Y OBRAS DEL CONTEMPORANEÍSMO DE LOS SESENTA Y SETENTA

En sus años finales, hay que situar el comienzo de la adultez de una de las ramas todavía a la fecha más raquílicas de la disciplina. Sin sólidas raíces, braceando en sus formulaciones y esquemas contra la hagiografía y una incoercible tendencia al rigorismo doctrinal más extremado, cuando no al simple fundamentalismo, los investigadores dedicados al cultivo de la historiografía religiosa lograron reivindicar para su materia la innegable trascendencia poseída por el desenvolvimiento de nuestra religión tradicional aun en los siglos en que la secularización habría de

(52) En una reseña algo bombástica a un libro que con toda justicia hemos ponderado en el texto, su autor, joven y ya destacado administrativista, tras permitirse, sin el debido testimonio de la prueba, dudar de la autoridad de D. Jesús Pabón en punto a la España isabelina y propinar algún que otro réspice a varios especialistas de nuestra contemporaneidad, realiza un ataque indiscriminado al trabajo de los historiadores profesionales y se rebela contra el carácter ancilar y superbacáneo que a veces tienen los trabajos provenientes del campo del derecho: «Es más un estudio histórico, si bien no incurre en las limitaciones propias de la erupción de los historiadores, que hacen de sus investigaciones trabajos en ocasiones estériles, bien por no contener novedades dignas de ser reseñadas (y es que son más que nada generalistas de la historia), o bien porque, más sencillamente, los árboles no les dejan ver el bosque [...] Así no le duelen las prendas en aventurar afirmaciones precisas, incluso categóricas, sobre cuestiones controvertidas de la historiografía contemporánea. Entiéndase bien el uso del verbo aventurar, en tanto en cuanto pueda encerrar un matiz desmerecedor, que denote sin razón un atrevimiento carente de fundamento. No hay tal, sin embargo, A. NIETO acredita un dominio tal, sin paragón, de este periodo que le autoriza a formular principios explicativos de los múltiples hechos que lo jalonan, mereciendo cuando menos el crédito de su atención por parte de los expertos en historia del siglo XIX». J. R. FERNANDEZ TORRES, «Algunas reflexiones sobre la Historia Administrativa española del siglo XIX (Los primeros pasos del Estado constitucional. Historia administrativa de la Regencia de María Cristina de Borbón)». *Revista de Administración Pública*, 143 (1997), pp. 158-9. Este también remite, para ir en buena compañía, a la indiscutible autoridad en su materia de F. Tomás y Valiente, al que atribuye una reivindicación del incuestionable esfuerzo historiográfico de numerosos cultivadores de las ciencias jurídicas que nosotros no hemos sabido encontrar en el trabajo aludido por el glosador, «Lo que no sabemos del Estado liberal (1808-1868)», *Antiguo Régimen y liberalismo. Homenaje a Miguel Artola...*, p. 144.

convertirse en una de sus notas configuradoras. Entre un haz de estudios muy concienciados del gran esfuerzo que todavía han de hacer para lograr la plena inserción de su disciplina en el ámbito y los objetivos de una historia total, los puestos de vanguardia los ocupa la obra de José Andrés Gallego y Manuel Revuelta González, los dos hodierno en el cenit de su trabajo y proyectos. Títulos de alguna de sus obras más destacadas: *La política religiosa en España, 1883-1913* (Madrid, 1975, 519 pp.), *Pensamiento y acción social de la Iglesia en España* (Madrid, 1984, 427 pp.), *La Iglesia en la España contemporánea. I. 1800-1936. II. 1936-1995* (Madrid, 1999, 426 y 372 pp.) –la última en colaboración con el sacerdote gallego Antón Pazos–; y *Política religiosa de los liberales en el siglo XIX. Trienio Constitucional* (Madrid, 1973, 515 pp.), *La excomunión (1933-1840)* (Madrid, 1976) y *La Compañía de Jesús en la España contemporánea*, en curso de publicación (aparecidos dos macizos volúmenes, I.– *Supresión y reinstalación (1868-1883)*; III.– *Expansión en tiempos recios (1884-1906)* (Madrid, 1984 y 1991, 1227 y 1365 pp., respectivamente), del segundo. De su lado, el autor de estos apuntes ha emborronado muchas cuartillas en torno al catolicismo español contemporáneo que tuvieron el honor inmerecido de la letra impresa; e, incluso, en algunas de ellas se aventuró a bosquejar análisis y clasificaciones que encontraron la fortuna de una generosa aceptación por los estudiosos (53).

Promediados los años sesenta, la Universidad hispana experimentó un proceso de desarrollo y crecimiento paralelo al de la sociedad en que se enquistaba. El ordenamiento legal de las Facultades, su estructura y planes sufrieron después de veinte años de introducirse la Ley de Bases de la Universidad (1943) modificaciones profundas. Las cátedras de Moderna y Contemporánea como las de las etapas precedentes –Antigua y Medieval– se reestructuraron con la conjunción de los planos nacional y universal. Casi de modo simultáneo, la creación de la nueva figura del profesor agregado aumentó igualmente el número de unidades docentes e investigadoras en los distintos campos de la Historia. Como símbolo quizá de los nuevos tiempos, en 1965 era nombrada catedrática de Historia Contemporánea Universal y de España de la Universidad de Santiago la

(53) J. M. CUENCA TORIBIO, «La historiografía eclesiástica española contemporánea: balance provisional a finales de siglo (1976-2000)», *apud La historia de la Iglesia en España y el mundo hispano*. Murcia, 2001, pp. 263-316.

Dra. M.^a Dolores Gómez Molleda, quien publicaría un año más tarde su primera obra sobre la temática específica de su nueva docencia e investigación –*Los reformadores de la España contemporánea* (Madrid, 1966, 522 pp.)–, pues hasta entonces había cultivado preferente y notablemente la Moderna, según lo testifica, entre otros estudios, su tesis doctoral *Gibraltar. Una contienda diplomática en el reinado de Felipe V* (Madrid, 1953, 375 pp.). Era la primera mujer que accedía a dicha situación en las facultades de Geografía e Historia de nuestro país. Trasladada en 1969 a la Universidad salmantina, proseguiría en la ciudad del Tormes con su investigación acerca del despliegue cultural de comienzos del siglo XX y de las controversias doctrinales que lo acompañaron, llevándole tal estudio al de la Masonería –*La Masonería en la crisis española del siglo XX* (Madrid, 1998, 2.^a ed., 506 pp.)–, acometido con grandes bríos y dedicación. Sus colaboradores, casi todas mujeres, prosiguen con idéntica entrega a esta y otras líneas de investigación abiertas en su fecunda estada salmantina.

Un destacado rival de su oposición de 1965, el madrileño de origen oscense Vicente Cacho Viu, sería, junto con el burgalés Nazario González en Barcelona, donde desarrollaría una ejemplar docencia cuajada en un nutrido haz de discípulos, el primer agregado de Historia Contemporánea Universal y de España, en su caso, en Madrid (1967). De formación anglosajona, su luminosa docencia en la Complutense, en La Laguna y en Barcelona –su paso por Valencia tuvo velocidad de crucero– estuvo unida a la investigación acaso más profunda en la historia intelectual acometida en nuestro país. Su ya clásico estudio, primitiva tesis doctoral, *La Institución Libre de Enseñanza. Orígenes y etapa universitaria (1860-1881)* (Madrid, 1962, 572 pp.), lo convirtió en legítimo maestro de los historiadores que transitaban y transitarían por estas rutas de nuestro pasado, excitantes como pocas y que debieran reservarse en exclusiva para los estudiosos de acreditada sensibilidad, cualidad aún muy poco valorada en España para la reconstrucción de cualquier época pretérita. El historiador del que hablamos –fallecido a finales de 1997– atesoraba un rico conocimiento de las artes, sobre todo, pictóricas, fruto no sólo del estudio, sino igualmente de una refinada educación, pudiéndose trazar en esta dimensión un estrecho paralelismo con otro contemporaneísta, Carlos Seco, muchos de cuyos trabajos, muy singularmente, su extenso prólogo a las *Obras* de Francisco Martínez de la Rosa, denotan una muy grande congenialidad y atención por los fenómenos artísticos; y aún podría, afortunadamente, prolongarse el paralelo con

la inclusión del también catedrático de la Complutense Antonio Fernández García, en desbordada actividad y en goce de sus derechos y actividades administrativas y por eso fuera de la jurisdicción de estos apuntes (54). Lo dicho no cabría tildarlo de digresión, habida cuenta del desnortado curso de nuestros planes de estudios. Que en la patria de Goya y Galdós, los licenciados en Historia Moderna y Contemporánea no estudien ninguna asignatura «tronal» -*horresco referens*- de Arte resulta un despropósito que sólo desde parámetros hispanos cabe imaginar y que a alguien como el historiador del nos ocupamos encoraba....

De trabajo ahincado e incesable, el trato de Vicente Cacho con las imprentas sería, sin embargo, muy desdeñoso, lo que tal vez pudo redundar en la perfección, de fondo y de forma, de su obra escrita, notablemente inferior a sus conocimientos sobre la lucha de las ideas y la evolución cultural en la España y en la Europa finiseculares decimonónicas; pero aun así, bien elocuentes de su sensibilidad de humanista y de sus talentos deslumbrantes de historiador, comparecen para atestiguarlo sus obras: *Repensar el Noventa y ocho* (Madrid, 1997); *Revisión de Eugenio D'Ors (1902-1930). Seguida de un epistolario inédito* (Barcelona-Madrid, 1997, 382 pp.); *El nacionalismo catalán como factor de modernización* (Barcelona, 1998, 236 pp.), así como sus trabajos menores, por la extensión y propósitos, aunque no por su impecable factura y envidiable profundidad, a la manera de su fibrosa nota «Los escritos de José María Iribarren, secretario de Mola en 1936», *Cuadernos de Historia contemporánea*, 5 (1984), pp. 241-50 o de su alquitarado opúsculo *Las tres Españas de la España contemporánea* (Madrid, 1962, col. «O crece o muere», n.º 170, 37 pp., de la que fuera algún tiempo secretario al igual que de la revista *Atlántida* -1963-72-, cuya subdirección desempeñara

(54) De la vasta galería de «cuadros de historia» pintados por la pluma de Seco, reconstruimos uno de su «primera» etapa: «Hay un cuadro de Sequeira que evoca el regreso de la familia real a Lisboa (1824). Es una obra impresionante, en que el gran artista, que por tantos conceptos nos recuerda a Goya, supo plasmar un símbolo lleno de poesía. A primera vista es inevitable el paragón con la célebre obra del maestro aragonés «La familia de Carlos IV». En este último cuadro la luz de crepúsculo parece captar por última vez un mundo que se extingue. El grupo abocetado por Sequeira envuelve un simbolismo más poético y acentuado; las siluetas reales se yerguen, con perpendicularidad de friso clásico, en medio de un mar que no une, sino que separa; los personajes parecen saludar al viejo mundo, que se oculta entre bruma tempestuosa, llena de presagios funestos; pero al fondo, a la espalda, nace una luz de aurora». «El último fracaso de la...», P. 147.

también) (55). Otra revista, *Nuestro Tiempo*, se enriqueció con algunos de sus primeros trabajos; en general, notas, glosas breves y reseñas bibliográficas, firmadas las últimas con las iniciales de su nombre y primer apellido. De esta, por lo demás, tampoco muy amplia producción nos inclinaríamos a recordar de modo especial «Arnold Toynbee, intérprete de la Historia». *Nuestro Tiempo*, 1 (1954), pp. 105-108.

Como cabe imaginar sin mayor esfuerzo, nos es imposible, aunque ése fuera nuestro deseo, hilar estas líneas con el cadejo de las cátedras como elemento vertebrador del despliegue de la historiografía contemporánea en nuestro país. El crecimiento que, con el paso del tiempo, llegaría a ser tentacular, de las Facultades de Geografía e Historia –una y a veces más: Madrid, Barcelona, Sevilla, Valencia, Bilbao..., prácticamente, en todas las provincias españolas– haría la relación interminable y desbordaría con creces los márgenes, muy exigüos, de otro lado, del presente trabajo. Por lo demás, la obra de los muchos catedráticos y profesores contemporaneístas así como la de sus colegas de Instituto, asociados en el estudio de la temática que nos sirve de marco, es una labor todavía, en la mayor parte de los casos, *in fieri*, en la que a menudo es difícil emitir una opinión con carácter globalizador o de balance provisional. Resultaría, pues, quizá ocasionado, en este tramo final del estudio, invertir el orden que lo ha presidido hasta el momento y privilegiar las corrientes e instituciones que lo han fomentado y, en buena parte, protagonizado, en lugar de seguir ocupándonos del itinerario del nutrido y ardidado grupo de mujeres y hombres consagrados al progreso de la historiografía contemporánea.

Esta dio innegablemente en el tardofranquismo un paso al frente al crearse, como punta de vanguardia de su avance, la especialidad de Historia Moderna y Contemporánea en las Universidades de Madrid y Barcelona, vivero de gran número de los contemporaneístas más reputados de

(55) En esta breve monografía, nucleada en torno al difundido esquema de la España de «los tres Franciscos» de Madariaga, glosaba fundamentalmente la del andaluz D. Francisco Giner: «De la Institución arranca también una nueva interpretación de la historia de España que, rechazando el eje diamantino de la fe católica, hace hincapié en la permanente postura moral del español ante la vida. La corriente senequista, los discípulos españoles de Erasmo y los ilustrados del siglo XVIII formarían así una pequeña tradición de la que los discípulos de Giner se sienten continuadores». P. 13. J. M. CUENCA TORIBIO, *La obra historiográfica de Florentino Pérez-Embú*. Sevilla, 2001.

las últimas promociones. A sus investigaciones y obras hay que añadir, bien se entiende, las de los licenciados y doctores en las muchas otras secciones de la misma entidad que, a raíz de aquélla, fueron germinando por todo el territorio universitario nacional. Muy probablemente, el concurso de tales especialidades aportó múltiples energías al despliegue que la historia contemporánea tuvo en el ocaso de la dictadura y en la aurora de la democracia en las dos capitales culturales de la nación. Durante el largo tiempo fue opinión común que la vanguardia de tal disciplina se encontraba, al igual que en tantos otros terrenos de la vida artística y literaria española, en la capital de su región más abierta a los aires cosmopolitas.

Una de las dos capitales, junto con «El Bocho», de la industrialización y sede del primer movimiento obrero en cifras de afiliados, era obligado que Barcelona se configurara igualmente en la capital historiográfica del obrerismo hispano. Sintomáticamente, empero, el mejor libro de su bibliografía —*La Rosa de Fuego. Republicanos y anarquistas: La política de los obreros barceloneses entre el desastre colonial y la Semana Trágica, 1899 a 1909* (Barcelona, 1974, 649 pp.)— se debe a Joaquín Romero Maura, poco o nada vinculado a la Ciudad Condal, en tanto que varios de los títulos más importantes tienen como autores a extranjeros. De manera extraña, la aportación de la historiografía catalana a esta parcela de su desarrollo ha sido escasa, discontinua y no demasiado relevante, pese a ciertas obras de indudable valía, entre las que las de Albert Balcells se sitúan en vanguardia: *El sindicalismo en Barcelona (1916-1923)* (Barcelona, 1968, 191 pp.); *Crisis económica y agitación social en Cataluña. La cuestión Rabassaire (1890-1936)* (Madrid, 1980, 435 pp.; versión catalana de 1968, la castellana reproduce casi íntegramente ésta, primitiva tesis doctoral), etc.

Mejor fortuna acompañó a los investigadores del pasado económico residentes o naturales del Principado. Sin distorsionar mucho el cuadro de tal rama, puede deducirse que el haz más nutrido y, en conjunto original de sus cultores se concentró en Barcelona, al menos en los inicios de su cultivo acribioso.

LA CONTRIBUCIÓN DE LA HISTORIA ECONÓMICA AL CONTEMPORANEÍSMO: LA OBRA DE JORDI NADAL OLLER

El cultivo a que aludíamos surgió, en gran medida, del trasplante de capital humano de las Facultades de Letras y, en especial, de la cátedra re-

gentada por Jaume Vicens Vives, él mismo desbrozador de parameras y barbechos y primer docente de la materia en la flamante Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de Pedralbes –*Manual de Historia Económica de España* (con la colaboración de Jordi Nadal, Barcelona, 1959, 702 pp.). Bien que su discípulo Pedro Voltes Bou fuese uno de los primeros catedráticos de dicha asignatura –Universidad de Barcelona, 1967– y escribiese multitud de libros de divulgación sobre la materia, no puede considerársele, en puridad, como un especialista ya que el conjunto de su inabarcable obra se encuadra en otras coordenadas, al paso que sus títulos y trabajos de mayor porte se sitúan, ciertamente, en los siglos de la modernidad, en especial, el dieciochesco.

Obra muy inferior en número pero, por el contrario, alineada en el surco de la más estricta historia económica, es la de uno de sus patriarcas actuales: Jordi Nadal Oller, cuya parca producción constituye una almáciga de referencias e ideas para el contemporaneísta general. Como la de los otros dos más conocidos discípulos de Vicens, Joan Reglá Campistol y Emili Giralt, en la Facultad de Filosofía y Letras, la andadura de Nadal como catedrático de Historia Económica, tras una fugaz estadía malagueña, principió en Valencia para continuar en Barcelona, itinerario seguido por Fontana, su sucesor en la ciudad del Turia. No obstante su breve y espasmódico paso por la capital levantina, su espaciada estancia fue suficiente para esparcir la buena semilla de una investigación creadora sobre algunos de los factores básicos del sistema productivo, en especial, del tejido industrial y, en el caso valenciano, del sector primario (56). La semilla, reforzada por la notable labor de su coterráneo Fontana Lázaro, cayó en buena tierra y fructificaría con el correr del tiempo. Entre otros sobresalientes ejemplos, Jordi Palafox: *Atraso económico y democracia. La segunda República y la economía española, 1892-1936* (Barcelona, 1991, 348 pp.).

Retornado a la ciudad de su formación –primero a la Universidad Autónoma y finalmente a la Central, que viera sus primeros pasos por la

(56) Escribe al respecto J. PALAFOX: «A Josep Fontana no puedo menos que agradecerle, además de sus enseñanzas y apoyo, su cordial y relajada, pero continua, insistencia para que finalizara el trabajo así como su predisposición a facilitarme el material de su biblioteca que fue especialmente valioso durante la primera redacción del trabajo en Berkeley. Sus sugerencias y comentarios han contribuido también a limitar los tecnicismos propios de la jerga de los economistas que tan farragosos resultan para los que no participan de ella». P. 21.

docencia-, el gerundense Jordi Nadal centraría su trabajo en el análisis comparativo del proceso industrializador en España. Sus tesis se recogerían en uno de los libros de mayor impacto de la historiografía contemporánea del último cuarto de siglo: *El fracaso de la revolución industrial en España, 1814-1913* (Barcelona, 1975, 314 pp.). Como todas las obras de semejante carácter, ésta también abriría la espita a una polémica que, contrariamente a los usos del país, fue en líneas generales fecunda. Ulteriormente, investigaciones de base matizaron o remecieron con fuerza los postulados del análisis de Nadal, expuestos en una prosa modelo de diaphanidad y rigor así como con indisimulable tendencia al apodicticismo; pero no obstante la exactitud de algunas de las reservas y reluctancias a dicho texto, es lo cierto que sus páginas establecían un modelo teórico que inspiraría, con mayor o menor caudal, los estudios de otros historiadores destacados de la economía.

La estela y fecundidad del mencionado libro no deben hacernos olvidar, conforme apuntábamos más arriba, otra de las temáticas en que el historiador catalán ha mostrado su penetrante inteligencia y talante innovador. La primera de sus obras de ámbito moderno y contemporáneo –*La población española, siglos XVI a XX* (Barcelona, 1966; 2.ª edición, *Ibid*, 1971, 239 pp., a partir de la p. 116 entra la jurisdicción del contemporaneísmo...; 4.ª edición, 1976, 264 pp.; 9.ª edición, 1991, pp.), que recogía *ad integrum* su apéndice a la *Historia de la Población Mundial*, de Marcel Reinhard y André Armengaud (Barcelona, 1966, pp. 559-740)– constituyó también la primera explicación al crecimiento de la población hispana en los últimos cinco siglos. Con múltiples lagunas –la referida, quizás, al Reino de Aragón es la más ostensible– y excesivo afán globalizador, conseguía, empero, sus objetivos de contextualizar la evolución de la demografía peninsular –y sus dos archipiélagos...– dentro del marco de las naciones de su entorno. Entre las muchas monografías que la tuvieron como guía acaso la de mayor enjundia y sustancia historiográfica sea la de Vicente Pérez Moreda, *Las crisis de mortalidad en la España interior (siglos XVI-XIX)* (Madrid, 1980, 526 pp.), así como la tesis de doctorado de Julio Pérez Serrano, que se descubriría, por otra parte, como un análisis modélico a nivel urbano: *Cádiz, la ciudad desnuda. Cambio económico y modelo demográfico en la formación de la Andalucía contemporánea* (Cádiz, 1992, 493 pp.).

Autor de muy pausado caminar, según ya dijimos, los últimos trabajos de Nadal –*Cataluña, fábrica de España* (Barcelona, 1986), en cola-

boración con Jordi Maluquer (como su maestro, proveniente también de la Facultad de Letras); *La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica* (Barcelona, 1987) o *Pautas regionales de la industrialización española (siglos XIX y XX)* (Barcelona, 1990), de las que en unión, respectivamente, de Carles Sudriá y Albert Carreras, ha sido compilador, constatan la *auctoritas* obtenida por Nadal en la historiografía económica de la España finisecular. En 1992, dos publicaciones, éstas personales e intransferibles, vendrían a revalidar de modo incuestionable dicha *potestas*. En una colección codirigida por él aparecería en la Ciudad Condal *Moler, Tejer, Fundir. Estudios de historia industrial* (334 pp.) y *Bautismos, desposorios y entierros. Estudios de historia demográfica* (266 pp.). En uno y otro se colectaban trabajos diseminados por revistas y publicaciones varias –hasta su colaboración en la *Historia de Andalucía*, dirigida por Antonio Domínguez Ortiz (Barcelona, 1982, VII, pp. 399-460)–. Pese a este carácter misceláneo, sus visiones, calas y glosas, imantadas siempre por el afán de globalización y el encuadre nacional y europeo, se convierten en surtidero inagotable de reflexiones, ya que no en balde salen de la pluma de alguien que antepone a todos y cada uno de los calificativos de su quehacer la denominación de historiador (57).

Temática la de la historia económica hoy en desbordante expansión e influencia, bastará la leve alusión acabada de hacer para cumplir con nuestro modesto cometido; lo cual, sin embargo, no empecerá para que hagamos justicia al quehacer de otro historiador más centrado en el periodo precedente, Gonzalo Anes, que, proveniente de las ciencias jurídicas, contribuyó a través de su obra y de su escuela –en la que se incluyó en su estadio inicial otro investigador procedente de la facultad de Geografía e Historia, Antonio Miguel Bernal– al auge de tales estudios: «La agricultura española desde comienzos del siglo XIX hasta 1868: algunos problemas», en *Ensayos sobre la economía española a mediados del siglo XIX*.

(57) «Ajeno a las influencias de la escuela demográfica de la postguerra Nadal fue un autodidacta en materias demográficas, y único deudor de las orientaciones iniciales de su maestro Vicens Vives, quien simplemente despertó su vocación al abrirle las puertas de la ingente riqueza documental que guardaban los archivos catalanes para el estudio de la población de su tierra. Una sólida formación de historiador desarrolló su afinada intuición para el análisis de los datos demográficos, cualidad que Nadal comparte con otros maestros de nuestra historiografía -A. Domínguez Ortiz, Felipe Ruiz o Gonzalo Anes-, que también fueron atraídos en alguna etapa de sus investigaciones por los temas de la población». V. PÉREZ MOREDA y D. S. REHER. «Presentación» a *Bautismos, desposorios...*, p. XV.

(Madrid, 1970, pp. 235-64), recogido posteriormente en *Cultivos, cosechas y pastoreo en la España Moderna* (Madrid, 1999, pp. 337-88) (58).

CAMINOS Y ENCRUCIJADAS DE LA HISTORIOGRAFÍA CONTEMPORÁNEA

La historiografía contemporánea sigue registrando algunos de sus compases más vibrantes en el espacio catalán. La historia de la pedagogía y de la cultura así como la de la estasiología afinarán métodos y ampliarán horizontes con la consulta o la morosa lectura de las investigaciones en dichas vertientes acometidas en Barcelona y demás capitales del Principado. Así, *v. gr.*, en pocos lugares como en Tarragona alcanzan la historia local o la de la sociabilidad la perfección de los trabajos salidos de la pluma fluvial del catedrático reusense Pere Anguera. De igual modo, los estudios de Isidre Moles –*La Lliga Catalana. Un estudi d'Estasiologia* (Barcelona, 1972, 2 vols.; 2.^a ed. 1973, I (*Lliga regionalista. Lliga catalana. Un partit catalanista. L'estructura del partit: la base humana*), 348 pp.– II (*L'estructura del partit: l'organització. El programa polític. Canals d'influència. El sistema de partits. La desaparició de Lliga Catalana*), 439 pp.), y *El sistema de partits polítics en Catalunya (1931-1936)* (Barcelona, 1973, 181 pp.), un «muerto», como decían los viejos historiadores del Derecho, esto es, un fleco de la anterior tesis doctoral, que resulta ser un libro muy claro y útil y no sólo en sus apéndices, a partir de la p. 123–, o el espléndido de Hilari Raguer sobre *La Unió Democràtica de Catalunya y el seu temp (1931-1939)* (Barcelona, 1976, 582 pp.), cabe ponerlos como modelos de trabajos de esta historiografía en su costado estasiológico.

A pesar de este halagüeño y tonificante paisaje en Cataluña como en el resto del país, el estado de la historiografía contemporánea se descubre esperanzador, pero en forma alguna optimista ni reconfortante. Sin duda, nos hallamos en un periodo de siembra, de búsqueda y renovación y, probablemente, de granazón de una gran cosecha. Pero todo ello más que realidades, constituye expectativas. La copiosidad de tradiciones culturales de Cataluña haría imaginar que la leche y la miel manarían a caño abierto en el territorio de la historiografía contemporánea, que en ella tendría su punta de lanza.

(58) «Me he arriesgado a incluir un viejo estudio, escrito hace treinta años, sobre la agricultura española durante la primera mitad del siglo XIX, pues, a pesar de todo lo publicado desde entonces, pienso que puede ser útil aún». *Cultivos, cosechas y...*, p. 8.

Así fue en otro tiempo y así volverá a ser en el inmediato porvenir. La verdad es, no obstante, que su deriva actual pudiera atribuir esta esperanza a ilusionismo o a un exacerbado voluntarismo. En efecto, ha ya mucho tiempo que su temática resulta ensimismadamente monocorde, sin remontar el vuelo algo más allá del antiguo Principado. Sus recorridos e itinerarios habituales van de Cambó a Lerroux, de la Lliga al P.S.U.C., de Vilanova i Geltru a Figueres, siendo la tentación –y la práctica...– del provincianismo todavía más intensas en el periodo moderno o medieval. Como siempre, cada generación escribe su propia historia; ésta presencia hodierno un nuevo retorno y reencuentro de los catalanes con su cultura, llevándoles el cultivo de su identidad a alzaprimar sus rasgos diferenciadores con las restantes peninsulares. Pese a su ebullente vida intelectual, no se puede, como es obvio, acudir a todos los frentes. Las grandes propuestas e innovaciones partían de ordinario en nuestra disciplina de aquellas tierras fronterizas con Europa. Hoy por desgracia, su voz se ha asordinado o desaparecido.

Lo cual es cuando menos preocupante. Ciertamente, pasó la época de los mesianismos metodológicos y los centros de élite. Pero también es evidente que la densidad científica o cultural no puede improvisarse y que en España, como en otros países, hay territorios en que la lechuza de Minerva inició su vuelo más pronto. La historia de nuestra nación, sobre todo, la contemporánea, determina que sea Cataluña motor indefectible o al menos fuerza impelente de cualquier transformación y avance en el campo de las Humanidades. Hodierno, las redistribuciones y reequilibrios administrativos y económicos llegan igualmente al mundo de la educación y la cultura y el mapa del país se uniformiza en la vertiente de la investigación, de las oportunidades y de los presupuestos, pero el peso de la historia sigue actuante. Y es él la causa principal de que el contemporaneísmo del siglo XXI, necesitado de un hondo examen de conciencia y de una revisión profunda si no quiere quedar rezagado con respecto a otras ramas de Clío, deposite algunas de sus esperanzas de renovación en el suelo que siempre le fue propicio fecundo. Cuestión a no dudar compleja, de mil caras y en estrecha o –por una vez se nos concederá utilizar un superlativo– estrechísima relación con el modelo de convivencia de los españoles de los decenios próximos y con otros aspectos de su existencia como nación. Ni augur ni profeta, el vaticinio está vedado al aprendiz de historiador.

Volviendo a nuestros carriles, recordaremos que, como en la novela, en la historiografía pasaron los tiempos del narrador omnisciente. No obstante

la existencia de escuelas y magisterios acrisolados, de congresos y seminarios especializados, de grupos de trabajo y líneas de investigación de óptimo rendimiento, la dispersión reina en el presente en la historiografía contemporánea, acrecentando una tendencia marcada desde hace años (59). Ello condena al fracaso cualquier intento de recapitulación de las diversas corrientes que cruzan su suelo. De aquí, ya se entiende, no cabe inferir en manera alguna un juicio negativo sobre la tan necesaria como oportuna y feliz expansión del campo temático y metodológico de la historia contemporánea, con acarreo, contactos y relaciones con los saberes de su entorno y misma naturaleza. Areas y terrenos de imponderable importancia como los muchos que han quedado al margen de nuestra tangencial referencia, a la manera de la historia de la prensa, del género, la sociabilidad o la diplomacia, se han rescatado en los últimos decenios para Clío, merced, en especial, a una legión creciente de jóvenes profesionales, producto encomiable de centros y departamentos de incorsetable vitalidad.

Mas es justamente tal ensanche de espacios y objetivos lo que hace indicada una honda reflexión teórica que actualice las propedeúicas nacionales y extranjeras que gozaron, no ha más de algunos lustros, de aplauso y seguimiento. Babel amenaza e incordia siempre los estadios de ilusión y desbordamiento. Sin teoría no hay historia –la historia problema de Bloch–; y la actualidad de su quehacer está muy lejos de hallarse presidida por su signo en grado comparable o equivalente a lo registrado escasos años atrás. Va para medio siglo el que el vivero de la reflexión historiográfica de proyección universal parece haberse secado. Nunca fue –forzoso es confesarlo– el contemporaneísmo plántula muy fértil para la plasmación de modelos teóricos renovadores y auténticamente progresivos. Pero en el umbral de un milenio en el que la revolución genética y cibernética explotan admirable y espectacularmente, no sería del todo iluso esperar que sea en el terreno de nuestra disciplina en el que surja otra

(59) Con tan noble intención como exagerado optimismo se afirmará por boca autorizada: «Tenemos a nuestro favor en el momento presente la realidad de un consenso historiográfico mucho mayor que el de cualquier otro momento anterior. Incluso en las cuestiones más debatidas de nuestro pasado más reciente, historiadores de procedencias ideológicas distintas o dedicaciones temáticas muy diversas sólo se distinguirían en el momento presente por diferencias de matiz en la apreciación». J. TUSELL, «El debate político e intelectual...», P. 110. Las recientes conmemoraciones de Cánovas y el 98 han sido un desapoderado y pesaroso ejemplo de lo contrario..

suma historiográfica o, más modestamente, una teoría que, fecundada por el avance estimulante de dichas y otras ciencias, diese cuenta y razón de la función y futuro de la historia en el mundo a cuyas puertas nos encontramos con zozobra y algún desconcierto.

El déficit teórico comienza a ser preocupante en un campo y un tiempo cuya alusión resulta del todo obligada en un trabajo que llega ineluctablemente a su final. Bien que afectada Cataluña grandemente en su evolución e historia por la guerra civil, los catálogos de las editoriales comerciales barcelonesas –en conjunto, todavía las más influyentes del país– registran un número de títulos muy superior a los de las instituciones académicas y universitarias de la región proel en varias facetas del saber historiográfico. Quizá por la mayor intensidad –al menos temporal– que la contienda tuvo en su geografía y por ser, también historiográficamente, Madrid «rompeolas de toda España», es lo cierto que en la capital de la nación el conflicto, y todo lo con él relacionado, muestran un tratamiento a la vez más variado y constante.

Con el franquismo ocurre, empero, lo opuesto. Tal vez también por cuestiones de sensibilidad política, el Principado evidencia hasta el momento un mayor interés historiográfico por la segunda dictadura española del Novecientos, tanto en sus manifestaciones cotidianas como en las de mayor coturno intelectual y político. Al llegar la transición las cosas vuelven a tornarse, según el diagnóstico muy provisional que resulta agible dar, y son Madrid y los círculos investigadores por él más influidos los que, por el momento, empuñan el cetro del estudio en un terreno muy sometido a la presión mediática.

Como en otros países –Francia, Alemania, Italia–, la historiografía contemporánea o, más exactamente, los contemporaneístas se encuentran constreñidos por doquier a enfrentarse con el inmediato pretérito –desagradable cuando no espeluznante– con mentalidad de jueces y fiscales, enmascarada a menudo con el concepto, por otra parte tan historiográfico, de «revisión». Hasta el presente, a trancas y barrancas, los historiadores profesionales sortearon arrecifes y cantos de sirena, cumpliendo, claro, con su misión de aproximarse al inmediato pretérito –lo que, con gran impropiedad, periodistas y demás gentes superficiales llaman «historia viva»...–; pero sin secundar consignas y apelaciones extramuros de los lucrecianos templos del saber. El día en que sucumbiesen a esta coacción,

la politización que ya lastra en grado considerable su oficio provocaría una metástasis de efectos muy previsibles: sencillamente devastadores (60).

El que algunos de los historiadores justamente más renombrados de la generación que tomó el relevo de la de aquellos otros cuya obra hemos analizado con cierta latitud más arriba, hayan conquistado su nombradía en el cultivo del ayer cronológicamente más cercano, viene a demostrar con patencia que es posible su reconstrucción, llevado el estudioso únicamente de su vocación y responsabilidad social e intelectual, sin necesidad de incitaciones deturpadoras. Los documentados y perspicaces trabajos del taller insonmne del barcelonés Javier Tusell Gómez sobre la guerra civil, Franco y el franquismo –*La oposición democrática al franquismo* (Barcelona, 1977, 452 pp.); *Los hijos de la sangre. La España de 1936 desde 1986* (Madrid, 1936, 278 pp.); *La dictadura de Franco* (Madrid, 1988, 373 pp.); *Franco en la guerra civil. Una biografía política* (Madrid, 1992, 428 pp.); *Carrero. La eminencia gris del régimen de Franco* (Madrid, 1993, 478 pp.); *Franco, España y la guerra mundial. Entre el Eje y la neutralidad* (Madrid, 1995, 709 pp.) *et caetera et caetera*–, así como acerca de la transición, y la imprescindible biografía del dictador del donostiarra Juan Pablo Fusi –*Franco. Autoritarismo y poder personal* (Madrid, 1985, 283 pp.)– refrendan, en densa compañía de otros estudiosos, de modo indubitable lo afirmado. Aún se está a tiempo para que las múltiples investigaciones encetadas a nivel autonómico y local acerca del primer franquismo –terreno que afortunadamente comienza a ser batido en todos sus frentes– sigan su ejemplo para no zocatear el fruto de una tarea que ocupará lugar prioritario en la aurora del nuevo siglo.

Al hispánico modo, hemos penetrado en el nuevo siglo y en otro campo de estudio dejando casi en barbecho uno de suma trascendencia para el aproche a una historia contemporánea de España que satisfaga pala-

(60) Vid. por todos J. PRADERA, «La dictadura de Franco: amnesia y recuerdo», *Claves de Razón práctica*, 100 (2000), 52-61, cuya aguda pluma descarría con frecuencia al transitar por este segmento de nuestra historia reciente. Todo, sin embargo –y más en el momento presente–, semeja en la historia ser cuestión de pareceres y gustos. Así el granítico anti-franquismo del conocido editorialista y piedra angular del imperio mediático nucleado en torno al diario *El País* es criticado de conformista e indulgente por el politólogo catalán V. NAVARRO en un artículo modelo de terrorismo intelectual y prédica exterminadora: «La dictadura de Franco». *Ibid*, 103 (2000), pp. 80-2, escrito para cuya intelección profunda tal vez fuese oportuna la lectura de una obra frutiva: *Le terrorisme intellectuel de 1945 à nos jours*, de J. SEVILLIA, París, 2000.

dares exigentes. Al alborear los tiempos democráticos, los contemporaneístas levantaron sus tiendas asentadas de manera prioritaria en el estudio de la crisis del Antiguo Régimen y las hincaron en el territorio del franquismo. Hace cerca de cuarenta años escribíamos unas líneas que nos parecen, por desgracia, desde luego, hoy suscribibles en líneas generales, y con tributo de agradecimiento a los trabajos de alto coturno realizados desde entonces en diversas parcelas –desamortización, Hacienda, educación, etc.–: «Salvo unos breves retazos, el reinado de Isabel II permanece aún científicamente desconocido. Las investigaciones que en él se han hecho, al carecer de contornos precisos y no poder asentarse en ninguna línea fundamental, han contribuido aún más si cabe, a confundir el panorama del periodo, que se presenta así como un puente poco iluminado que enlaza con dos épocas relativamente bien conocidas, en sus facetas políticas e ideológicas, del régimen liberal, su gestación en la crisis del antiguo régimen y su madurez en el sistema canovista. Resulta, pues, obvio ponderar la necesidad de investigaciones a cerca de la etapa isabelina para la científica comprensión –serena, dificultosa y atópica– del ochocientos hispano». (*La Iglesia española ante la revolución liberal*, Madrid, 1971, p. 119).

Afortunadamente, ya no hay militares en la política española, ni cortesanos, ni monjas milagreras o casquivanas. Pero nuestra estrategia naval necesita urgentemente repensarse; las aventuras africanistas, replantearse; los nacionalismos, estudiarse en sus raíces folklóricas; y así muchos temas y problemas de la convivencia española que conocieron a mediados del siglo XIX un despliegue de extrema importancia y cuyos enigmas no ha desenterrado aún por completo la historiografía contemporánea. Una época de claroscuros, de transición y equilibrios no siempre bien resueltos pese a su elevado costo. No obstante el aura palingenésica que la envolviese y la buena fama historiográfica de que goza, la Setembrina no supuso el correctivo esperado y deseado a la etapa a la que puso fin. Hoy sabemos que en la Gloriosa, tal frustración supuso el fin del liberalismo de raigambre doceañista. Este no tenía ya respuestas para los problemas de una sociedad moderna que, con todos sus innumerables deslices y fallos, la etapa precedente había colocado en la escena del país.

Pero, en fin, para no extraviarnos por recodos y veredas de los verdaderos orígenes de nuestra contemporaneidad, eso sí, muy atractivos y seductores, diremos ya finalmente que sería estimulante conocer que un tajo

denso y rico como pocos al ofrecerse como despegue y ocaso de dos sociedades no queda desamparado por las jóvenes promociones. En uno de los libros miliares de las postrimerías del siglo XX, el ya citado del administrativista vallisoletano Alejandro Nieto *—Los primeros pasos...—*, concerniente, conforme se recordará, a los inicios de la época isabelina, se rompían lanzas por esta leva entre los miembros de las nuevas hornadas de contemporaneístas. Tan generoso convite no debería quedar sin respuesta.

El tramo que ha polarizado los anteriores renglones dedicados al ayer más próximo obliga *—una vez realizada la igualmente forzosa alusión al reinado isabelino, pariente pobre de nuestra disciplina—* a no demorar más la alusión al quehacer de los hispanistas. Algunos de los más destacados de entre ellos en la hora actual laboraron o laboran el campo del contemporaneísmo. En general, empero, pensamos que se ha exagerado el valor de su obra, a despecho de menciones y premios de jurados poco escrupulosos y editores atentos sólo al beneficio pecuniario. Sintomáticamente, el hispanismo francés ha recorrido muy poco los caminos de la España contemporánea, más transitados por la historiografía anglosajona. Desgraciadamente, uno de los historiadores más descollantes del siglo XX, Pierre Vilar, hizo pocas incursiones por el territorio de la contemporaneidad, y, para mayor, desdicha, cuando así ocurrió, su ardida militancia política se mostró en exceso ostensible *—guerra civil, franquismo...—* (61).

(61) Siempre sensato y positivo, un autor desaparecido en plena senectud creadora puntualizó ha algunos años atrás; «Si difícil es a un profano el llegar a dominar un campo de la realidad que le es ajeno, esta dificultad se acrecienta notablemente cuando quien lo hace es, además, extranjero. Los «hispanistas», y Payne tiene bien probada su hispanofilia, como certeramente subrayó el profesor don Carlos Seco Serrano en el prólogo a su obra *El nacionalismo vasco*, son gente benemérita que han contribuido no poco al esclarecimiento de nuestro pretérito y aún de nuestro presente, pero pesan sobre ellos limitaciones indudables para llegar a entender en profundidad la raíz esencial de nuestra patria». R. SALAS LARRAZABAL, «Prólogo», T. V; otro mucho más joven y con roborante salud intelectual pondera muy oportunamente: «...Una reflexión sobre las dificultades que, hoy, tienen algunos hispanistas para romper con sus viejas ideas y nutrirse de las más renovadoras interpretaciones que están surgiendo en el medio intelectual español. Y, sin dejar de valorar la importancia que han tenido sus obras y sus personas al posibilitar la creación de escuelas e investigaciones, el reconocimiento de cómo el hispanismo anglosajón sigue haciendo coincidir sus libros con un mercado donde consigue importantes éxitos de ventas». I. PEIRO MARTIN. «La construcción cultural de la identidad nacional española», *Revista de Libros*, 12 (1997), p. 13. *Vid.* también nuestros artículos «Los hispanistas», *Insula* (1997). Recientemente, la encomiable revista *Historia contemporánea*, 20 (2000), consagraba algo más de

De otro lado, la presencia del hispanismo anglosajón se ha enquistado, como es bien sabido, fundamentalmente en los últimos capítulos del pasado hispano. El único trabajo consagrado al esclarecimiento de éste por Hugh Thomas –*La guerra civil española, 1936-1939* (Barcelona, 1981, 8.^a ed., 2 vols. 1.164 pp.; edición original aparecida en 1961)– constituyó un aldabonazo en la conciencia del contemporaneísmo español del momento. Los muchos valores que atesoraba su lograda síntesis acerca de un periodo que nunca hasta entonces fuera recorrido con tal bagaje metodológico y anímico, colocó a los contemporaneístas hispanos frente a responsabilidades ineludibles. Un lustro más tarde, la aparición de otra síntesis notable acerca de todo el transcurrir de la contemporaneidad –*España 1808-1936* (Barcelona, 1968, dos años después de la edición original; 4.^a edición, 1.979, 734 pp.)– reforzó dichas exigencias frente a una opinión pública que demandaba visiones y planteamientos más amplios y actuales en la tarea de sus historiadores (62).

Atraídos por su liberal magisterio, un elitista grupo de licenciados españoles recibía a finales de los sesenta e inicios de la década siguiente las enseñanzas impartidas en Oxford por Raymond Carr. Retornados a su país, no regatearían esfuerzos para aclimatar en él los moldes de convivencia política e intelectual británicos, muy singularmente, oxonienses...: tesis doctorales de Joaquín Romero Maura –la ya citada *Rosa de fuego...*–, José Varela Ortega –*Los amigos políticos. Partidos, elecciones y cacic-*

la mitad del referido volumen al estudio de «El Hispanismo y la historia contemporánea de España», con un elenco de trabajos sin el común denominador no ya de la excelencia, sino ni siquiera de la notabilidad, aunque hay alguno original, provocador y sugerente a la manera del salido de la eutrapélica y bien abastada pluma de J AROSTEGUI, «El observador en la tribu (los tratadistas extranjeros y la historia española)», pp. 3-29.

(62) He aquí como se enjuiciaba su libro apenas salido de las prensas en otro de indudable impacto en la España botada a «la década prodigiosa»: «Los españoles cometemos un tremendo error abandonando nuestra literatura de la guerra, dejándole así el campo franco a tanto planfleto como sale más allá de nuestras fronteras, que muchas veces la erudición no logra desnaturalizar. El mismo libro de Hugh Thomas, de lo más pretencioso que se ha escrito sobre ella –todo el objetivo que realmente puede ser al hablar de España un inglés, a pesar de ser laboralista–, es de una miopía desconcertante. Uno tiene la impresión de que la cantidad enorme de hechos y bibliografías que maneja, cuando no le marea, le desorienta el rumbo, sin remontarse nunca de la epidermis del problema. No emite siquiera un juicio moral sobre ella, considerando encima el citado «The Times Litterary Supplement» muy sabio, «el que se abstenga de tarea tan antiacadémica», V. MARRERO, *La guerra española y el trust de cerebros*. Madrid, 1961, p. 14.

quismo en la Restauración (1875-1900) (Madrid, 1977, 477 pp.)–, Juan Pablo Fusi Aizpurúa –*Política obrera en el País Vasco (1880-1923)* (Madrid, 1975, 560 pp.)–. Enraizada en un humus académico distinto al que había fertilizado la implantación de los modelos historiográficos de los años sesenta, en el quehacer de sus componentes la temática política volvió por sus perdidos fueros, al paso que el marxismo se presentaba, en aquellos de sus simpatizantes o adeptos, de manera muy delicuescente (63).

Apartándonos de una corriente por la que, si dispusiéramos de espacio, nos agradecería discurrir, su simple alusión nos arrastra a recalar en otro extremo de innegable trascendencia en el despliegue del contemporaneísmo español. Merced en ancha medida al ascendiente anglosajón –los nombres de Stanley Payne (*Ejército y sociedad en la España liberal (1808-1936)*. Madrid, 1977, 519 pp.; *El régimen de Franco, 1936-1975*. Madrid, 1987, pp.; *Falange. Historia del fascismo español*. Madrid 1985, 255 pp.; *Franco y José Antonio. El extraño caso del fascismo español. Historia de la Falange y del Movimiento Nacional (1923-1977)*. Barcelona, 1997, 712 pp. son tal vez los títulos más importantes de su copiosa e incesable producción); Edward Malefakis (*Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*. Barcelona, 1976, 3.ª ed., 523 pp.); Paul Preston (*Franco. «Caudillo de España»*. Barcelona, 1994, 1043 pp., 5.ª reimpresión, 1996; *Las tres Españas del 36*, Barcelona, 1998, 472 pp.), y Richard Herr (*Ensayo histórico de la España contemporánea*. Madrid, 1977, 434 pp.) merecen sobradamente una mención muy elogiosa–, el contemporaneísmo

(63) «...[Carr] ha agrupado en torno a él todo un conjunto de jóvenes especialistas en historia española de los siglos XIX y XX, a la cabeza del cual se encuentra J. Romero Maura -buen conocedor de diversos archivos privados de grandes políticos españoles de comienzos del XX-. En Oxford se asienta, pues, gracias a Carr, uno de los más interesantes grupos de trabajo entre cuantos laboran actualmente por la reconstrucción de la historia contemporánea de España». J. JOVER ZAMORA, «El siglo XIX en la historiografía española contemporánea (1939-1972)», en *El siglo XIX en España: doce estudios*, Barcelona, 1974, p. 53. Cambiando, graciosamente, el estatuto de la historiografía española contemporánea de colonia a «mandato», como hicieran en el plano internacional los acuerdos de 1919 respecto a los ex territorios turcos del Próximo Oriente, el actual ministro del Interior israelí describe al *Iberian Center* oxoniense como un Chartres para la unción de los reyes del contemporaneísmo hispano, que allí recibirían su cetro y corona. De todos modos, su errónea consideración del lugar de nacimiento del destacado sociólogo Pío Alcalá-Zamora y de la cualificación administrativa de Jaime García Lombardero, hace abrigar algunas esperanzas que la descripción del college ALL souls no se ajuste en todo a la verdad, J. C. VIDAL, «El historiador en el descansillo. Conversación con Shlomo Ben-Ami», *Claves de Razón práctica*, 102 (2000), pp. 50-5.

español vio germinar en las postrimerías del siglo XX una prometedora semilla parcialmente importada de Gran Bretaña (64).

En la hervorosa facultad de Ciencias Políticas y Económicas madrileña, el fecundo magisterio de José Antonio Maravall y Luis Díez del Corral dio, como ya expusimos, pronto resultados en los estudios de Antonio Elorza –*La utopía anarquista bajo la Segunda República precedido de otros trabajos* (Madrid, 1973, 468 pp., libro penetrante); en compañía de la catedrática de Historia Contemporánea de la UAM Marta Bizcarrondo, *Queridos camaradas. La Internacional Comunista y España 1919-1939* (Barcelona, 1999, 532 pp., revolucionario y provocativo a la vez por el texto y la documentación–, de J. J. Trías –*Federalismo y Reforma Social en España (1840-1870)* (Madrid, 1975, 450 pp.) y su importante tesis de doctorado: *Almirall y los orígenes del catalanismo* (Madrid, 1975, 457 pp.)–, José Álvarez Junco –*La Comuna en España* (Madrid, 1971, 252 pp.); *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)* (Madrid, 1976, 660 pp.); *El Emperador del Paralelo, Lerroux y la demagogia populista* (Madrid, 1990, 507 pp.): libros, los dos primeros, muy rompedores, y deslumbrador, al mismo tiempo que escamoteador, el tercero–, más recientemente, del sociólogo Santos Juliá –becado igualmente por el Banco Urquijo en el Oxford de R. Carr–, todos ellos cultivadores, en grado habitualmente de excelencia, de las distintas ramas de la politología, y cabezas, a su vez, de grupos de jóvenes estudiosos cuyas primeras obras permiten asegurar un futuro colmado de frutos.

En su aportación al contemporaneísmo constatamos, por incontable vez, una de sus notas configuradoras: la diversidad de sus fuentes y señas de

(64) Las consideraciones críticas de R. NÚÑEZ FLORENCIO acerca de la última obra citada –muy benévolas y elogiosas en general– nos parecen muy pertinentes para situar en sus cuadrículas exactas la vasta obra salida de la ática pluma del catedrático londinense: «Lo primero que llama la atención en este libro es el contraste entre el propósito reiteradamente anunciado de ofrecer una perspectiva radicalmente distinta y original de nuestra contienda (...) y el contenido real, que se limita a ofrecer la biografía de nueve protagonistas de la época del modo más tradicional. Resulta difícil entender las servidumbres del *marketing* en una obra y en un autor que no lo necesitan. Porque estamos sencillamente frente a un buen libro de divulgación, en su modalidad de acercamiento político y humano a unos personajes clave del terrible momento histórico, interesante por lo que cuenta, ameno e impecable en cómo lo cuenta». «Personajes de la guerra». *Revista de libros*, 18, (1998). P. 12. Vid J. M. CUENCA TORIBIO, «La recepción de la historiografía moderna y contemporánea francesa en España». Salamanca, 2001.

identidad. Esta multiculturalidad de la materia introduce en el plano del ridículo cualquier quejumbre por una mayor pureza étnica, a semejanza de otras disciplinas sociales. No obstante, el romper una frágil lanza por su carácter más propio y genuino sería ahora muy ocasionado. Tanto en la del hispanismo como en la obra de politólogos y sociólogos, existe un cierto aire de familia que la diferencia de la de los contemporaneístas *stricto sensu*. Si, como quería un gran intelectual y crítico literario, Pedro Sainz Rodríguez, «para hacer historia hay que tener sentido histórico, los hechos históricos han de situarse en la época en que se produjeron, en sus causas, en su ambiente, en su medio», no cabe negar que, en tal plano, los historiadores profesionales se desenvuelven con más facilidad que sus colegas (65). En éstos son más frecuentes las carencias en la contextualización e incluso en el imprescindible tejido factual. La creciente e imparable interdisciplinarietà hace, y hará todavía más, necesaria la preservación de tipos y funciones en el desarrollo científico.

Si en el horizonte acabado de atalayar nos ha sido imposible detener el periscopio en cualquiera de los muchos paisajes que lo esmaltan de libros y empresas notables, inútil será aclarar que la referencia a la bibliografía con que eruditos y escritores al margen del mundo académico enriquecieron, en los decenios finiseculares, el contemporaneísmo hispano, no puede sobrepasar el marco de la simple observación –gozosa, por supuesto– de su estimable colaboración. No es posible hacer excepciones, pero por las rendijas de éstas algunos nombres se escapan. En dos de las zonas más recorridas por los historiadores de las últimas hornadas –la guerra civil y la represión– el nombre de Ramón Salas Larrazábal es piedra miliar de varios caminos. Su monumental *Historia del Ejército popular de la República* (Madrid, 1973, 4 vols, 4.069 pp.; con el vol. II, p. 2.396, acaba propiamente el texto de la obra, cuyos dos últimos tomos se consagran a valiosos apéndices documentales) lo es tanto por su voluminosidad material como por la de su arquitectura historiográfica. Trabajo hercúleo y benedictino, su línea analítica es firme al tiempo que matizada, levantando un edificio cuyas vigas maestras y estancias principales resistirán el paso del tiempo. Más discutible en algún extremo se presenta su libro madrugador acerca de las *Pérdidas de la guerra* (Barcelona, 1977, 484 pp.). Diversos

(65) *Historia crítica del pensamiento español*. Madrid, 1979, vol. I, p. 50.

críticos han puesto de relieve sus indudables deficiencias y oquedades metodológicas y estadísticas, pero, como estudio global, no ha sido superado cerca de treinta años después de su aparición.

Uno de tales impugnadores, Gabriel Jackson, es otro hispanista que se ha labrado su reputación en el estudio de los años treinta, en que ha hecho contribuciones sagaces, pero en demasía ensayísticas y partidistas: *La República Española y la guerra civil* (Méjico, 1967; 2.ª edición Barcelona, 1976) (66).

Más de un comentarista ha realizado idéntica observación a propósito de la ingente producción de Ricardo de la Cierva, afincado administrativamente en el mundo de la docencia e investigación históricas de grado superior en marzo de 1975. Antes y después, sus incursiones por todo el territorio de la contemporaneidad novecentista han sido continuas y a menudo prolongadas. Su conocimiento de la guerra y el franquismo es sobresaliente en múltiples facetas, aunque su desbordada *vis polemica*, incoercibilidad periodística e inembridable fogosidad desvirtúan tesis y conclusiones. Un historiador instalado de *longue date* en el mundo universitario, el descollante medievalista Luis Suárez Fernández, ha hincado profundamente su esteva en el territorio del franquismo. Su ciclópeo *Francisco Franco y su tiempo* (Madrid, 1989, 2.ª ed., 8 vols.) es una notable aportación a la que hemos consagrado en otro lugar un extenso estudio crítico. No obstante las severas censuras de algunos especialistas, el trigo predomina en ella sobre la paja (67). Ciertos desenfoces y unilaterales, unidos a vacíos y omisiones bibliográficos, apenas si cuentan frente a unos valores que pueden resumirse en la acribia documental y en el equilibrio de la composición general. De semejante aliento es su reciente *Franco. Crónica de un tiempo*, del que lleva publicado hasta ahora dos desmesurados tomos: *El general de la Monarquía, la República y la guerra civil. Desde 1892 hasta 1939* (Madrid, 1999, 789 pp.) y *España, Franco y la segunda guerra mundial. Desde 1939 hasta 1945* (Madrid, 1998, 824 pp.)

(66) La reciente publicación de un muy decepcionante libro autobiográfico –*Memoria de un historiador*, Madrid, 2001– aporta rica información acerca de la generosidad con que se ha expendido últimamente el título de «hispanista» en el contemporaneísmo español.

(67) «Resulta también difícil de explicar a los ojos de un historiador la cortina de silencio con que se ha rodeado al que sin duda es el mejor estudio sobre los años 1936-1975 (...) Debo añadir que el autor tuvo acceso al archivo de Franco, por lo que su obra es la más documentada, la más rica en datos y –afortunadamente para cualquier historiador– la menos interpretativa, lo que equivale a decir la más objetiva». F. SUÁREZ VERDEGUER, «La Revolución Francesa en la configuración de Europa», *Razón Española*, 62 (1993), p. 278. *Vid.* también J. M. CUENCA TORIBIO, *Intelectuales y políticos contemporáneos*. Sevilla, 3.ª ed., 2000.

Muchos más nombres pugnan por encontrar su merecido reconocimiento en estas modestas líneas, pero ya no es posible alargarnos y abruptamente las terminaremos. Antes, claro, no podrá soslayarse una leve conclusión. En otro trabajo hemos escrito con cierta latitud sobre el balance arrojado por los recientes centenarios del comienzo y fin de la guerra civil. Sin repetirnos, diremos que semeja no ser muy satisfactorio. Salvo en su cruel faceta represiva, las restantes del conflicto no parecen haber recibido un gran impulso con tales celebraciones. Singularmente, se echa en falta una gran síntesis que recoja adecuadamente el *status quaestionis* y dibujara con precisión una sólida panorámica de todos los aspectos de la contienda. De igual modo, resulta pesaroso que no se haya aprovechado la ocasión para iniciar una historia monográfica de la guerra en varios volúmenes, sin agobios organizativos y con una verdadera coordinación a cargo de una institución respetada por su prestigio y neutralidad. No ha sido así; y nada hace pensar que estemos cerca de una cita tan natural y urgente. Lo cual, desde luego, invita a serias reflexiones y autocríticas de los investigadores y estudiosos comprometidos con tan prioritaria labor. Mas con todo, no deberíamos pensar en frustraciones y fatalismos, bien que sea difícil... Imaginemos que la tarea está aún inconclusa y que hasta que no haya llegado la hora de la verdadera recolección es obligado mantener la esperanza.

Más halagüeño se ofrece, por el contrario, el panorama historiográfico del franquismo. Los archivos distan de haber abierto todos sus secretos. La literatura memoriográfica ha, de seguro, de acrecentar su caudal. La serenidad obtendrá muchos de sus fueros. Las filas de sus investigadores se ensanchan sin tregua. El optimismo, pues, se impone siempre que no sea pánfilo o cegato. Los obstáculos son numerosos y de entidad. La metodología más comprehensiva no está aún muy depurada. La descoordinación es considerable. Las tentaciones partidistas, fuertes. Pero no hay nada como el entusiasmo inteligente. Muchos de los contemporáneos jóvenes tienen la segunda dictadura del novecientos como tierra prometida para demostrar su esfuerzo y capacidades. Será sin duda un buen banco de prueba, y la convivencia nacional –meta última, en definitiva, del trabajo historiográfico– obtendrá muchos réditos de su buen trabajo. *Labor omnia vincit* (68).

(68) Ha ya tiempo precisó buidamente Jover: «El marxismo se manifiesta en la historiografía española de nuestro tiempo (especialmente, en la relativa a problemas sociales contemporáneos) en distintos niveles, digámoslo así, de ortodoxia; hay una historiografía mar-

Renovarse o morir. En un proceso desesperadamente lento, las modernas generaciones han llegado a la conclusión de que, desde las cuadrículas en que las predecesoras encerraron la investigación del franquismo, no se podía avanzar en su análisis. El franquismo distó, en efecto, de equipararse al nazismo o al estalinismo. Pese a la casi inhumana frialdad de su carácter y aunque así lo pensaran y piensen las víctimas de su dictadura, Franco no pasará a la historia como el Nerón o el Domiciano de los republicanos y demócratas españoles del siglo XX. Ningún régimen con varios decenios de vigencia se apoyó exclusivamente sobre las bayonetas. Devolver la voz y la palabra a las gentes anónimas que construyeron la realidad profunda del país a través de tan largo periodo; recoger y escuchar los testimonios de obreros, campesinos y oficinistas sin adscripción política señalada, quizá sea el camino más directo para una fotografía general de la España de la centuria pasada. Libros como el compilado recientemente por Ismael Saz y Alberto Gómez Roda, *El franquismo en Valencia. Formas de vida y actitudes sociales en la posguerra* (Valencia, 1999, 284 pp.) –muy alejado, por, supuesto, de cualquier complacencia con el que cabría denominar antiguo régimen del novecientos hispano– enseñan con patencia el camino para, ¡por fin!, progresar en el estudio convincente de una etapa empañada por apriorismos y desenfoques de todo signo (69).

xista directa y conscientemente incardinada en su propia ideología, el materialismo dialéctico; hay la utilización, más o menos rigurosa o circunstancial, más o menos adaptada a problemas concretos, del utillaje conceptual y metodológico del marxismo, sin que ello comporte necesariamente una aceptación marxista de la historia». *Corrientes historiográficas...*, p. 307. En un libro plagado de erratas tipográficas, pero sumamente interesante y, por ello, poco consultado en el sesteante y conformista panorama de la historiografía contemporánea española, se expone con igual acuidad el papel representado en la propagación del método marxista por un autor del que ya nos hemos extensamente ocupado: «Pérez (miembro destacado de la Omle) había escrito tiempo atrás un estudio de los siglos XIX y XX de la historia de España. Se basaba en Tuñón de Lara, historiador popular entre la izquierda porque su noble intención de detectar los porqués de los sucesos y relacionarlos en una concepción totalizadora, la realizaba mediante un marxismo ecléctico, de esquemas demostrativos simples hasta el exceso. De ahí, y de su carácter tanto más ideológico cuanto más por científico aspira a pasar, que el tuñonismo recibiere y siga recibiendo ferviente acogida en amplios medios». P. MOA RODRÍGUEZ, *De un tiempo y de un país*. Madrid 1982, p. 71.

(69) De los que hemos leído, nos parece muy atractivo el libro de G. NOIRIEL, *Sur la «crise» de l'histoire*. París, 1996. (Hay trad. castellana), *Qu'est-ce que l'histoire contemporaine?* Paris, 1998, quizá de menor interés.

PROA AL PORVENIR

La caída del muro de Berlín acaso haya ocasionado en la historiografía contemporánea más escombros que en ninguna otra parcela de las disciplinas sociales y del saber. Muchos andamios y más de una piedra angular de su edificio, siempre en construcción, estaban carcomidos tras el ominoso hundimiento del socialismo real. Ni voluntarismos utópicos y ucrónicos, ni el interés ecologista pueden demorar una introspección sin concesiones acerca del derrumbamiento de un modelo historiográfico que dominó ilimitadamente el panorama de la historiografía contemporánea española apenas unos años atrás. Todo el universo comunista –teoría y praxis, ejemplaridad y ética– tenía, hegelianamente, como único tribunal a la historia. Al certificar ésta su ruina, es palmario que a sus custodios corresponde –sin prolongar más el interminable cortejo revisionista que acompaña al ataúd del marxismo– presentar alternativas sugestivas y redescubrir o reprimar senderos injustamente abandonados. Pues, a la vista de la orfandad epistemológica que supuso la voladura del modelo marxista, cabe preguntarse ¿ha cubierto algún otro su vacío? Las visiones liberales que aspiran a reemplazarlo no contienen elementos de progreso reales respecto a su paradigma decimonónico –bien cumplido, por lo demás–. No existe, por suerte para la inteligencia, una historiografía *perennis*; pero la de corte humanista, acostumbrada a vivir en la renovación incesable, se apresta a una nueva navegación, equipada con todo lo que de positivo tuvieron otras travesías de su mismo signo y también, desde luego, las de bandera diferente.

Según es obvio, la cuestión es de gran velamen y, por lo tanto, de imposible abordaje en una navegación a la estima como la presente. Sin embargo, sería manifiesta injusticia no aludir siquiera epidérmicamente a la posición de acaso los dos únicos contemporaneístas que han hecho un enorme y plausible esfuerzo de teorización en el tema. En su más arriba citada *La historia después del fin de la historia*, Josep Fontana, tras algún pronunciamiento de un cierto nihilismo –se han desprestigiado por entero los paradigmas de la historia ciceroniana y docente–, se decanta, como anhelo y meta para su futuro, por el economicismo «desfinalizado» de uno de los grandes intelectuales del siglo XX, Walter-Benjamin. Por su parte, José Andrés Gallego, en su ensayo *Recreación del humanismo desde la Historia* (Madrid, 1997. 189 pp.), se inclina por un saber histórico impregnado y orientado por el espíritu y pautas de dicha corriente de pensamiento. La cuestión, claro, sigue abierta.

Incomparablemente más prosaica, pero no menos importante para la «intendencia» de nuestra disciplina, es la relacionada con el mercado, esto es, con la distribución de los trabajos de historia contemporánea. Como se recordará, el gran Ramón Gómez de la Serna afirmaba que la criatura más importante para los autores era aquella de quien dependía su fama e inmortalidad, el editor, por supuesto. No es corporativismo estrecho estimar que son los libros de nuestra disciplina los de mayor reclamo público y, por ende, los más afectados de la temática histórica por las transformaciones del mercado. Según es bien sabido, la bibliografía española experimentó en los últimos años profundos cambios a los que aquí sólo cabe aludir. Hace unos lustros las más acreditadas librerías recogían en sus escaparates y anaqueles la práctica totalidad de los libros de algún interés y audiencia en nuestra materia. En la actualidad, los servicios editoriales de instituciones como Ministerios, Universidades, Diputaciones, Ayuntamientos, Consejerías de Cultura de las Comunidades Autónomas e incluso de empresas privadas dan a la luz en ciertas ocasiones títulos notables a los que de ordinario no tiene acceso el público lector. Tiempo atrás, al contemplar entre los libros más vendidos la crónica de un foliculario volatinero y los recuerdos de un periodista no menos tornasolado, un sobresaliente sociólogo se cuestionaba el valor de tales estadísticas en cuanto a la verdadera excelencia bibliográfica. Duda que sube de punto si se repara en que toda la producción al margen de las grandes editoriales comerciales no queda incluida en las mencionadas encuestas. Muchos ejemplos podrían traerse a colación para ilustrar esta inquietud, que, convertida en quejumbre, perdería su escaso valor testimonial. Sin duda, una seria coordinación institucional y una crítica más profesionalizada y objetiva en las revistas especializadas y en los magazines culturales de los diarios de ámbito nacional constituirían un poderoso antídoto de la lamentable situación a que nos referíamos y de la que resulta más imane la rama de la historia de que se han ocupado las presentes líneas. Pero prolongar la denuncia y alarma, creemos que muy justificadas, únicamente desembocaría en un arbitristo de arte menor.

Con riesgo de cierta insistencia, sí volveremos a incidir, al término del presente ensayo, en un extremo que condicionará grandemente a los historiadores más jóvenes y a quienes, a su vez, los reemplacen ya adentrado el siglo que ahora se estrena. El irrefrenable envejecimiento de la población española y la reducción de la vida laboral, junto a varios otros factores de profundo cambio en los mores y usos sociales —entre ellos,

desde luego, una convivencia más plural étnica e idiomáticamente-, alzaprimarán unas vertientes del contemporaneísmo –la etnográfica y la demográfica, por ejemplo- e introducirán en su oficio nuevos lenguajes, técnicas y dimensiones. Probablemente, un estimable porcentaje de jubilados de profesiones cualificadas consagre gran parte de sus energías a la historificación –*sit venia verbum*- de sus antiguos menesteres, todos o la mayoría de importancia suma para el desarrollo de parcelas por lo general poco roturadas por nuestra disciplina. La investigación y la docencia –discentes de mayor edad y menor número, bibliotecas de otra disposición y funcionalidad, documentación y archivos ni más diversificados- experimentarán por todo ello cambios en su orientación y modalidades. Ante tal horizonte, los análisis y estudios de prospectiva son muy escasos por no decir inexistentes en el contemporaneísmo español. Potenciarlos debería ser objetivo prioritario de sus integrantes.

En fin; cada día tiene su afán; y cada generación sus desafíos.